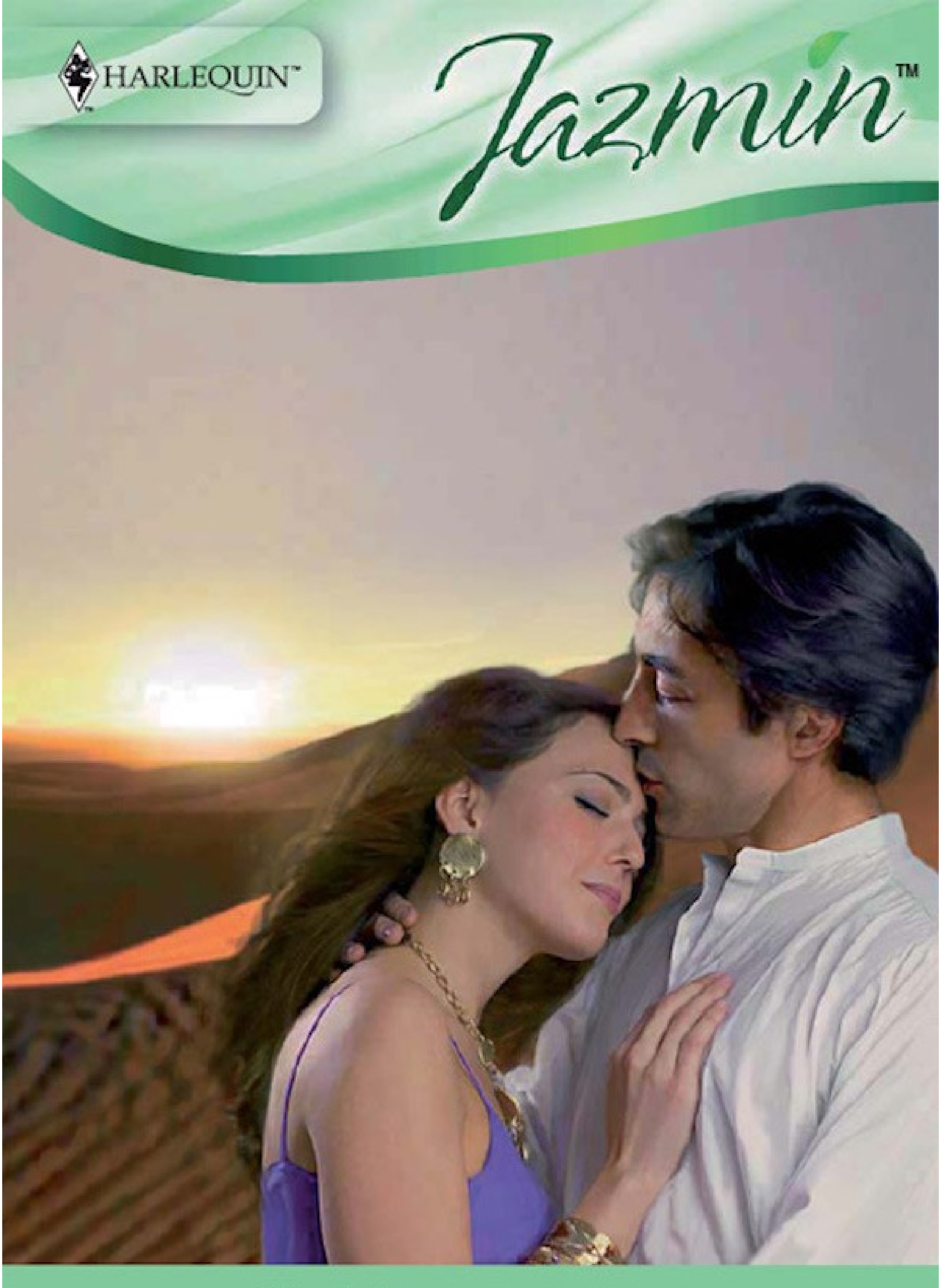


Heridas y secretos

MELISSA JAMES

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56 28001 Madrid

HERIDAS Y SECRETOS, N.º 2362 - noviembre 2010
Título original: The Sheikh's Destiny
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2010

I.S.B.N.: 978-84-671-9263-6
Editor responsable: Luis Pugni

E-pub x Publidisa

PRÓLOGO

La carretera a Shellah-Akbar, Norte de África

ESTABAN pisándole los talones; hora de pisar a fondo el acelerador. Alim no iba a permitir que los hombres del caudillo Sh'ellah se hicieran con los suministros médicos y de alimentos destinados a aquéllos bajo su yugo. Y tampoco iba a dejar que lo atrapasen; eso sería un desastre para la gente de la región. Tan pronto como Sh'ellah viese a quién había tomado como rehén, pediría un cuantioso rescate que les permitiría abastecerse de nuevas armas durante años. Sin embargo, Sh'ellah no había descubierto aún su identidad, y Alim esperaba que no llegara a hacerlo. Ni siquiera el director de la ONG para la que trabajaba, Médicos Por África, conocía la verdadera identidad del silencioso conductor que llevaba con su camioneta medicamentos, víveres y pastillas potabilizadoras a poblados remotos controlados por los caudillos de la zona.

Gracias a un carné falso y al tradicional pañuelo árabe masculino, con el que podía ocultar su rostro, se había convertido en un hombre invisible.

Siempre entregaba a cada poblado suficientes medicamentos como para que les durasen entre seis y ocho horas. Así, cuando los hombres de Sh'ellah llegaban para reclamar «su parte», ya casi no quedaba nada: unas pocas agujas, algunos antibióticos caducados... Y de los víveres los aldeanos sólo dejaban a la vista lo justo de pan, grano y arroz para que los hombres de Sh'ellah se ufanasen de su rapiña.

La «carretera» que conducía al poblado de Shellah-Akbar no era tal: era un camino de tierra cubierto de rastrojos y horadado por surcos de ruedas. Alim había hecho que le pusieran a su camioneta neumáticos como los que se usaban en los rallies por el desierto para poder conducir sobre rocas y sobre los impredecibles agujeros que el viento hacía en el polvoriento suelo. También había hecho que instalaran una estructura protectora en la cabina, parecida a la que había tenido en sus coches de carreras, en la época en la que aún lo llamaban «el jeque piloto».

Tiempo atrás se había sentido tan orgulloso de aquel apodo... Ahora, cuando pensaba en ello, le entraban ganas de pegarle un puñetazo a algo. Su vida y su fama como piloto de rallies habían terminado el mismo día en que murió su hermano Fadi.

Y aunque técnicamente se le pudiese aplicar aún el título de

«jeque», había perdido el derecho a ostentarlo tras la muerte de Fadi. Su hermano menor, Harun, había cumplido con su deber en su ausencia, casándose con la princesa con la que Fadi había concertado matrimonio. Llevaba tres años gobernando el principado de Abbas al-Din, y Alim estaba seguro de que estaba haciendo un trabajo excelente.

El pensar en Abbas al-Din, donde había sido querido y respetado por sus súbditos, hizo que sintiera una punzada de nostalgia. Sin embargo, aunque quisieran que regresara y que ocupara su lugar entre ellos, Alim sabía que ni las circunstancias de su nacimiento, ni el encontrar petróleo o minerales, ni el ganar una carrera estaban entre las cualidades por las que se distinguía un verdadero líder. Buen criterio, fuerza, valor… ésas eran las que se requerían, y él las había perdido en buena medida al morir Fadi, junto con su corazón y parte de su piel.

Gruñó irritado cuando empezaron a picarle las marcadas cicatrices que le cubrían más de la mitad del torso. Si se rascase sólo conseguiría que le picasen aún más; iba a tener que usar la poca crema de sílice que le quedaba… cosa que haría en cuanto lograse deshacerse de los bufones que lo perseguían.

Miró por el retrovisor. Seguían detrás de él, a la misma distancia, varios Jeeps con hombres armados. Tenía que hacer algo o lo seguirían hasta Shellah-Akbar y le arrebatarían la mercancía. ¿Podría hacer algo con la bengala de emergencia? Alim pensó deprisa. Sí, había una posibilidad. En la camioneta llevaba un polvo químico con una base de alquitrán que usaba para que las ruedas no resbalaran en la arena. Si lo unía a la volátil mezcla que contenía la bengala y la arrojaba hacia atrás por la ventanilla, tal vez… sí, podría funcionar.

Podía conducir con una sola mano, e incluso manejar el volante con los pies. Colocó una piedra sobre el acelerador, colocándola de manera que no se moviera, y condujo con los pies mientras desmontaba la bengala con el mayor cuidado posible… dentro de lo que permitía la situación.

Estaba acercándose a la intersección que se encontraba a quince kilómetros del poblado, donde debía girar. Tenía que detenerlos ahora, o sabrían a dónde se dirigía. Vertió el polvo dentro de la bengala. Tenía que tener cuidado o los mataría, y aunque sin duda la mayoría de aquellos hombres eran unos asesinos, estaba seguro de que muchos habían nacido en la más

absoluta pobreza, y de que habían sido secuestrados en su infancia para convertirlos en soldados del caudillo.

Les dejaría suficientes suministros y provisiones para que su caudillo no los matase por haberle fallado. No sabía sin con aquello estaba contribuyendo a perpetuar el problema en vez de solucionarlo, pero en aquel continente en el que la vida de un hombre no valía nada, le parecía que todo el mundo merecía una oportunidad y no quería añadir más peso a la carga que llevaba sobre su conciencia.

Volvió a asir el volante cuando estaba llegando al cartel torcido que indicaba la dirección hacia el poblado, y dio un volantazo hacia la izquierda para alejarse. Bien, el viento estaba cambiando de nuevo: había llegado el momento.

Cerró la bengala, fijándola bien con cinta adhesiva, la agitó, y abrió la ventanilla del techo. Encendió la mecha, contó hasta siete y, al tiempo que pisaba con fuerza la piedra que había colocado sobre el acelerador, lanzó la bengala hacia atrás por la ventanilla del techo, volviendo a cerrarla después.

La camioneta salió disparada hacia delante cuando se produjo la explosión. Detrás de él el aire se tornó de un blanco azulado que hacía daño a la vista, y luego se ennegreció y se volvió denso. Oyó gritos, y luego un chirrido de neumáticos cuando los Jeeps de sus perseguidores frenaron al mismo tiempo. Lo había conseguido.

Dio un volantazo a la derecha para volver a la intersección y, cuando estaba a medio kilómetro de ella, arrojó las cajas de suministros que había apartado para satisfacer la codicia del caudillo. Sus hombres las encontrarían cuando se les pasase los efectos de la reacción química y recobrasen la vista una media hora más tarde. Para entonces el viento ya habría hecho desaparecer las huellas de sus neumáticos, cubriéndolas con la tierra rojiza, ramas rotas y hojarasca. Los hombres de Sh’ellah tendrían que dividirse para buscarlo, y para cuando llegaran al poblado él ya estaría lejos de su alcance.

De pronto oyó algo, como un silbido acompañado de un fuerte chasquido. La camioneta salió impulsada hacia delante, como si algo la propulsara, antes de tambalearse y precipitarse sobre el costado izquierdo, haciendo que Alim se golpeara la cabeza con la ventanilla. El fuerte impacto lo dejó aturdido, y comenzó a manarle sangre sobre el ojo. Uno de los neumáticos de la camioneta se había reventado. Parecía que a uno de los hombres del caudillo no

le había afectado la explosión. Eso, o había disparado a ciegas y había tenido tanta suerte que había logrado acertarle al neumático.

El problema de los neumáticos especiales que había instalado era que, si se pinchaba uno, el vehículo perdía su centro de gravedad, imposibilitándole maniobrar. Detuvo la camioneta, se bajó, y con el rifle reventó las otras tres ruedas. Los neumáticos especiales, aun pinchados, le permitirían seguir conduciendo ahora que la altura del vehículo volvía a estar nivelada. Además, tenía ruedas de repuesto; en cuanto pudiera las cambiaría.

Tenía que llegar al poblado; sentía que iba a desmayarse en cualquier momento. La sangre seguía manando abundantemente de la herida en su sien, y notaba que le estaba bajando la tensión. Volvió a subirse a la camioneta y arrancó de nuevo el motor. Si pudiera poner la camioneta en la dirección correcta y activar el control de velocidad constante... la brújula y el GPS indicaban que si seguía en línea recta lo conseguiría.

Apretó el botón de localización de emergencia en su móvil por satélite. Su única esperanza era que la enfermera de Shellah-Akbar tuviera su receptor encendido.

Minutos después la camioneta entraba en Shellah-Akbar, y al volante iba una mujer. Había salido corriendo de su choza tan pronto como le había llegado la señal de emergencia. Como era la única persona con conocimientos médicos, había ido con una vieja bicicleta al encuentro de la camioneta, pedaleando lo más rápido que podía, mientras Abdel, un joven corredor del poblado que quería presentarse a las próximas olimpiadas, la había seguido a la carrera, para llevar luego la bicicleta de regreso.

Al encontrarse con la camioneta, que avanzaba en línea recta, se había bajado de la bicicleta, dejándola allí para que la recogiera Abdel, había abierto la puerta del vehículo, y se había subido a él de un salto.

Tendido a su lado y con la cabeza sobre su regazo iba el conductor, inconsciente, que había arriesgado su vida para que tantos otros pudieran vivir.

–*In-sh'allah* –susurró la mujer, y recitó una plegaria en silencio.

A ella las plegarias no la habían ayudado, pero quizá Dios sonreiría a aquel valiente. No iba a morir; ese día no. No si ella podía impedirlo.

CAPÍTULO 1

–LLEVAD al conductor a mi choza y deshaceos de la camioneta –le gritó Hana al-Sud en swahili a dos aldeanos cuando detuvo el vehículo junto a la tienda de campaña médica–. Dadle pan a quienes estén más necesitados y enterrad el resto de las provisiones en la tumba de Saliya –le dijo a su ayudante, Malika.

–Pero la fruta perderá sus vitaminas, Hana –protestó Malika.

–Los hombres de Sh'ellah sospecharán si encuentran alguna pepita, un hueso, un corazón de manzana... lo que sea –contestó Hana–. Esta noche las desenterraremos. ¡Hazlo, por favor, Malika! ¡Y borrad las huellas de los neumáticos!

Un hombre mayor corrió a la puerta del copiloto para sacar al conductor, y otro, más joven, se puso al volante. El resto de los aldeanos se ocuparon de descargar la camioneta. Dos mujeres tomaron los botiquines médicos y las ampollas de antibióticos y de insulina y se los llevaron para enterrarlos. Si querían que el poblado sobreviviera, tenían que trabajar en equipo y moverse rápido. Los hombres de Sh'ellah llegarían en cualquier momento, y si los descubrían intentando esconder los suministros y las provisiones las consecuencias serían nefastas.

–El conductor es árabe –dijo Hana–; lo curaré en mi choza, y si preguntan les diré que es mi marido, que ha venido a buscarme.

Quince minutos después era como si la camioneta nunca hubiese estado allí. Abdel la dejaría en el desierto, memorizaría las coordenadas exactas del lugar, y regresaría a pie. Era el único que contaba con una tapadera perfecta: como estaba entrenándose como corredor de larga distancia para las olimpiadas, tenía una excusa para alejarse del poblado.

En su choza, Hana había tendido al hombre herido sobre una sábana vieja y en ese momento se disponía a curarlo con un los instrumentos de un viejo botiquín que habían sido esterilizados. Se merecía algo mejor, pero si utilizase uno de los botiquines nuevos que había traído y no le diese tiempo a deshacerse luego de los instrumentos, los hombres del caudillo podrían descubrir que estaban engañándolos.

El conductor tenía sangre en el rostro y en la camisa. Se volvió hacia Haytham, el marido de Malika, que estaba detrás de ella, y tenía aproximadamente la misma estatura y complexión que aquel hombre.

–Necesito una camisa limpia –le dijo.

Haytham salió corriendo de la choza para ir a buscar una. Entretanto, Hana le quitó al hombre la camisa ensangrentada, que arrojó al fuego del hogar, y vio que el conductor tenía el pecho, un hombro, y parte del estómago, cubiertos por cicatrices inflamadas de quemaduras.

Hana miró su reloj de pulsera. Apenas disponía de cinco minutos; pronto llegarían los hombres de Sh'ellah. Le limpió la sangre del rostro y le suturó la herida, dando gracias porque estuviera cerca del cabello, pues podría ocultarla con el flequillo. También tendría que maquillarla un poco. Corría el riesgo de que se le infectase, pero una venda levantaría las sospechas de los hombres de Sh'ellah.

Le inyectó antibiótico con una jeringuilla entre los dedos de los pies, igual que a un yonqui. A los hombres del caudillo no se les ocurriría mirar allí en busca de signos de heridas o atención médica.

Haytham regresó con la camisa que le había pedido y volvió a salir de la choza. Con una manopla húmeda, Hana limpió lo mejor que pudo la sangre y el polvo del cabello del conductor y cubrió la herida con el maquillaje y el flequillo. Luego lo hizo rodar sobre el costado para quitarle la sábana de debajo, y la arrojó al fuego. Al ponerle la camisa limpia se fijó en que, a juzgar por los injertos de piel, parecía que había pasado varias veces por quirófano por las quemaduras.

Recorrió la choza con la mirada para asegurarse de que no había dejado a la vista ninguna prueba de la cura que le había hecho al conductor. No se le había pasado nada por alto, gracias a Dios. Suspiró aliviada, y por fin se permitió mirar un momento la cara de su paciente.

–No, no... –murmuró horrorizada.

«Por favor Dios, que no sea él, que sólo sea alguien que se le parece...», rogó para sus adentros, porque, si era quien creía que era, su sola presencia allí podría causar más problemas a la gente del poblado que los suministros que les había llevado.

Hasta los esbirros de Sh'ellah lo reconocerían. No había más que imaginárselo con un casco de carreras. Había ganado el campeonato mundial dos veces, y gracias a sus conocimientos químicos había enriquecido a la nación al descubrir reservas de petróleo y gas natural en un lugar en el que a pocos se les habría ocurrido buscar.

–*¡La!* –farfulló, quizá por su estado febril, o por la contusión que había sufrido–. *¡La, la, akh! ¡Fadi, la!*

«¡No! ¡No, no, hermano! ¡Fadi, no!». Fadi… No había duda: el apuesto rostro de finos rasgos, las terribles cicatrices de quemaduras en su cuerpo… y cómo había escapado de los hombres del caudillo. Era Alim El-Kanar, el jeque que había abandonado tiempo atrás su país, Abbas al-Din, para no regresar, tras la muerte de su hermano Fadi.

–Lo que faltaba… –murmuró llena de frustración–. ¿Por qué has tenido que venir precisamente aquí?

El antiguo piloto de carreras seguía farfullando, y justo en ese momento oyó el ruido de al menos una docena de Jeeps acercándose al poblado. Los esbirros de Sh'ellah hablaban un dialecto similar. Lo identificarían al instante, se lo llevarían para pedir un rescate por él, y destruirían cualquier prueba de su secuestro. Diez minutos después ella y toda la gente del poblado yacerían muertos.

–Fadi… ¡Fadi, por favor, no me dejes! ¡Quédate conmigo!

No tenía otro remedio. Sólo había una posibilidad de que los hombres del caudillo no lo reconocieran, y era haciendo que prefirieran mantenerse alejados de él. Les haría creer que tenía la gripe. Tras pedir disculpas en silencio al héroe que les había llevado los suministros, calentó sobre el fuego un paño húmedo y se lo puso en la cara y le frotó los brazos y las piernas para acelerar la fiebre. Claro que también tendría que lograr que se callara. Le puso los dedos en la garganta y presionó la arteria carótida, contando despacio del uno al veinte hasta que perdió el conocimiento.

***

Tenía que ser un sueño, pensó Alim al abrir los ojos. Aquellos ojos de ángel… Pero era el sueño más hermoso que había tenido jamás. Sentía un dolor punzante en la sien. ¿Estaba aún en África? A juzgar por el calor, el polvo rojizo en el suelo y la choza, con ventanas sin cristales y un hogar en el centro, en la que se encontraba parecía que sí.

–¿Dónde estoy? –le preguntó a la mujer que estaba inclinada sobre el hogar.

Cuando ésta se volvió y fue cojeando hacia él, Alim reconoció al instante lo que lo tenía tan confundido: aquélla era la mujer de

ojos de ángel. Vestía un *nicab*, la prenda tradicional islámica que cubría a la mujer de la cabeza a los pies, junto con un velo que ocultaba la parte inferior del rostro, dejando al descubierto únicamente los ojos. Los de esta mujer eran de un verde castaño y ligeramente rasgados; no era africana. Eran unos ojos tan hermosos y le recordaban tanto a su tierra natal, que al mirarlos sintió una punzada de añoranza.

Su leve cojera le decía que debía haber sido ella quien le había salvado la vida: probablemente se había hecho daño al subir a la camioneta en marcha.

–Estás en el poblado de Shellah-Akbar. ¿Cómo te encuentras? –le preguntó en el dialecto del árabe que se hablaba en el Magreb, en el norte de África.

Era parecido a su lengua natal, y de nuevo se vio atormentado por los fantasmas del pasado. Era evidente, por su acento, que aquella mujer era de la misma región que él, aunque estaba impregnado de una nasalidad inusual. Intrigado, le respondió en el dialecto del Golfo Pérsico:

–Estoy bien, gracias.

La mujer pestañeó, pero no de un modo coqueto, sino todo lo contrario; se comportaba como lo haría la virgen más tímida de su ciudad natal, aunque llevaba velo,
como una mujer casada.

Se acercó para comprobar el estado de su herida.

–Se ha infectado –murmuró tocándole la frente con cuidado. Alim inspiró, y un olor a lavanda invadió sus fosas nasales–. Lo siento, después de suturarte la herida tuve que maquillarla y cubrírtela con el pelo, y también tuve que subirte la fiebre para que los hombres de Sh'ellah creyeran que tenías la gripe.

–He pasado por cosas peores –la tranquilizó él–. Fuiste tú quien subió a la camioneta, ¿no es así? Por eso cojeas –añadió.

Ella asintió despacio.

–¿Y dices que me has cosido la herida?

Ella asintió de nuevo.

–¿Puedo saber el nombre de mi salvadora?

La vacilación de ella, su indecisión, se hizo palpable de inmediato, y Alim, apiadándose de ella, le dijo:

–Si tu marido...

–No tengo marido –lo cortó ella en un tono frío y áspero.

La mujer le dio la espalda, y se oyó el ruido de un envoltorio de

papel al rasgarse. Alim cerró los ojos, y se reprochó el no haberse dado cuenta antes. Sólo una viuda habría ido a un lugar como aquél, una viuda que no contara siquiera con el respaldo de una familia que cuidara de ella tras la muerte de su esposo.

–Lo siento.

La mujer encogió un hombro con desgana, y se inclinó sobre su herida.

–Por favor, no te muevas. Si queremos que la herida sane... y necesitamos que sane rápido, antes de que regresen los hombres de Sh’ellah, tengo que limpiarla de nuevo.

Tendría que haberse dado cuenta de que si hubiera estado casada no habría atendido a un paciente varón, a menos que hubiese estado casada con un occidental, en cuyo caso ni siquiera habría llevado el *nicab*.

Aunque la verdad era que el *nicab* le sentaba bien. La prenda, del color de la arena, cubría su cuerpo de un modo seductor, protegiéndola del polvo y del viento, pero no la constreñía. Además, el roce de la tela cuando caminaba producía un suave frufrú, y le fascinaba que pudiera moverse con la elegancia con que se movía a pesar de la cojera.

«Camina bella, como la noche...», pensó, recordando los versos de Byron. «O como una estrella al amanecer», añadió para sus adentros.

–Gracias por salvar la vida sin valor de este hombre, Sahar Thurayya –le dijo, haciendo un gesto de reverencia con las manos, puesto que no podía mover la cabeza.

La joven enarcó una ceja al oír como la había llamado: «estrella del alba», pero continuó su labor sin decir nada.

–Mi nombre es Alim.

No veía peligro alguno en decirle su nombre de pila. Al fin y al cabo había muchos hombres llamados Alim en su país, y las reglas de urbanidad exigían que ella se presentase también.

–Aunque «estrella del alba» es más bonito –respondió ella en un tono quedo–, me llamo Hana.

Hana... «Felicidad».

–Creo que «estrella del alba» es un nombre más apropiado para ti.

Ella siguió sin apartar la vista de la herida, que continuó limpiando con cuidado.

–Hace sólo diez minutos que me conoces... ¿y ya crees

conocerme lo suficiente como para juzgarme y decidir si mi nombre es apropiado? –le espetó.

–Perdona, no era mi intención... –se disculpó él en el dialecto de su país de origen.

–No hables más, por favor –le rogó ella en un susurro.

Fue entonces cuando Alim se dio cuenta de que le temblaban las manos. De modo que su mera presencia y la lengua que compartían hacía que le doliese el corazón tanto como a él... Cerró los ojos y la dejó trabajar en paz. Cuando le pareció que ya estaba acabando, le preguntó:

–¿Qué hicisteis con la camioneta?

–Abdel, uno de los hombres del poblado, se la ha llevado lejos de aquí, y los demás borraron las huellas de los neumáticos a la entrada y a la salida del poblado. No te preocupes, la esconderá bien, y te dará las coordenadas exactas para que puedas llegar allí cuando te encuentres mejor.

–¿Quién soy? –inquirió Alim. Y al verla fruncir el ceño, preguntándose sin duda si la contusión le habría provocado amnesia temporal, añadió–: Me refiero a que... cuando llegaron los hombres que me perseguían, ¿quién les dijiste que era?

Los dedos de Hana, que estaban colocando tiras adhesivas de esparadrapo esterilizado sobre la herida, volvieron a temblar ligeramente.

Alim aguardó su respuesta en silencio. Hana le colocó la última tira y dio un paso atrás.

–Cuando vinieron, me puse el *nicab* para que creyeran que estaba casada. Además cuando una mujer lleva el *nicab*, los hombres no pueden verla, y es más difícil que se sientan tentados por ella. Ya sabes cómo es la vida en este territorio.

Alim asintió.

–Cuando entraron aquí dieron por hecho que eras mi marido. Aun inconsciente tu presencia les inspiró respeto y me libró de ser raptada y violada... al menos de momento –concluyó con brusquedad.

Hana había arriesgado su vida al subir a la camioneta en marcha, y había vuelto a hacerlo al curarlo en su choza y hacerse pasar por su esposa. Estaba en deuda con ella, por partida doble.

–Me siento muy honrado de ser tu «marido», Sahar Thurayya. Y me sentiría aún más honrado si confiaras en mí durante el tiempo que esté aquí, que no será mucho.

Ella fue a descolgar una taza de latón de la pared, la llenó de agua, y volvió junto a él. Luego tomó un sorbo, y le tendió la taza. Él la tomó y bebió también mientras la miraba a los ojos. Era una tradición que mostraba el respeto mutuo entre dos personas.

–Gracias –dijo Hana.

Alim se dio cuenta de que había omitido su nombre; seguía guardando las distancias. Parecía que para Hana la confianza era algo que uno tenía que ganarse. Sin duda alguien en quien había confiado la había traicionado, y Alim se preguntó qué precio habría pagado por ello para que se hubiera vuelto tan recelosa.

–Me temo que tendrás que esperar un poco para marcharte –le dijo Hana–. Sh'ellah habrá apostado a varios de sus hombres en los alrededores del poblado y deben estar buscándote. Nos han hecho varias «visitas» en los últimos meses, y se han llevado más de la mitad de nuestra cosecha de mijo y maíz para alimentar a sus soldados –añadió con amargura–. Con un forastero en el poblado nos vigilarán aún más de cerca, así que agradezco tu promesa de respetarme, porque tendremos que compartir esta choza como marido y mujer hasta que puedas irte… y sólo hay una cama –concluyó con voz tensa.

A Alim, que estaba apurando el contenido de la taza, casi se le atragantó el agua y, tosiendo, volvió la vista hacia ella. Era extraño cómo, a pesar del dolor de cabeza, parecía intuir en todo momento dónde estaba, y cómo sus oídos se esforzaban por seguir el leve frufrú de su *nicab*. No sabía cómo lo hacía, pero Hana lograba que aquel ruido, que llevaba oyendo toda su vida, resultase seductor, e increíblemente femenino. Era como si imprimiese vida, luz y belleza a cada uno de sus movimientos.

–No podemos arriesgarnos a poner un colchón en el suelo; los hombres de Sh'ellah podrían irrumpir en la choza en medio de la noche para pillarnos desprevenidos. Tendremos que dormir en la misma cama o sospecharán… y aquí las sospechas se traducen en disparos.

Alim se quedó mirando a Hana, de espaldas a él, y pensó en cada día de su vida adulta que había pasado evitando cualquier tipo de relación seria, utilizando la muerte de su joven esposa diez años atrás, una esposa por la que había sentido aprecio pero a la que nunca había amado, como excusa para no cumplir con su deber de volver a casarse.

Pensó también en el tiempo que había sido piloto de carreras,

yendo siempre de un lugar a otro, sin echar raíces en ninguna parte, huyendo de sí mismo. Y en ese mismo momento no estaba haciendo otra cosa que esconderse. Esbozó una sonrisa, que luego se hizo más amplia, y acabó echándose a reír.

–¿Qué tiene tanta gracia? –le preguntó Hana volviéndose hacia él.

El velo que cubría la parte inferior de su rostro cayó, dejando a la vista unos labios carnosos, fruncidos en un mohín de indignación.

Era la primera vez en tres años que Alim se reía así, con ganas, y no podía parar.

–Es que es… es tan ridículo –acertó a decir sin aliento entre nuevas risas.

Hana irguió los hombros y lo miró a los ojos por primera vez, con una expresión de verdadero desdén en su hermoso rostro.

–Quizá sea ridículo para ti, pero si con ello salvamos la vida de cientos de personas… y supongo que te importan sus vidas ya que arriesgaste la tuya para traerles provisiones y medicamentos, estoy dispuesta a hacerlo por absurdo que parezca. La cuestión es si tú estás dispuesto.

CAPÍTULO 2

–¿DE DÓNDE es ese acento tan curioso que tienes? –le preguntó el jeque de repente, la curiosidad patente en sus ojos verdes–. No has vivido toda tu vida en los Emiratos Árabes, ¿me equivoco?

No había logrado engañarlo usando el dialecto del Magreb. Hana se sintió como si la estuviese diseccionando.

En los seis meses que llevaba en el poblado no se había sentido tan en peligro como en aquel momento, en medio de una simple conversación. Si descubría la verdad sobre ella...

Los latidos de su corazón se dispararon ante el solo pensamiento de decir nada, pero miles de chicas árabes se habían criado en Australia. Quizá no hubiera tantas de Abbas al-Din que hubieran vivido en Perth, pero aun así sería difícil que rastrearan su pasado y averiguasen quién era.

Aquello la hizo reírse de sí misma para sus adentros. ¡Como si Alim El-Kanar fuese a tomarse las molestias de rastrear en su pasado! Además, no pasaría nada por revelar esa clase de información; no era ésa la razón por la que su gente la había repudiado.

–Nací en los Emiratos, pero viví en Australia desde los siete años.

–Ah –dijo él recostándose sobre la almohada–. No conseguía identificar bien tu acento con esa nasalidad. ¿Hablas el inglés con fluidez? –le preguntó en ese idioma.

Ella asintió, y respondió también en inglés.

–Viví allí hasta los veintiún años, y fui a colegios públicos.

Alim sonrió.

–Ahora que estás hablando en inglés desde luego hablas como una australiana.

Hana se rió.

–Supongo que en buena parte me considero australiana. Mi padre –había practicado tanto que ya no se le hacía un nudo en la garganta al pronunciar esa palabra– recibió una oferta de una compañía minera. Había trabajado como minero durante su adolescencia, pero ahorró lo suficiente para ir a la universidad y se hizo ingeniero, así que era un profesional único porque conocía bien ambas facetas...

¡Y ya le había dado más información de la que pretendía darle!,

pensó cerrando la boca.

–Es fácil entender por qué se interesaron por él; no hay muchos ingenieros que también hayan sido mineros –respondió Alim pensativo.

Hana se obligó a sonreír.

–Sí, le ofrecieron tanto dinero que le pareció que, como cabeza de familia, sería un irresponsable si no aceptaba la oferta. Mi madre y él, aunque respetaban la cultura del país que nos había acogido, no querían que perdiéramos nuestras raíces, así que, a la vez que íbamos a colegios públicos, íbamos a una escuela coránica.

Y ya había hablado más de sí de lo que lo había hecho en años, se reprendió de nuevo, volviendo a cerrar la boca.

Tras una larga pausa, el jeque, no podía pensar en él de otra manera, dijo:

–Entonces, si tu padre trabajaba en la industria minera... ¿vivíais en el interior de Australia? ¿En Kalgoorlie o en Tom Price? ¿O quizá en la cordillera de Kimberley?

A Hana volvió a acelerársele el pulso, y sintió que le costaba respirar.

–No, nosotros no, pero él sí. Nosotros... mi madre, mis hermanas, mi hermano y yo, vivíamos en Perth, y nuestro padre vivía en Kalgoorlie y venía a casa los viernes.

–¿Y siempre has llevado el *nicab*? –le preguntó él, con una delicadeza que le dio a entender que respetaría sus secretos y su derecho a no contestar.

–No, soy de una familia suní moderada. Lo llevo por protección –respondió encogiéndose de hombros.

Sh'ellah ya había enviado a sus hombres a preguntarle si tenía marido, y si podía descubrirse el rostro para que pudieran ver si era lo bastante joven y bonita como para satisfacer al caudillo. Hana se estremeció al recordarlo. Sh'ellah tenía sesenta y dos años, pero era un mujeriego, y aunque tenía dos esposas, también tenía docenas de concubinas... y ésas eran sólo las mujeres que lo complacían. A las otras las «descartaba», y no volvía a verlas nadie. Por eso, desde entonces llevaba el *nicab* a modo de armadura. Les había dicho que su marido estaba fuera, de viaje, pero que regresaría pronto para buscarla.

Se le había acabado el tiempo; ahora les había hecho creer que el jeque era su esposo, y Sh'ellah esperaría que se fuese con él. De lo contrario, consideraría abierta la veda. Pero ella ya estaba

preparada: tenía listas y escondidas dos mochilas para desaparecer en cuanto se presentara la ocasión. Se dirigiría al campamento de refugiados más próximo, a pie si era necesario. Estaba a doscientos sesenta kilómetros, pero sabía cómo encontrar plantas comestibles llenas de zumo, y también sabía recoger el rocío durante la noche, dándole la vuelta a las hojas de otras. Y con dos o tres cantimploras de agua, unas cuantas pastillas potabilizadoras, tres docenas de barritas energéticas y una brújula, podría viajar de noche y llegar allí en catorce días.

–¿Y tú?, ¿te criaste en los Emiratos? –le preguntó al jeque, volviéndose hacia el fuego para preparar una infusión de corteza de sauce para la fiebre.

Alim permaneció largo rato en silencio antes de contestar.

–Sí.

No dijo más, únicamente ese «sí» apagado y desapasionado que dejaba entrever heridas abiertas tras una fina pared de cristal que se resquebrajaría con sólo tocarla. Con ayuda de un cazo, Hana sirvió un poco de infusión en una taza de cerámica desconchada.

–Siento no tener miel para endulzarla, pero te aliviará el dolor. Bébetela entera.

Él asintió y tomó la taza. Sus dedos rozaron los de ella, y Hana se estremeció por dentro.

–Sigues sin llamarme por mi nombre.

Ella inspiró profundamente para tratar de controlar el ligero temblor de sus manos. ¿Qué le estaba pasando?

–Eres un extraño para mí, mayor que yo, y has arriesgado mucho para ayudar a la gente de este poblado. Mis mayores me enseñaron a mostrar respeto.

–No puedo tener más de diez años que tú –replicó él, antes de apurar la infusión–. Y te he dicho mi nombre.

Le tendió la taza, y aunque su rostro no traslucía emoción alguna, a Hana no le pasó desapercibida su actitud de macho dominante acostumbrado a ganar, ni el tinte de irritación en su voz. No le había gustado que dijera que era mayor que ella. Reprimió una sonrisa.

–Es cierto, me has dicho tu nombre, pero la decisión de hacer uso de él o no es mía –le respondió, tomando la taza.

–¿No te gusta mi nombre, Sahar Thurayya?

Hana lavó la taza y la colgó de nuevo en su gancho en la pared. Puesto que no tenía armarios ni un arcón, todas las cosas estaban

apiladas en una caja o colgadas de la pared.

–Estoy esperando a ver si haces honor a él.

No hizo ningún comentario sobre el poético nombre que él le había dado, pero cada vez que le oía pronunciarlo temblaba por dentro como una hoja. Igual que cuando sus ojos sonreían, o cuando se reía. Y cuando la tocaba... Cerró los ojos y recitó una plegaria en silencio. Cuatro horas en compañía de aquel hombre, tres de las cuales había estado inconsciente, y ya estaba en peligro.

–¿De modo que debería hacer honor a mi nombre? –dijo él riéndose suavemente–. Mi hermano siempre dijo que el nombre que me habían puesto no me iba en absoluto.

Alim: prudente, docto. Hana no le preguntó en qué sentido era imprudente, pues le bastaba con remitirse a los hechos: años atrás había arriesgado su vida una y otra vez porque le gustaba la velocidad y le gustaba ganar.

–Bueno, la verdad es que parece que no acertaron con el nombre ni conmigo ni contigo –añadió él riéndose de nuevo, como si esperara que ella le viera la gracia, igual que él.

Hana: felicidad. «Yo sí solía hacer honor a mi nombre», pensó ella con tristeza. «Durante el tiempo que estuve prometida a Latif, fui una mujer feliz».

Pero luego el hermano menor de Latif entró en su vida... y Latif le mostró lo poco que valían sus sueños de amor y felicidad.

–Tengo que ir a ver a mis otros pacientes –le dijo a Alim en tono quedo.

Se colocó bien el velo, para que le cubriera la parte inferior del rostro, y salió de la choza, sintiendo la mirada de él sobre ella.

Alim se quedó mirando el umbral de la puerta hasta que perdió a Hana de vista, y aun después, hasta que la luz del atardecer, que entraba a raudales, hizo que le escocieran los ojos y que empeorara su dolor de cabeza.

Era evidente que tiempo atrás Hana había sido una mujer feliz, y también que le había ocurrido algo que había hecho que se convirtiera en una mujer seria y recelosa. Quería saber por qué. Quería verla sonreír de verdad, reírse de verdad. Los últimos rayos del atardecer tiñeron de escarlata el ocre de la arena del suelo de la choza, y Alim parpadeó al ver de pronto una sombra que se proyectó sobre el suelo, bloqueando la luz.

Alzó la vista. Era Hana, que había regresado y se había

detenido en el umbral de la puerta. Su silueta se recortaba contra la luz, y los colores del atardecer suavizaban sus formas y la hacían brillar, como a una criatura etérea, celestial.

–¿Necesitas más infusión para calmar el dolor?

Era una pregunta prosaica, pero su voz, suave y musical, parecía convertir la lengua natal de ambos en notas de arpa y murmullos de cascadas.

Alim parpadeó de nuevo. ¡Estúpido, estúpido! Parecía que el golpe que se había dado en la cabeza había activado la parte de su cerebro que creaba poesía o algo así. Nunca había pensado así de ninguna otra mujer, y a ésta apenas la conocía.

–Sí, por favor.

Hana se quitó el velo, y Alim parpadeó, cegado por su belleza. La joven le sirvió más infusión.

–Cuando tomes un sorbo, déjalo un rato debajo de la lengua; así hará efecto más rápidamente. Pronto te sentirás mejor, y esta noche podré traerte paracetamol. Siento que no tengamos ningún medicamento con codeína; va mejor en casos de contusión, pero como sabes nuestros recursos son limitados.

De pronto Alim se dio cuenta de que no le picaba el pecho. No había vuelto a sentir picor desde que había recobrado el conocimiento, y su cuerpo desprendía un suave olor a lavanda y algo más. Hana debía haberle untado algo mientras estaba inconsciente. Había visto el páramo de «parches» y cicatrices que era su pecho, el recuerdo indeleble de que había matado a su hermano, a su mejor amigo...

Con amargura, tomó un sorbo del horrible brebaje que Hana le había dado, y cuando acabó la infusión le devolvió la taza cuidándose de no rozar sus dedos. Ella no quería que la tocara, y el roce de su piel hacía que los vientos de atracción que soplaban en su interior amenazasen con tornarse en un huracán de deseo, y aquello haría que ansiase cosas de las que no era merecedor.

–Gracias –le dijo–. Si tienes que ir a ver a otros pacientes, puedes ir; estoy bien. Intentaré dormir un poco –añadió dándole la espalda.

–Antes deberías comer. No querrás despertarte con hambre en mitad de la noche.

Irritado por su buen juicio, pero sobre todo porque hubiera visto lo que él no quería que viera nadie, se dio la vuelta en la cama para mirarla, y le espetó en inglés con un tono frío y

cortante:

–Si quiero comida, ya te la pediré.

Ella le hizo una reverencia burlona.

–Como gustéis, mi señor. Os traeré la comida de madrugada después de haberos estado cuidando a vos y a los otros pacientes todo el día si ése es vuestro deseo.

No estaba sonriendo, pero había un brillo travieso en sus ojos, y antes de que Alim pudiera recobrarse de la sorpresa que le produjo el ver que estaba riéndose de él, ya estaba saliendo por la puerta de la choza. Había sabido ponerlo en su sitio con unas pocas palabras. La siguió con la mirada y la llamó, antes de poder contenerse:

–¡Hana!

Ella sólo volvió la cabeza, pero Alim vio que estaba reprimiendo una sonrisa.

–¿Sí, mi señor?

Aunque sabía que lo llamaba así para provocarlo, Alim frunció el entrecejo, preguntándose si sabría quién era.

–Perdóname –le dijo a regañadientes–. Comeré cuando tú lo consideres oportuno.

Ella le agradeció la disculpa con una inclinación de cabeza.

–Es normal estar irritable cuando te has dado un golpe y tienes una contusión.

Y se marchó.

Alim se sentía avergonzado de sí mismo. Nunca había tratado con esa arrogancia a nadie, ni al trabajador más humilde, y nunca había perdido los estribos porque una mujer no le hiciera caso. Y en cambio a las dos horas de haber conocido a Hana ya se había convertido en un cliché: el típico hombre que se sentía excitado por la enfermera que lo atendía, y que se molestaba al ver que no flirteaba con él, que había tocado su cuerpo como enfermera pero no como mujer, y que lo veía como a un paciente y no como a un hombre.

Con un gruñido, se dio la vuelta y le pegó un puñetazo a la fina almohada, doblándola después para que la cabeza no se le quedara tan baja. Sin embargo, sabiendo que Hana iba a volver, le sería imposible dormirse.

La noche estaba ya muy avanzada cuando Alim se despertó con un grito ahogado; ahogado por una mano que le había tapado la boca.

–Ni una palabra –le ordenó la voz de Hana en un susurro.

El colchón se hundió cuando el blando y redondeado trasero de la joven se acurrucó contra sus caderas, y una sucesión de extraños movimientos hacia delante y hacia atrás hizo que los muelles de la cama chirriaran.

La choza estaba en penumbra salvo por la suave luz plateada de la luna. El olor a lavanda de Hana despertó los sentidos de Alim, y el roce de su cuerpo lo excitó de inmediato. ¿Serían sus besos tan dulces como olía, y el tacto de su piel tan suave como parecía? Se había dejado el cabello suelto, y le caía hasta la cintura en ondas, haciéndole cosquillas a Alim en la cara y en el pecho como las alas de una mariposa.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó en un susurro.

–Borrando las marcas de mi cuerpo del suelo –siseó ella apresuradamente–. Te he dicho que no hablaras. Ahora sabrán que estamos despiertos y querrán saber por qué. Quítate la camisa.

Hana se levantó, y mientras él se quitaba la camisa, ella se despojó del *nicab* y lo arrojó al suelo, quedándose sólo con unas braguitas y una camiseta de algodón.

–Túmbate encima de mí y finge que estás disfrutando –le siseó, volviendo a meterse en la cama.

¿Que fingiera? En cuanto se tumbase sobre ella se daría cuenta de que no le hacía falta fingir en absoluto.

Aun así, hizo lo que le pedía, y Hana emitió un gemido ahogado antes de cerrar los ojos. Se quedó muy rígida debajo de él, y después de tragar saliva, le susurró:

–Haz ruidos de placer.

Alim gruñó, pero de pura frustración. Al colocarse sobre ella, el roce de sus cuerpos le había hecho darse cuenta de cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había hecho el amor a una mujer. Algo dentro de él parecía estar pidiéndole que se dejara de ficciones y llevara aquello a la conclusión perfecta.

Y, extrañamente, en el tono de Hana al susurrar había advertido una intensidad que no habría esperado en esa situación, y menos viniendo de una viuda. Frunciendo el ceño bajó la vista a su bello rostro, enmarcado por el cabello ondulado, que se desparramaba sobre la almohada y sobre los hombros de la joven a la luz de la luna.

–No te preocupes, Hana. He hecho esto antes.

–¿El qué? ¿Fingir sexo para engañar a unos asesinos? Qué vida

tan trepidante has debido llevar –murmuró ella burlona en su oído.

Sin embargo, de su voz se desprendía que tenía los dientes apretados, y Alim la notaba tan tensa, y tan reacia a cualquier roce con él, que estaba seguro de que, si hacía un solo movimiento, lo tiraría al suelo.

Alzó el rostro para verla mejor, y se fijó en que todavía tenía los ojos cerrados y en que su frente estaba perlada de sudor. Era obvio que estaba aterrada, y que estaba haciendo todo lo posible por ocultárselo, aunque no sabía qué la asustaba más, si la situación de peligro en la que se encontraban, o la evidente excitación del repulsivo extraño con el cuerpo lleno de cicatrices que estaba sobre ella.

Susurrándole en un tono íntimo, pero en inglés, para que los hombres que había fuera no lo entendieran, le dijo:

–Hana, sólo estoy haciendo esto para que esos brutos no sospechen. Me has salvado la vida, y quiero que sepas que jamás te haría daño ni te impondría mi voluntad.

Ella emitió un gemido que no engañaría a los hombres de Sh’ellah que pudieran haberlo oído. Mantuvo los ojos cerrados.

–Gracias –dijo, y arqueó su cuerpo hacia él con un gemido de pasión más convincente.

A Alim casi se le olvidaron sus buenas intenciones al sentir el roce de su cuerpo.

Luego Hana se puso tensa e hizo un ruido ahogado, como si hubiese llegado al clímax.

–Alim... –jadeó, pronunciando su nombre por primera vez–. Alim, amor mío, ¡te he echado tanto de menos!

Momentos después aparecía una cara en la ventana que bloqueó la luz de la luna.

–¿Quién hay ahí? –gritó Alim con voz iracunda en el dialecto magrebí–. ¡Tenemos derecho a la intimidad!

La cabeza desapareció, y la luz de la luna volvió a iluminar tenuemente el interior de la choza. Se oyó un murmullo en una lengua africana. Alim hablaba todos los dialectos del árabe, además de francés, alemán e inglés, pero ninguna de las lenguas propias de aquel continente.

–Es swahili –le susurró Hana, aún tensa–. Están diciendo que Sh’ellah se pondrá furioso cuando se entere de esto; tenía planes para mí.

Alim casi gruñó.

–¿Te quiere para él? Eso complica la cosas.

–Sólo porque soy joven y distinta a las mujeres de esta región –replicó ella–. Por lo demás no sabe nada de mí; siempre llevo puesto el *nicab*. Lo único que sus hombres han visto de mí son mis ojos –añadió encogiéndose de hombros–. Y tengo una mochila y estoy lista para marcharme. Podría irme esta noche, pero no creo que tú lo consiguieras. Tendremos que esperar un día más.

–No.

Alim intuía lo que Hana no había dicho, que Sh'ellah no tendría el menor reparo en matarle para poder violarla una o dos veces, antes de arrojar su cuerpo a las cambiantes arenas.

–Aunque esté herido puedo hacerlo; tenemos que salir de aquí esta noche.

Hana lo escrutó con ojos preocupados.

–Pero tendremos que estar ya a varios kilómetros de aquí antes de que descubran que nos hemos ido, y la fiebre y una contusión no se deben tomar a la ligera.

Conmovido por su preocupación, Alim le susurró:

–Estaré bien.

Ella hizo un gesto impaciente.

–No lo creo… pero me temo que no tenemos otra opción. Deberíamos dirigirnos al campo de refugiados. Los miércoles llega una avioneta allí. Estamos a jueves, y nos llevará casi dos semanas a pie. Aunque contigo en ese estado es probable que tardemos algún día más, y tendremos que viajar de noche. Nos llevaremos analgésicos, un kit de sutura, y una cantimplora extra.

–Si vamos al lugar donde está la camioneta no tendremos que hacer todo el recorrido a pie, y no tardaremos más de cuatro días.

Hana frunció el ceño.

–Pero la camioneta está a sesenta kilómetros de aquí.

–Puedo hacerlo –masculló él.

–Está bien, si tú lo dices… –contestó ella, a pesar de la evidente duda en sus bellos ojos rasgados–. Creo que ya puedes quitarte de encima; es lo usual.

Alim no pudo evitar reírse; aquella chica estaba en todo y lo planeaba todo al milímetro. En cualquier caso, él no podía apartar de su mente el dulce aroma de Hana, ni el hecho de que estaba prácticamente desnuda debajo de él, por lo que quitarse de encima de ella fue casi un alivio. Sin embargo, la joven se acurrucó en sus brazos, asegurándose de que las sábanas cubrieran la ropa que aún

llevaban puesta.

–Amor mío... –le dijo en el dialecto magrebí, por si los hombres de Sh'ellah seguían fuera–. Tendremos que llevarnos el viejo kit de sutura y la infusión de corteza de sauce –le susurró en inglés en un tono sensual, como si estuviera diciéndole algo muy íntimo–. Enterramos los medicamentos que trajiste y no podemos permitirnos ir a sacar los que nos harían falta.

–No pasa nada –respondió él, atrayéndola hacia sí y besándole el cabello–. Me encanta tu olor.

Hana apretó los labios, y de pronto Alim la notó tensa entre sus brazos; el voto de confianza que le había dado acababa de esfumarse.

–Es una loción que mantiene alejadas a las pulgas, a los mosquitos y a las garrapatas. Y tampoco le gusta a los escorpiones –le espetó con aspereza.

«Menudo planchazo». Aturdido y sin saber qué decir, Alim recurrió al humor:

–Vaya, garrapatas y escorpiones... Nunca imaginé que tendríamos unas conversaciones tan íntimas en la cama cuando nos casáramos.

Hana, que no se esperaba esa salida, se quedó un tanto sorprendida, pero luego se echó a reír.

–También tengo una crema de aloe y lavanda para tus cicatrices –le dijo–. Por lo que he visto necesitan cuidado y tratamiento. No acabaron de hacerte la cirugía plástica que requerían tus quemaduras, ¿no es así?

Hana acababa de estropear el momento con aquella pregunta. Se apartó de ella y una sola palabra cruzó sus labios con un tono áspero:

–No.

Como si hubiese advertido su malestar, Hana se echó hacia atrás, apartándose también de él.

–Tenemos que salir dentro de una hora. Sólo hay una salida del poblado que no estarán vigilando: donde viven los licaones. Será peligroso, pero suelen dormir hasta el amanecer. Tendremos que pasar su territorio antes de que salga el sol. Luego seguiremos el lecho seco del río, y buscaremos un lugar sombreado para dormir durante el día.

–Bien –respondió él, cerrando los ojos con fuerza.

¿Por qué habría de extrañarle que ella se mostrara tan tensa y

fría con él, que no le hubiera gustado que la llamase «estrella del alba»? Al fin y al cabo no era más que un monstruo que se había atrevido a poner sus ojos en ella y que ansiaba lo que no podía tener.

–Le pediré a uno de los hombres del poblado que te prepare una muda de ropa –le dijo Hana–. Sólo podemos llevar una; necesitamos espacio para el agua y los medicamentos. He guardado una caja de ibuprofeno y barritas energéticas en mi mochila. También llenaremos una cantimplora con la infusión de corteza de sauce; tendrás que dosificarla bien.

Él asintió y Hana rodó hacia el borde de la cama y se incorporó.

–Excelente –dijo, e incluso le sonrió.

El corazón le dio un brinco a Alim al ver que en sus ojos no había lástima. Atesoraría cada brizna de felicidad que ella le diese, por pequeña que fuera; cada una de sus sonrisas le hacía abrigar esperanzas de que tal vez no sintiese una repulsión total hacia él. No sabía qué la había hecho cambiar, qué había hecho que dejase de ser la mujer feliz que había sido una vez, pero al menos tenía una semana para averiguarlo.

CAPÍTULO 3

ERAN casi las tres de la madrugada cuando abandonaron la choza. El parpadeo de luces a corta distancia le dijo a Alim lo cerca que estaban los hombres de Sh'ellah.

–Tendremos que avanzar arrastrándonos –le susurró a Hana. Se vio la llama de un mechero encendiendo un cigarrillo y el haz de luz de una linterna trazando un arco–. Podrían vernos con estas mochilas tan abultadas.

Hana asintió.

–Y tendremos que tener cuidado de no hacer ruido –añadió–. Quiero que crean a la gente del poblado cuando les digan que no saben nada; sólo que mi marido se presentó ayer sin avisar, y que esta mañana se encontraron con que nos habíamos ido –le tendió un bulto de ropa–. Ponte esto; es ropa de camuflaje.

Alim miró las prendas, de color oscuro y embadurnadas de polvo y barro. Hana estaba en todo.

–¿Te importaría darte la vuelta? –le preguntó con cierta brusquedad. Si volviese a mostrar desagrado ante su cuerpo, no podría soportarlo.

Hana asintió y se giró. A Alim le pareció ver lástima en sus ojos, pero cuando siguió hablando en el mismo tono pragmático, se preguntó si no estaría algo paranoico.

–No podremos volver a ponernos nuestra ropa hasta que estemos fuera del alcance de los esbirros de Sh'ellah.

Cuando acabó de vestirse, Alim vio que Hana iba a quitarse el *nicab*, y contuvo el aliento, recordando las hermosas curvas de su cuerpo cubiertas sólo por una camiseta interior y las braguitas. Sin embargo, un momento después se vio obligado a tragarse la ridícula decepción que se llevó. Debajo llevaba unos vaqueros, una camisa de manga larga, y unas zapatillas de deporte. ¿Qué esperaba? También se había recogido el cabello en una trenza

Hana dobló la prenda, la guardó en su mochila, y ocultó la trenza bajo una gorra con visera. Luego se colgó la mochila de los hombros, se puso a cuatro patas y empezó a avanzar a rastras sobre el estómago.

–Vamos.

Ignorando el horrible martilleo que tenía en la cabeza y la fiebre, que aún no había remitido, Alim se tiró también al suelo y la siguió.

Les llevó una media hora dejar atrás los límites del poblado y

llegar al territorio de los licaones, unos depredadores parecidos a los chacales que atacaban en manada.

Mientras avanzaban, Alim tuvo que hacer un esfuerzo enorme no sólo para no hacer ruido, sino también para no toser ni estornudar. El pañuelo que Hana le había dado para cubrirse la nariz y la boca estaba tan impregnado ya de polvo que le costaba respirar, y las cicatrices del pecho estaban empezando a picarle.

Hana, que estaba pendiente de todo, se detuvo y le puso una cantimplora en las manos.

–Humedece el pañuelo, escúrrelo, y vuelve a ponértelo –le susurró al oído–. Tendremos que seguir a rastras hasta que lleguemos al lecho del río. Con un poco de suerte quizá lleve algo de agua y podamos rellenar las cantimploras. No encontraremos más agua hasta dentro de cincuenta kilómetros. Muévete despacio y procura que no se te caiga ni una gota de sudor al suelo. No podemos permitirnos dejar un rastro de nuestro olor. Los licaones no tienen rifles, pero pueden despedazarte en segundos.

Alim asintió y se pusieron de nuevo en marcha. Se arrastraban con el mayor sigilo posible, cuidándose de no hacer ningún ruido que pudiese alertar a los licaones, y la hora siguiente fue para Alim un verdadero calvario. El haber humedecido el pañuelo no ayudaba gran cosa, y el pecho le picaba cada vez más.

Cuando estaba empezando a pensar que se desmayaría si no respiraba aire puro, llegaron a una suave pendiente, y el polvo bajo su cuerpo pasó a ser tierra dura y resquebrajada. Hana exhaló un suspiro, y supo que habían pasado al menos el trayecto más peligroso de su recorrido: habían llegado al lecho del río seco.

Alim se quitó el pañuelo y aspiró el aire fresco de la noche.

–A partir de aquí podemos caminar –dijo Hana levantándose–. Aunque aún nos quedan cincuenta y cinco kilómetros para llegar al lugar donde está la camioneta. Vamos; no podemos pararnos a descansar.

Aunque poder caminar en vez de ir arrastrándose era un alivio, también pareció reavivar su dolor de cabeza, pero no le dijo nada a Hana hasta que ella anunció otra parada.

–No sé cuánto trecho más podremos hacer antes de que salga el sol –dijo ella mientras Alim se tomaba unos comprimidos con agua.

Vio que Alim estaba frotándose la axila con el brazo, como si estuviese intentando rascarse sin que ella se diera cuenta.

–¿Qué tal tu piel? –le preguntó–. Debe picarte con todo el polvo

sobre el que nos hemos arrastrado.

El apretó la mandíbula. Otro recordatorio: la Bella recordándole a la Bestia qué era.

–Estoy bien.

–No quiero herirte, pero no podrás seguir si los injertos de piel o las quemaduras te pican, se abren o sangran. Hemos recorrido más de cinco kilómetros arrastrándonos. No puedes estar bien.

–Te he dicho que sí –le repitió él con aspereza. Sabía que Hana no se merecía esa reacción, pero era algo superior a él–. Dame la crema y ya me la pondré cuando lo necesite.

Hana suspiró.

–Hay formas de aplicar la crema que incrementan sus efectos beneficiosos. Ya veo que te incomoda que te la ponga yo, pero tenemos cuatro días por delante en los que tendremos que andar muchas horas, dormir a la intemperie y...

Alim sintió cómo le rechinaban los dientes antes de contestar.

–No pararás hasta salirte con la tuya, ¿no es así?

–Probablemente –asintió ella, riéndose suavemente.

Alim se notaba como si tuviera un espectáculo de luz y sonido dentro de la cabeza, y el picor estaba empeorando.

–Muy bien, hazlo entonces.

Había pronunciado aquellas palabras en un tono petulante, como haría un señor con su criada, pero Hana no se lo tomó en cuenta.

–Quédate quieto y cierra los ojos –le dijo con suavidad.

Alim notó cómo le iba desabrochando los botones de la camisa y tragó saliva. Estaba seguro de que a Hana no le pasaría desapercibida la reacción de su cuerpo cuando lo tocase.

El sol estaba empezando a salir.

–Tu tensión no ayuda. Inspira profundamente y relájate.

Estaba hablándole como si fuera un niño, pero la sensación de sus manos embadurnadas con la fresca crema y el agradable aroma de ésta lo dejaron sin habla. Inspiró, y sintió cómo la tensión lo iba abandonando y sólo permanecía la excitación.

–Eso es, mucho mejor –le dijo Hana–. Siento no poder usar el agua para limpiarte un poco el polvo, pero al menos la crema te aliviará.

Sus manos eran mágicas: masajeaban con suavidad, describiendo círculos lentamente, y las palmas extendían la crema concienzudamente.

–Este preparado lleva un cincuenta por ciento de aceite de oliva prensado en frío, un cuarenta por ciento de jugo de aloe, y un diez por ciento de aceites esenciales de lavanda, romero, y azahar. Hago diez litros para los pacientes con quemaduras y cicatrices por heridas de bala. A unos cuarenta kilómetros del campamento de refugiados hay una aldea de libre comercio que me consigue todos los ingredientes que necesito.

–Mmm.

A Alim le habría dado igual que hubiese estado recitándole el abecedario o la guía de teléfonos. Su voz era como el canto de una sirena y sus manos le prodigaban tal alivio que eran una bendición de Dios.

–¿Te alivia? –le preguntó Hana con suavidad. Su voz sonaba… extraña.

–Ya lo creo –murmuró él. Se sentía como si estuviera flotando.

Abrió los ojos, apenas una rendija, y si no hubiera sido por lo increíblemente relajado que estaba, habría dado un respingo. Hana estaba mirando su pecho mientras lo masajeaba, pero no había repulsión en sus ojos, ni tampoco la frialdad de alguien que se dedicaba a la medicina. Su respiración se había tornado agitada, y la vio humedecerse los labios.

Y entonces, de pronto, Hana alzó la vista hacia él con las mejillas teñidas de rubor, los labios entreabiertos, y una expresión que jamás había visto en el rostro de una enfermera.

De hecho, era una expresión que jamás había visto en el rostro de ninguna mujer. En sus preciosos ojos almendrados había una mirada de inocente ensoñación combinada con tintes de un deseo casi desgarrador, arraigado en el instinto más profundo.

Sin embargo, cuando ella lo vio abrir los ojos, la expresión se desvaneció, como si nunca hubiera existido.

–Bueno, me alegra poder ser de ayuda –dijo, en un tono que pretendía ser natural, pero sonó algo tembloroso–. Abróchate. Si no recuerdo mal, a sólo unos kilómetros de aquí hay un saliente en la roca bajo cuya sombra podremos dormir un poco.

Alim no lograba borrar la sonrisa de sus labios.

–¿Por qué no dormimos aquí? Pareces cansada, y ha sido un día largo y duro para los dos.

–No estamos lo bastante lejos del poblado –replicó Hana con los dientes apretados. Ahora era ella quien estaba irritada–. Cuando lleguemos a la camioneta podrás llevar tú la voz cantante, pero éste

es mi territorio, así que si quieres vivir tendrás que hacer las cosas a mi manera.

Incapaz de argumentar en contra, pues aquella noche había vuelto a salvarle la vida, Alim se encogió de hombros.

–De acuerdo; tres días –concedió–. Pero luego seré yo quien mande. Llegarás sana y salva al campamento de refugiados, Hana, te lo prometo... pero tendrás que obedecerme sin rechistar.

«Y ya iremos ahondando en el significado de esa expresión tuya de antes», añadió exultante para sus adentros.

Hana asintió, y no parecía más irritada, sino que además había un brillo sospechoso en sus ojos.

–Os obedeceré con gozo, mi señor, porque soy una mujer débil que necesita de vuestra fuerza –le dijo burlona, haciendo una exagerada genuflexión ante él y tocando el suelo con la frente–. Debe ser ésa la razón por la que jamás había salido del poblado, porque os estaba esperando para que me guiaseis.

Alim se echó a reír.

–Para ya con eso, Hana. Anda, vámonos.

Ella sonrió, y poniéndose seria le dijo:

–Deberíamos seguir a rastras un trecho; está haciéndose de día y podrían vernos.

La sola idea hizo que Alim emitiera un gemido de protesta, pero obedeció. Hana se le había adelantado, y mientras la seguía no pudo evitar fijarse en lo sexy que era verla moverse así. Dios, tenía que apartarse esos pensamientos de su mente. Pero es que después de ver esa expresión en su rostro...

No, debía haberlo malinterpretado; era imposible. Él era un hombre sin hogar que no tenía nada que ofrecer a una mujer salvo la fealdad de su cuerpo, y sus cargas morales y emocionales, y seguro que Hana tenía bastante con las suyas. «Sigue y deja de mirarla», se dijo.

–A partir de aquí el lecho del río se vuelve pedregoso a lo largo de unos cuantos kilómetros. Ten, póntelos –le dijo Hana deteniéndose y lanzándole unos guantes de cuero–. Te harán sudar, pero es mejor que ir dejando un rastro de sangre que pueden seguir los licaones o los chacales.

–Gracias –murmuró él antes de ponérselos.

Las palmas de las manos habían empezado a despellejársele, y la ropa también iba camino de hacérsele jirones.

–Vamos –lo apremió ella impaciente.

Ésa fue la única conversación que tuvieron en el espacio de las dos horas siguientes.

El sol estaba empezando a despuntar sobre la pared este del lecho del río, cuando Hana anunció que iban a hacer un alto. Habían llegado al saliente del que ella le había hablado.

–Sólo estamos a unos siete u ocho kilómetros del poblado, pero este saliente es el mejor sitio para guarecernos. Comeremos algo y dormiremos un poco.

Se apoyó en la pared de roca y se estiró con un suspiro antes de abrir la mochila y empezar a rebuscar en ella.

Alim, que prefería no mirarla porque su bonito rostro y cada sensual movimiento de su curvilínea silueta lo atormentaban, se sentó junto a ella, y tras estirarse como ella, descubrió con sorpresa que a pesar de la contusión no había perdido el apetito, como le había ocurrido las veces que se había golpeado la cabeza en alguna carrera. De hecho, a pesar de que se notaba como si fuera a estallarle la cabeza y de que le escocían y le dolían los ojos, su estómago rugió impaciente ante la mención de comida. Cuando lo único que le tendió Hana fue una barrita energética de nueces y pasas, se quedó mirándola desolado.

–Cómetela despacio. Tenemos que racionar la comida. Sólo había almacenado la suficiente para escapar sola –le explicó ella. Escrutó su rostro, sus ojos–. Te duele la cabeza. Toma unos sorbos de la infusión de sauce antes de dormir.

Irritado porque no hiciera más que darle órdenes, hizo un gesto desdeñoso con la mano.

–Se me pasará cuando duerma un poco.

–No seas cabezota. Si el dolor va a más esta noche no estarás en condiciones de continuar. No hace ni veinticuatro horas que sufriste esa contusión. Tómate la infusión y un comprimido de ibuprofeno.

Estaba empezando a irritarlo de verdad con ese tono imperioso de «no seas estúpido». Ninguna mujer, a excepción de su madre, le había hablado así. Pero tenía razón, así que obedeció y se tomó un buen trago de la horrible medicina con un comprimido de ibuprofeno.

–Adelante, dilo –le dijo Hana divertida.

Alim se volvió hacia ella, y vio el brillo malicioso en sus ojos y que estaba reprimiendo una sonrisa. Tampoco se había reído de él ninguna mujer.

–¿Qué?

–Pues... ya sabes, todo ese rollo de «no me des órdenes; yo soy el hombre y soy yo quien tiene el control». Eres el hombre grande y fuerte que está deseando ponerme en mi sitio. Vamos, hazlo, lo soportaré –le dijo Hana con una amplia sonrisa.

Sus palabras hicieron que la irritación de él se desvaneciera.

–¿Tanto se me nota? –le preguntó avergonzado.

Ella asintió, riéndose suavemente.

–Perdona, no tengo derecho a ejercer ningún tipo de autoridad sobre ti –admitió Alim a regañadientes, pues no estaba acostumbrado a disculparse por nada. Sin embargo, en cuanto hubo pronunciado esas palabras, se sintió mejor.

Ella enarcó las cejas.

–¿Lo ves? No era tan difícil.

Alim suspiró.

–Piensas como una australiana, ¿eh? No te inclinas ante ningún hombre. A tu padre debía resultarle difícil lidiar contigo si era un hombre tradicional...

Al ver la expresión de dolor en los ojos de Hana cerró la boca de inmediato. Ella lo había provocado, pero en ningún momento había hecho juicios sobre él ni sobre su pasado. Él había hecho ambas cosas sin siquiera darse cuenta.

–Hana, yo...

Pero ella no estaba escuchándolo.

–Voy a intentar dormir un poco, y tú deberías hacer lo mismo. Esta noche tendremos que avanzar más rápido.

Se tumbó en el suelo y le dio la espalda.

Alim quería alargar la mano y tocarla, pero tuvo que contentarse con usar las palabras para tender un puente entre ellos, y esa vez no le resultó tan difícil.

–Hana, sólo ha sido una broma tonta, pero veo que te ha dolido. Lo siento, no volverá a ocurrir.

Al cabo de un rato, ella asintió.

–Está bien; vamos a dormir –respondió con voz quebrada.

–Buenas noches –murmuró él, sin poder apartar ese sentimiento de vergüenza.

Pasó mucho rato en vela, y estaba seguro de que ella tampoco podía conciliar el sueño.

***

Cuando Hana se despertó, sintió el peso y el calor del brazo de Alim en torno a su cintura. Era reconfortante, excitante y hermoso, y era la primera vez en años que no se despertaba sintiéndose tremendamente sola.

Sin embargo, también simbolizaba un grillete en su cuello que subyugaba a la mujer a la voluntad del hombre, asfixiándola.

–Aparta –le dijo tensa, esforzándose por calmarse.

Era Alim, no Mukhtar, pero podía sentir el pánico aumentando por momentos en su interior, y la asaltaron los recuerdos de la noche en la que había intentado convertir sus mentiras en realidad.

–¿Mmm? –murmuró Alim adormilado.

En vez de apartarse se acercó más a ella al tiempo que su brazo la atraía hacia sí. Estaba excitado, y se apretó contra su trasero como si tuviera derecho a hacerlo.

–He dicho que te apartes –ya no era un ruego. Casi le había gritado, presa de la ira y el pánico que la impelía a alejarse de él.

Lo notó moverse, y supo que se había despertado.

–¡Eh? ¿Qué? Oh.

Con movimientos lentos por la pesadez del sueño, levantó el brazo y se apartó.

–Perdona, no estaba despierto –murmuró.

Hana hizo un nuevo esfuerzo por recobrar la serenidad. Cerró los ojos y respiró profundamente. «Tengo el control sobre mi vida, sobre mis decisiones. Me... Me valgo por mí misma. Ningún hombre tiene control sobre mí».

Abrió los ojos y se volvió hacia él.

–Lo sé –le dijo con suavidad–. Sé que no ibas a intentar nada. Sobre todo oliendo como huelo en estos momentos –añadió esbozando una sonrisa forzada y arrugando la nariz.

–No eres la única, Sahar Thurayya –contestó él–. Yo me doy asco a mí mismo. Alim, el porquero –bromeó riéndose y arrugando la nariz también.

La risa iluminó sus atractivas facciones. Era un milagro que no hubiese caído rendida a sus pies. Aunque no le faltaba demasiado a juzgar por el modo en que la afectaba. Y eso que sólo hacía dos días que se conocían y que ni siquiera la había tocado. Ella en cambio sí que lo había tocado y... Dios, ¿tendría la menor idea de la sensación que le producía el poner las manos sobre su cuerpo? ¿Se habría delatado a sí misma?, ¿le habría dejado entrever el ansia que ardía en su vientre y corría por sus venas?

–Me parece que ahora mismo me iría más algo como «la mofeta del alba» –le dijo divertida, volviéndose hacia su mochila–. O «mofeta vespertina», puesto que ya se ha puesto el sol. ¿Tienes hambre, amigo porquero, o quieres un ibuprofeno? Tenemos que comer rápido e irnos. Los hombres de Sh’ellah estarán buscándonos. Sólo espero que no hayan deducido de nuestra huida que eras el conductor de la camioneta.

–Comida e ibuprofeno, por favor –respondió él. Las notas de su risa cálida no habían abandonado aún su voz–. De modo que no tienes reparo en llamarme «porquero», pero sigues sin llamarme por mi nombre. Es muy revelador.

Hana le dio una barrita energética, el ibuprofeno y una cantimplora sin mirarlo. Sabía que a Alim no le había pasado desapercibido el modo en que había reaccionado el día anterior, y que estaba poniéndola a prueba.

–Ya te lo he dicho; estoy esperando a ver si haces honor a él.

–Bueno, desde luego hago honor al apelativo de «porquero» –contestó él. Se tomó un comprimido antes de comer, y antes de que volviera a hablar Hana ya vio venir la pregunta–. ¿Guardas las distancias con todos los hombres, o sólo conmigo?

A pesar del tono despreocupado que había empleado, Hana sabía que se lo había preguntado muy en serio, y que no se refería tanto a ella como a él. La mirada en sus ojos, de repulsión hacia sí mismo, no engañaba a Hana, que al fin y al cabo era enfermera. Había visto esa mirada muchas veces en pacientes con quemaduras, el horror y el desprecio por el aspecto que tendrían durante el resto de sus vidas. Conocía la arraigada creencia que tenían de que nadie podría mirarlos sin sentir repulsión también, o de que tendrían que soportar que la gente apartase la mirada y que murmurasen.

–Sólo con los hombres como Sh’ellah y sus esbirros.

Alim se quedó callado un buen rato.

–Perdóname, Hana. Vine para ayudar, pero he hecho más mal que bien, como de costumbre.

Ella alzó el rostro al oír ese tono amargo en su voz, pero Alim se había puesto de pie y estaba mirando a su alrededor. Hana abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. No lo conocía lo bastante como para intentar reconfortarlo. Y, sin embargo, no dejaba de asombrarse de cómo, cada vez que lo miraba a los ojos, era igual que verse en un espejo.

«¿Cuándo aprenderás a quererte a ti misma, Hana?», le había

reprochado su madre por primera vez cuando sólo tenía once años. «Siempre intentando demostrar algo: que eres la que corre más rápido, que eres la más lista, la más fuerte, la más independiente, que no necesitas a nadie... Y nunca te das cuenta de lo vulnerable que te hace eso».

En ese momento, mientras miraba a Alim, sintió que la tristeza de su madre resonaba en el corazón de aquel hombre. Los dos se veían como un reflejo distorsionado de lo que habían hecho, o lo que deberían haber hecho. O lo que no habían hecho.

El único modo de que Alim se perdonase, sería volviendo al reino que lo necesitaba tanto como él necesitaba regresar, retomando su lugar junto a su familia y a su pueblo.

¿Pero cómo podría decirle eso cuando ella era incapaz de obligarse a volver a su hogar, de enfrentarse a su propia familia?

–¿Crees que los hombres de Sh'ellah castigarán al poblado por nuestra huida? –le preguntó Alim, girándose para mirar en dirección norte.

Hana lo miró y, sabiendo que se culparía por lo que pudiera ocurrirle a la gente de Shellah-Akbar, dijo en un tono suave:

–Lo pondrán patas arriba para buscar los suministros y los víveres que nos trajiste, pero ya lo han hecho otras veces, y nunca han encontrado nada.

–¿Dónde los escondéis?

–Pues... A mí se me ocurrió que podíamos aprovecharnos del miedo y el respeto que infunden los muertos. Escondíamos todo en tumbas; normalmente sobre los ataúdes de los niños.

–¿Convenciste a la gente del poblado para que hicieran eso? –preguntó él, sorprendido.

Hana, que sabía a qué se refería, asintió.

–Al principio se mostraron bastante reacios, así que lo hice yo. Luego, cuando vieron que los hombres de Sh'ellah no se atrevían a molestar a los muertos y que los espíritus de éstos no me habían castigado por lo que había hecho, empezaron a ayudarme. La gente, cuando se trata de sobrevivir y salvar a sus hijos, se muestra dispuesta a dejar a un lado las supersticiones y los miedos –le explicó en un tono quedo.

Sus padres habrían hecho lo mismo. La familia siempre había sido lo primero, y ése era el motivo por el que se habían visto obligados a elegir: casar a Hana a toda prisa con un hombre malvado, o echar a perder las posibilidades que pudiera tener su

hermana Fátima, que entonces sólo tenía diecisiete años, de encontrar un buen marido.

Solía decirse que al comprender se podía perdonar, pero, aunque comprendía lo duro que debió ser para sus padres ceder a la presión de la comunidad y sacrificarla por el bien de su hermana, no podía perdonarles. «¡Yo también era joven e inocente! ¿De verdad creísteis por un instante que había hecho aquello de lo que él me acusó?».

Alim, que se había vuelto hacia el sur, entornó los ojos.

–Se ve una nube de polvo en el horizonte, y viene hacia aquí –dijo con el ceño fruncido–. Es un vehículo, y es probable que sean los hombres de Sh'ellah.

–Recogeremos todo lo que pueda indicarles que hemos estado aquí. Usa tu chaqueta para borrar las huellas de nuestras pisada y continuemos.

–Y supongo que seguiremos por el lecho del río mientras podamos –aventuró Alim–, ¿saltando de piedra en piedra?

–Esta noche te has ganado tu nombre, Alim –le dijo ella con una sonrisa, quedándose sin aliento cuando él se la devolvió–. Sí, iremos por las piedras y correremos en los trechos que podamos.

–Bueno, tengo mis momentos... como tú, mujer feliz –respondió Alim con un guiño.

El corazón de Hana palpitó con fuerza. De pronto no podía apartar sus ojos de los de él. No sabría explicar por qué, pero de algún modo se sentía unida a él.

–Tenemos que irnos –le dijo él suavemente.

En sus ojos había una mirada cálida, y sus boca... oh, Dios...

–Lo sé –murmuró ella, hipnotizada, con los labios entreabiertos y el pulso acelerado.

Un cosquilleo la recorrió desde las plantas de los pies hasta las yemas de los dedos, y sintió que su cuerpo se inclinaba hacia él, como atraído por una fuerza magnética.

Alim agachó la cabeza hasta que su aliento acarició los labios de ella como un beso etéreo.

–Debemos irnos ya, Sahar Thurayya. No dejaré que Sh'ellah te atrape, no mientras tenga un aliento de vida. Deja que vaya yo delante ahora, estrella mía. Se me da bien saltar de roca en roca y encontrar las más estables.

Hana, aún presa del hechizo, no pudo articular palabra, pero asintió.

Él se agachó para recoger el envoltorio de la barrita energética y revolver con la chaqueta la tierra seca sobre la que habían dormido, y el momento pasó… no, no pasó: se deslizó dentro del bolsillo de él, se acurrucó en el corazón de ella, esperando otra oportunidad.

Hana lo siguió de roca en roca con la cabeza hecha un lío, mientras su corazón luchaba por… ¿Por qué? No podía haber nada entre ellos, ella no era libre de dejarse llevar por esa atracción, ni tampoco libre de soñar con un futuro.

Estaba atrapada, si no por aquella vida errante, siempre huyendo, sí por las tradiciones, por el orgullo de su padre… y por Mukhtar. Ella no había pronunciado los votos, pero su padre había firmado el certificado de matrimonio en su nombre.

CAPÍTULO 4

LLEVABAN un par de horas saltando de roca en roca y corriendo cuando Alim empezó a sentirse como si le estuviesen taladrando el cerebro, y tan cansado que sus piernas apenas podían sostenerlo. Se paró en seco, y Hana se detuvo junto a él.

–¿Ibuprofeno y agua? –le preguntó ella.

Alim tenía la boca y la garganta secas, tan secas como la tierra bajo sus pies.

–Sí… por favor –jadeó.

Hana le pasó una cantimplora y un par de comprimidos de ibuprofeno.

–Bébetela entera, Alim. Estás deshidratado. Todavía nos quedan cuatro cantimploras, y con un poco de suerte mañana, al anochecer, llegaremos a una pequeña charca.

Alim no se acabó la cantimplora.

–Tú también deberías beber –dijo tendiéndosela–, o acabarás con dolor de cabeza por la deshidratación, y entonces… ¿qué serás de nosotros? –la retó, a pesar de lo mal que se sentía.

Ella tomó la cantimplora y le dio un frasco de vidrio oscuro.

–Toma. Esto te aliviará hasta que los comprimidos hagan efecto.

Alim desenroscó el tapón y olisqueó el contenido del frasco.

–¿Aceite de menta y lavanda?

–Sí. Ponte un poco aquí –le señaló la frente– y aquí –añadió tocándole la vena del cuello.

Mientras Alim se aplicaba el aceite, Hana se llevó la cantimplora a los labios y bebió tan deprisa que confirmó sus sospechas de que estaba tan sedienta como él. O más. Durante todo el camino le había hecho beber más a menudo de lo que lo había hecho ella, aduciendo que necesitaba el agua más que ella, por la contusión.

–Te encanta cuidar de la gente –observó en voz alta mientras ella volvía a guardar el frasco y la cantimplora vacía–. Y llevar la voz cantante –añadió para provocarla, y para que no fuera tan obvio que estaba sondeándola.

–Sí, supongo que sí –admitió ella con una sonrisa vergonzosa–. Por eso me hice enfermera. Por eso… y porque mi padre no me habría permitido ejercer ninguna otra profesión antes de casarme.

Su rostro se ensombreció, su sonrisa se desvaneció, y se quedó callada.

–Debe matarte el estar lejos de tu familia –dijo él, tanteándola de nuevo.

Hasta ese momento había pensado que estaba sola en el mundo, pero ahora tenía la sensación de que tendría que rascar más para llegar a la verdad.

Los ojos de Hana relampaguearon.

–¿Te mata a ti?

Alim se quedó mirándola un instante, sin pestañear, y decidió lanzarse al vacío sin paracaídas.

–Sabes quién soy, ¿no es así? Y por qué estoy en África.

Hana lo miró muy seria.

–No fue difícil; eres un personaje público. La prensa del mundo entero se hizo eco de tu desaparición.

Alim apretó los dientes. Hana lo sabía todo sobre él, mientras que él tenía que ir uniendo a ciegas lo que decían sus silencios.

–Tú también eres de Abbas al-Din, ¿no? –le preguntó a Hana–. ¿Te fugaste para huir de tu padre, o quizá de ese marido que dices que no tienes? –la presionó, ansioso por que le abriera su corazón, por poder llegar a esa vulnerabilidad y esa soledad que presentía bajo esa coraza de aparente fortaleza, como el *nicab* que había llevado el primer día.

–Basta.

Hana no estaba mirándolo, pero su tensión era palpable, como la cuerda de un instrumento tensada al límite y a punto de romperse.

–Perdona –murmuró él, y al cabo de un rato le preguntó–: ¿Supiste desde el principio quién era? ¿Me salvaste por eso?

Hana suspiró.

–No en un principio, pero tuviste suerte de que te reconociera antes de que llegaran los hombres de Sh'ellah. Si no hubiera cubierto tu herida y hubiera evitado que se acercaran a ti, diciéndoles que estabas enfermo, te habrían secuestrado. Pero, en cualquier caso, te habría ayudado fueses quien fueses.

Alim sabía que le estaba diciendo la verdad, y que debería sentirse agradecido de que estuviera siendo sincera con él, pero a la vez se sintió dolido.

–¿Así que estás diciendo que soy un cualquiera? ¿Uno más entre los cientos de personas a las que probablemente has salvado? –exigió saber con voz ronca.

Cuando Hana se volvió hacia él, tenía el ceño fruncido. –

¿Preferirías que te hubiera salvado por ser quien eres?

–No –murmuró él.

Hana tenía razón; no quería eso. ¿Qué quería entonces de ella? Ése era el problema, sus emociones estaban tan revueltas como su cabeza. Desde el primer momento Hana le había dado lecciones de humildad, lo había maravillado, lo había fascinado... pero desde un principio había sabido quién era y no se lo había dicho hasta que él le había preguntado.

Lo había tratado como habría tratado a cualquier otro hombre. Se había reído de él, le había dado órdenes... y había mostrado deseo por él. ¿O no? ¿Y si todo lo que había dicho y hecho hubiera sido parte de una gran mentira, de una estratagema para engatusar al deforme y solitario jeque hasta convertirlo en su esclavo mediante sus emociones?

–¿Y qué planes tienes para cuando vuelvas al mundo «civilizado»? –le preguntó, cegado por la ira–. Imagino que habrá una buena recompensa para quien me lleve sano y salvo a Abbas al-Din. ¿O quizá aspiras a algo más que dinero? ¿A convertirte en mi amante, o tal vez incluso en mi esposa? ¿Soportarías el compartir la cama conmigo a cambio de dinero y poder?

No sabía qué reacción esperar de Hana: ¿Le daría una bofetada? ¿Le tiraría a la cara la mitad de las provisiones y se iría por su lado? ¿Se echaría a llorar y se declararía inocente de aquellas acusaciones? ¿Le recordaría furiosa que le había salvado la vida antes siquiera de saber quién era?

Se sintió profundamente avergonzado al pensar en aquello, y abrió la boca para pedirle disculpas, pero Hana prorrumpió de repente en una risa casi histérica.

–¿Me tomas el pelo? –jadeó, sin poder dejar de reírse–. ¿Creías que estaba intentando seducirte?

Alim se quedó mirándola sin palabras.

–¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

Hana se irguió, riéndose aún entre dientes, pero cuando lo miró sus ojos refulgían con una expresión adamantina, una mezcla de ira y desprecio.

–A menos que reclames tu verdadera identidad y vuelvas a ocupar tu puesto en Abbas al-Din, mi señor, no tienes derecho a exigirme respuestas –le espetó sardónica–. Pero creo poder prometerte que hasta entonces no llamaré a los medios para reclamar mi recompensa, y también puedo asegurarte que no tengo

la más mínima intención de seducirte.

Sacudió la cabeza y se sentó en el suelo con una risa dolida e incrédula.

¿Qué había hecho?, se preguntó Alim horrorizado por su comportamiento. Tragó saliva.

–Hana, yo...

–No malgastes tu tiempo con disculpas que no sientes de verdad y que no voy a creer.

Alim se sintió como si le hubiera arrojado un cubo de agua helada a la cara que cortó de raíz las palabras que iba a decir antes de que cruzaran sus labios.

Hana se levantó y se colgó la mochila de los hombros.

–En este momento lo mejor que puedes hacer es callarte. Vámonos.

Desde el momento en que se habían conocido, había estado hurgando en las heridas de Hana, le había hecho daño, y la había obligado a huir del poblado, destruyendo la frágil ilusión de seguridad que ella había tenido hasta entonces. Y ahora además la había humillado, acusándola de ser una mercenaria, de estar dispuesta a acostarse con él por lo que pudiera conseguir con ello.

Y lo peor era, que tenía la sensación de que por muy avergonzado que se sintiese, Hana se sentía aún peor.

Faltaba muy poco para que volviera a amanecer. Llevaban diez horas andando, y durante todo ese tiempo Hana había sentido el remordimiento de Alim caminando entre ellos como una sombra. De hecho, aún podía sentirlo en ese momento, ansioso por liberarse.

Era evidente. Cuando pararon para dormir, le dio su chaqueta para que apoyara la cabeza en ella. Cuando bebían, le insistía para que bebiera ella primero, y le había dado el trozo más grande de la barrita energética, asegurándole con una risa nerviosa que después de cuatro o cinco ya no le apetecían nada. Y aunque no la presionó, ni intentó que hablaran de lo ocurrido, sabía lo que quería: su perdón.

Perdón... Una palabra tan simple, pero tan difícil de llevar a la práctica cuando en quienes había confiado la habían traicionado y habían pensado lo peor de ella. Ahora Alim también formaba parte de esa lista. Que la hubiera acusado de las cosas de las que la había acusado significaba que la creía capaz de eso y de mucho más. No

importaba que lo hubiera creído sólo un momento, o si había pensado eso por su falta de amor propio. Ya no podía borrar lo que había dicho.

Mientras desayunaban, el silencio entre ambos se volvió tan ensordecedor que casi podía oírse por encima de los ruidos de las criaturas que despertaban ya en las colinas al este.

El saber que Alim seguía abrigando esperanzas de que lo perdonase, que necesitaba su perdón, la estaba haciendo sentirse tan mala persona, que llegó un momento en que su estómago se cerró y ya no pudo probar bocado.

Seguía sin poder perdonarlo, pero tenía que decir algo, así que soltó lo primero que se le pasó por la mente.

–Ya hace varias horas que no has usado la crema para las quemaduras, y debe escocerte el pecho.

Rebuscó en su mochila y le tendió el frasco. Alim vaciló un instante antes de tomarlo.

–Gracias. La verdad es que sí estoy incómodo.

Con una expresión indescifrable se quitó la camisa, se puso un poco de crema, la extendió, y repitió el proceso sin prestar ninguna atención a lo que estaba haciendo, y haciéndolo deprisa y mal.

¡Todos los hombres eran iguales! Con un suspiro de impaciencia, Hana lo interpeló:

–Para, así no servirá de nada –se frotó las manos para calentarlas un poco y se inclinó hacia él.

Con los dedos bien abiertos, movió las manos sobre su pecho, despacio y presionando suavemente, mientras apretaba los dientes para contener el deseo que comenzó a borbotear en su interior.

–Es así como debe hacerse –le explicó en un tono lo más frío posible para ocultarle lo que estaba sintiendo–. Tienes que dejar que la crema penetre hasta el músculo y suavizar el tejido cicatrizado para darle elasticidad.

–Ah. Ya... ya veo –murmuró él con voz ronca, el equivalente masculino al deseo que ronroneaba dentro de ella. ¿Era porque estaba tocándolo, o porque estaba aliviándole el dolor? –. Imagino que debió llevarte bastante tiempo aprender a hacerlo bien –jadeó.

–Sí, ehh, un tiempo –dijo ella tragando saliva y luchando contra la tentación.

Sus manos querían subir al cuello de Alim, enredarse en su pelo, pero no tenían excusa para aplicar la crema allí donde no había quemaduras ni cicatrices. Y, para colmo, la ira que la había

hecho mantenerse distante todo el día anterior estaba cayendo en picado, desvaneciéndose tan rápido como la nieve bajo el sol.

–Hice un curso de terapia mediante masajes para pacientes con quemaduras cuando trabajé en... en una unidad de quemados –resumió, recordando a tiempo que no debía dar más información de la necesaria–. Es lo que quería hacer cuando acabara mis estudios, trabajar en una unidad de quemados.

–¿Y no te resulta... repulsivo el aspecto de personas como yo?

La ira de Hana se esfumó por completo, y el hielo en torno a su corazón se resquebrajó.

–Detesto ver la interminable agonía por la que pasan las personas que han sufrido quemaduras. Me gustaría que inventaran algún modo de curar las cicatrices que evitase la tirantez de la piel, que no limitase los movimientos. Y odio ver cómo casi todas las personas que han sufrido quemaduras dejan de sentirse humanas.

Siguió trazando círculos sobre su pecho con las manos, aliviando sus dolores mientras lo miraba a los ojos. En ellos podía ver la repulsión que sentía hacia sí mismo, y se le encogió el corazón.

–Pero no, no te encuentro repulsivo. Lo único que me desagrada de ti son esas cosas horribles que dijiste de mí.

El modo en que brillaron los ojos de Alim antes de cerrarse, no hizo sino mostrarle hasta qué punto eran sinceras las palabras que pronunció a continuación:

–No sabes cuánto siento lo que te dije.

–Lo que más me dolió fue que de verdad lo pensabas –dijo ella quedamente, y le maravilló lo bien que se sintió al decirle aquello, lo que no había podido decirle a su padre.

–Fue por culpa de esto –contestó él, poniendo sus manos sobre las de ella, que se detuvieron. Hana contuvo el aliento ante aquel gesto tan íntimo, ante la mirada tan vulnerable en sus ojos–. No fue por ti, Hana... Si pudiera borrar lo que te dije...

Ella sacudió la cabeza y exhaló un suspiro tembloroso.

–Pero no puedes, y yo no puedo olvidarlo –dijo apartando las manos–. No puedo darte el perdón que quieres.

–Pero me has dado lo que tanta falta me hacía, y ahora mismo estás dándome lo que me merezco –respondió él con suavidad.

Tomó una de sus manos, se la llevó a los labios y le besó la palma. No con el propósito de seducirla, sino con adoración. Los ojos de Hana se llenaron de lágrimas, y su corazón susurró las

palabras que sus labios se negaban a pronunciar.

–Has sido sincera conmigo, Hana, y no me tratas de un modo especial por ser quien soy.

Hana soltó su mano y alzó la barbilla.

–Quien eras –lo corrigió–. Ahora eres una persona que intenta ayudar a otras, igual que yo, y que intenta olvidar lo que dejó atrás.

Él asintió.

–Supongo que sea cual sea nuestro estatus al nacer, todos pasamos nuestra vida intentando demostrar lo que valemos, o que valemos más de lo que otros creen, ¿no es así?

Hana se vio tan reflejada en sus palabras que no pudo contestar. Le dio la espalda y se rodeó la cintura con los brazos, llena de dolor.

–La dulce Hana... –murmuró él acercándose por detrás, haciéndola estremecer–. Hana, la mujer fuerte que siempre está entregándose a los demás... ¿Pero quién viene a ti cuando tú necesitas un apoyo? ¿Cuándo fue la última vez que alguien te abrazó, o que alguien vio lo sola que estás a pesar de lo fuerte que intentas mostrarte?

Las lágrimas que estaban agolpándosele en la garganta apenas dejaban a Hana respirar.

–Ángel manchado de barro... –murmuró Alim, ahora ya tan cerca de ella que su calidez pareció acariciar su alma temblorosa–. Tu sinceridad te hace más hermosa que cualquier mujer cubierta de seda y diamantes.

Sendas lágrimas rodaron por las mejillas de ella.

–Para ya, por favor. ¿No ves que quiero odiarte?

Los brazos de Alim la rodearon, cubriendo los suyos, y por primera vez se sintió fuerte de verdad, sintió que ya no estaba sola, aunque sólo fuera por un instante.

–Pero no puede, ¿no es verdad? –inquirió él en un susurro.

Ella sacudió la cabeza lentamente. Eso era lo que más le dolía, que no podía odiarlo.

–No... no te conozco lo bastante como para odiarte.

–¿No fue Omar Khayyam quien escribió que cuando dos almas se entrelazan es porque ya se conocían, y que cuando se repelen, jamás llegarán a conocerse, ni en toda una vida? –le susurró al oído.

Ella aspiró por la boca.

–No sé nada de poesía; sólo soy la hija de un minero.

–No, eres una reina bajo la apariencia de una enfermera –replicó él. Le acarició la mano hasta que su tenso cuerpo se relajó–. Eres mi *sahar thurayya*, mi valiente y hermosa estrella del alba. Me alivia inmensamente el saber que a pesar de tu enfado no puedes odiarme, pero... ¿no podrías perdonarme por ser tan estúpido?

Milímetro a milímetro, Hana se dejó ir, hasta quedar apoyada contra él con la cabeza en su hombro.

–Dame una última oportunidad para hacer que vuelvas a confiar en mí, Sahar Thurayya.

Hana giró la cabeza para mirarlo. Ésas eran las palabras que tantas veces había imaginado en su mente con la voz de su padre.

–Nunca había deseado tanto poder tener una segunda oportunidad. Sólo hay otra cosa que querría poder cambiar, y tú sabes lo que es –añadió en un tono angustiado. Estaba hablando de su hermano.

–Lo sé –balbuceó ella.

No podía hacer nada para reconfortarlo. Él era el único que podía reconciliarse consigo mismo y hallar la paz que tanto necesitaba, pero sí había algo que podía darle, y de pronto se dio cuenta de que perdonar no era tan difícil como había pensado.

–Lo sé... Alim –murmuró, apoyando la cabeza en su frente–. Te perdono.

La voz de él abandonó la oscuridad, igual que el sol que estaba alzándose a sus espaldas.

–Gracias.

Hana se despertó sobresaltada. El brazo de Alim volvía a estar sobre su cintura, pero no era ése el motivo de su agitación. Algo no iba bien. Fue entonces cuando oyó las voces de dos hombres hablando en swahili, y estaban acercándose.

Al notar la tensión en el cuerpo de Alim, acurrucado contra el suyo, supo que estaba despierto.

–Levántate despacio y pégate a la pared del lecho del río –le siseó en el oído–. Lo más posible. Llévate las dos mochilas contigo y no respires con fuerza.

Ella asintió, se puso de pie muy lentamente y avanzó con cuidado hasta la pared para colocarse debajo de un saliente mientras sostenía las mochilas con manos temblorosas. Su cabeza casi rozaba el saliente. Alim no podría esconderse allí debajo con

ella; era demasiado alto.

Una terrible desazón por él la invadió, pero cuando volvió la cabeza para mirarlo le entraron ganas de reír. Alim se había rebozado en el fango del lecho del río para camuflar su cuerpo, y estaba tumbado cuan largo era, pegado a la pared.

Los hombres del caudillo avanzaron por la orilla tan lentos como caracoles, y el corazón le latía con tal fuerza que le parecía imposible que no pudieran oír su agitada respiración. Se detuvieron a charlar casi encima de ellos, y uno de ellos arrojó la colilla aún encendida de un cigarrillo al lecho del río. Hana, que nunca había podido soportar el olor del tabaco, tuvo que hacer un esfuerzo para no toser, pero finalmente los hombres se alejaron, y respiró aliviada.

Alim movió el pie varias veces, y Hana comprendió lo que estaba intentando decirle: «Quédate ahí un rato más; no te muevas». Al cabo de un rato se oyó el ruido de un motor arrancando y las ruedas de un vehículo alejándose. Volvían a estar solos.

–Gracias a Dios –murmuró Hana–. Creí que no aguantaría más el pestazo de ese cigarrillo.

Alim se incorporó, quedándose sentado en el barro, y Hana no pudo evitar prorrumpir en risitas ante su cómico aspecto.

–Me temo que no podremos lavarnos hasta que lleguemos a la charca que te mencioné; lo siento.

–¿Qué le vamos a hacer? –respondió él con filosofía, encogiéndose de hombros.

–Deberíamos continuar –dijo ella.

Alim negó con la cabeza.

–No creo que sea una buena idea. Sería mejor que esperáramos aquí hasta que anochezca

–Lo que tú digas, jefe –respondió Hana tendiéndole una cantimplora–. Lo que daría por tener una cámara ahora mismo.

Él frunció el ceño, sin comprender, y Hana le señaló con una sonrisa pícara.

–Ya puedo ver los titulares en los periódicos: «Así es como el jeque de Abbas al-Din se esconde del mundo: busca petróleo en territorios por descubrir mediante un método un tanto especial...»

Alim se echó a reír y, a pesar de que estaba lleno de barro, Hana no pudo evitar quedarse mirándolo fascinada. Alim estaba riéndose con ganas, como si hiciese mucho que no se reía de

verdad. Y cuando la risa cesó y él la miró a los ojos, Hana no fue lo bastante rápida como para ocultar sus sentimientos. Alim abrió mucho los ojos, y las facciones de su rostro se suavizaron.

–Hana, por favor, no me mires de ese modo a menos que lo sientas de verdad.

Ella no podía articular palabra, no podía darse la vuelta... Simplemente siguió mirándolo con una mezcla de ansia, deseo, esperanza... De pronto olvidó todas las razones por las que se había jurado a sí misma que no se entregaría a ningún hombre.

Alim se puso de pie y avanzó hacia ella. Un paso, dos pasos... Alzó la mano, y se la tendió. Era un ruego, no una exigencia, pero la intensa mirada en sus ojos la atraía como un imán. Su brazo se levantó, como si tuviera vida propia, y su mano se unió a la de él.

Una sonrisa curvó los finos labios de Alim.

–Hermosa Hana, siempre dando tanto a los demás... –murmuró apretando ligeramente sus dedos–. Me salvaste la vida. ¿No va siendo hora de que aprendas a vivir?

Deslizó el pulgar entre sus manos entrelazadas y le acarició la palma de la mano. Hana cerró los ojos, dejándose arrastrar por las exquisitas sensaciones que estaban recorriendo su cuerpo.

–Alim...

–Me encanta cómo dices mi nombre –murmuró él.

Un gemido ahogado escapó de los labios de Hana. Era la más leve e inocente de las caricias, pero estaba despertando algo en ella, haciéndola sentir viva. De pronto ya no había nada más que aquel momento y ellos dos.

Alim alzó la otra mano y su índice rozó el labio inferior de Hana, haciendo que le temblaran las rodillas y exhalara un suspiro tembloroso. Hundió el rostro en su pecho.

–Alim, por favor...

–¿Qué quieres, Hana? –murmuró él contra su cabello–. Pídeme lo que quieras y será tuyo.

La atrajo hacia sí, abrazándola, y Hana gimió algo incoherente.

–Yo... yo no... No dejes de acariciarme...

Las manos de él subieron y descendieron lentamente por su espalda. Con él tan cerca Hana sintió que la calidez de Alim llenaba su alma, y que su luz alejaba los años que había pasado escondiéndose en la oscuridad.

–Estaba equivocado –murmuró él–. Sí que haces honor a tu nombre.

Hana alzó los ojos hacia él; le pesaban los párpados.

–¿Por qué?

–Porque llevas felicidad allá donde vas –respondió él con voz ronca y tierna–. Tienes los bolsillos llenos de sol, y lo repartes a puñados a aquéllos que te rodean incluso cuando tu vida está en peligro. Me has devuelto a la vida, has llenado mi alma con risas... y con pasión.

–¿De verdad? –inquirió ella, confusa por todo lo que estaba experimentando. Se humedeció los labios.

Una sonrisa acudió a los de él, y Hana sintió deseos de tocarla con los dedos.

–Sí. Me haces mucho bien, Sahar Thurayya.

Alim alzó una mano y puso su palma contra la mejilla de Hana, que gimió suavemente, y el pulgar de su otra mano le acarició los labios. Hana cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, disfrutando de cada caricia, mientras la mano de Alim descendía por la curva de su mandíbula para luego subir hasta la oreja.

–¿Por qué? –inquirió sin aliento

–Tú sabes por qué, mi estrella del alba.

–Quiero oírlo de tus labios –susurró ella, tocando su mano, su brazo.

–Porque me haces reírme de mí mismo –murmuró Alim–. Porque me haces ver las cosas desde una nueva perspectiva, porque has abierto mis ojos al mundo, a problemas mucho mayores que los míos. Te deseé desde el primer momento en que te vi, pero creía que tú no sentías lo mismo. Y ahora que sé que no es así...

Sus dedos descendieron por la garganta de ella en una tenue caricia.

Hana se había delatado, le había dejado ver un pequeño pedazo de su corazón y de sus secretos. ¿Cuánto tardaría en contárselo todo?, se preguntó. Por lo que a ella respectaba, Mukhtar no tenía ningún derecho sobre ella. Su padre había roto su compromiso con Latif, y Latif se había apresurado a alejarse de ella como si fuese una apestada. Nadie la había creído. Nadie.

El solo pensar en Mukhtar hizo que los rescoldos del odio causado por el dolor y la traición volvieran a avivarse en su interior, y la magia del momento se desvaneció.

Se apartó de Alim y bajó la cabeza.

–¿Hana?

–Lo que acabamos de hacer ha sido bastante irresponsable –

dijo, intentando que su voz no sonara muy seria–. Teniendo en cuenta dónde estamos y el peligro que corremos...

–Como siempre tienes razón –murmuró él.

–Y deberíamos dormir –añadió ella, maldiciendo para sus adentros al oír el leve quiebro en su voz.

–Duerme tú –le dijo él–. Uno de los dos tendrá que hacer guardia por si regresan. Y no discutas conmigo –añadió cuando ella abrió la boca para replicar–. Ya casi no me duele la cabeza. Ya puedes dejar de preocuparte por mí.

Ella frunció el ceño y escrutó su rostro en busca de signos de fatiga o estrés.

–Vamos, Hana, túmbate –le dijo con un suspiro–. De todos modos, cuando un hombre está tan excitado como lo estoy yo ahora, le cuesta dormirse, y si te quedas despierta lo interpretaré como una señal de que quieres que siga tocándote... y de que tú quieres seguir tocándome a mí también.

Hana lo miró fascinada. ¿De verdad lo había excitado con aquellas simples caricias? «Bueno, a decir verdad yo me sentí excitada sólo con el modo en que me miraba», pensó.

Y todavía lo estaba... y una hora después, mientras yacía en el suelo del lecho del río, tensa y rígida, preguntándose si a las mujeres no les pasaría como a los hombres, porque no podía sofocar el calor que sentía por dentro cuando la causa de su agitación estaba a sólo unos metros de ella, velando su descanso.

CAPÍTULO 5

TRES interminables días después, cuando la fina luna creciente estaba en lo alto del cielo, el lecho del río que les había servido para mantenerse ocultos se ensanchaba en aquel tramo, dando paso a un terreno semi-pantanoso salpicado de matorrales y árboles. Estaban cerca de la charca.

Hana avanzó ansiosa, pero la mano de Alim se posó sobre su hombro y la retuvo.

–¡Espera!

Ella frunció él ceño, pero comprendió al ver la alambrada de espinos en torno a la charca. Un caudillo había tomado bajo su control aquella área, y seguramente tendría a hombres vigilando.

–¡Nos hemos quedado sin agua! –exclamó ella desesperada–. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Para su sorpresa, Alim sonrió.

–Confía en mis conocimientos de ingeniero.

Hana parpadeó.

–Creía que eras químico.

–Estudié geología y ciencias del medio ambiente para complementar mis conocimientos –le explicó Alim–. Busca el árbol más alto, o un punto donde haya muchos arbustos juntos. Y en silencio –añadió–. Dudo que dejen el bosque sin vigilancia toda la noche. Es un lugar demasiado tentador para que sus enemigos se escondan.

Hana asintió e hizo lo que le decía, buscando el lugar donde la vegetación fuera más densa.

Unos minutos después se llevó un buen susto cuando casi tropezó con él. Alim estaba agachado en el suelo, cavando con las manos al pie de un grueso árbol rodeado de matorrales.

Cuando vio que Hana iba a hablar, sacudió la cabeza y señaló en dirección oeste. Había luces, y movimiento. Hana se arrodilló a su lado y se puso a cavar con él en silencio. Cuanto más hondo era el agujero, más húmeda estaba la tierra, y pronto encontraron agua.

–No tenemos tiempo para esperar a que se asiente el barro –le siseó Alim mientras rellenaba una cantimplora–. El agua estará un poco turbia, pero puede beberse.

Hana iba a sacar otra cantimplora de su mochila cuando Alim le susurró al oído:

–Muévete; vienen hacia aquí. El tronco de aquel árbol tiene un

hueco en el que puedes esconderte.

–Pero el agujero que hemos cavado... –siseó ella preocupada–. Si lo ven sabrán...

–¡Vete!

Hana obedeció y corrió a esconderse en el hueco del árbol que él le había indicado, a sólo unos pasos de allí. Desde su escondite vio cómo Alim cubría el agujero con hojas y ramas. Las luces y las voces estaban cada vez más cerca. «¡Vamos, Alim, corre!».

Como si la hubiera oído, Alim levantó la cabeza, se quedó escuchando un momento, y de pronto, de un salto, se subió al tronco del árbol.

–¿Qué ha sido eso? –gritó una voz en swahili, no muy lejos de allí–. He oído algo.

Alim trepó rápida y silenciosamente hasta la copa. Probablemente a los hombres no se les ocurriría dirigir sus linternas hacia la copa del árbol, pero seguro que sabían que el árbol en el que ella estaba escondida tenía un hueco. Contuvo el aliento, se acurrucó, y se quedó muy quieta.

La luz de las linternas iluminó el claro del bosquecillo.

–El ruido venía de por aquí.

Luego se oyó una risa, seguida de otras, y Hana respiró aliviada.

–No era más que una rama que se ha partido; eso era todo.

Los otros se rieron del hombre que los había alertado del ruido, y se alejaron. Al poco Hana oyó el ruido de un Jeep; se marchaban. Sin embargo, como el día anterior, permaneció muy quieta, esperando para asegurarse de que no volvían. Se notaba calambres en los muslos y las pantorrillas, pero no se atrevía a moverse. Lo único que se oía era el chirrido de una langosta.

–Hana... –le siseó Alim–. Ya tengo el agua; tenemos que irnos.

Su voz la sobresaltó, y el respingo que dio la hizo gemir de dolor. Era como si las piernas se le hubiesen quedado paralizadas.

–¡Hana! –la llamó de nuevo Alim, en un tono impaciente.

–No puedo moverme –le siseó ella con una angustia que no pudo disimular. Estaba tan cansada...

Lo oyó mascullar algo, y de pronto apareció frente a ella.

–¿Se te han dormido las piernas? –le preguntó acuclillándose.

Ella asintió, sintiéndose ridícula, sintiéndose una carga cuando debía ser fuerte. Tenía ganas de llorar.

–Lo siento.

–No es culpa tuya. Era de esperar con lo poco que hemos estado comiendo estos días, y con todo lo que llevamos andado –alargó las manos hacia sus pies–. Deja que te ayude.

Le quitó las zapatillas de deporte y los calcetines, y le masajeó las plantas de los pies, los talones y los tobillos.

Luego fue subiendo: las pantorrillas, las rodillas... Le desdobló una pierna con cuidado y luego la otra, sacándolas del hueco del árbol.

Hana casi suspiró de alivio. Alim era un ángel y sus manos eran mágicas. Pronto los calambres fueron desapareciendo, reemplazados por un cosquilleo delicioso que estaba haciéndola sentir más femenina y más viva que nunca. Casi la había sacado del hueco por completo cuando le dio un fuerte calambre en la espalda y gritó dolorida.

–Shhh... Calma, Sahar Thurayya, te tengo, te tengo –la tranquilizó él, acabando de sacarla del hueco para sentarla en el suelo.

Le hizo darse la vuelta, y sus dedos volvieron a obrar magia en los músculos de sus caderas, en su columna... Se inclinó hacia atrás, apoyando la cabeza en su pecho.

–Oh, Alim... es maravilloso...

Se oyó a sí misma gimiendo su nombre una y otra vez. Casi le parecía que de un momento a otro fuera a poder echar a volar como una cometa, sólo que era Alim quien sostenía el cordel, y no era algo que la asustara; era perfecto.

–Eso es... –murmuró él en su oído. Sus manos subieron a los hombros de Hana, y frotó con los pulgares los músculos rígidos bajo los omóplatos–. Confía en mí; yo jamás te haría daño, mi estrella del alba.

El corazón de Hana palpitó con fuerza.

–Me hablas siempre de un modo tan tierno... –suspiró Hana.

–Nunca le había hablado así a ninguna otra mujer –le confesó él con voz ronca–. Tú me inspiras.

Ella volvió la cabeza y le sonrió, embriagada por lo relajados que estaban sus músculos, por sus caricias..., por cómo la hacía sentir.

–Qué galante por tu parte decir eso... sobre todo a una mujer que ahora mismo huele tan mal que ni ella misma se aguanta –le dijo con un brillo divertido en los ojos.

Alim se rió suavemente.

–Debo haber perdido el sentido del olfato –dijo. Y, como si fuera lo más natural del mundo, la besó en la frente–. Y también debo haber perdido el sentido del gusto por culpa de las barritas. Tu piel no me sabe a barro; sino a pasas y a avena.

Hana se volvió hacia Alim con un gemido y alzó sus ojos hacia los de él.

–Alim...

La dulce ansia que ardía en su vientre se intensificó cuando él susurró su nombre y sus labios descendieron, quedándose sólo a unos milímetros de los de ella.

–Hana, debemos irnos –murmuró Alim, y su aliento rozó su boca como una caricia.

Envuelta aún en aquella bruma de deseo y dicha, a Hana le llevó un instante procesar sus palabras.

–¿Qué?

Fue entonces cuando vio luz a lo lejos.

–Aquello son los faros de un Jeep, y parece que lo han dejado sin vigilancia –le dijo Alim–. Puede que tengamos una oportunidad de hacernos con él –le puso las zapatillas a toda prisa, le metió los calcetines en el bolsillo, y la ayudó a levantarse–. ¿Estás bien?

Hana, avergonzada por haberse dejado llevar de aquella manera cuando estaban en una situación de peligro, asintió, y se agachó para recoger su mochila.

Luego siguió a Alim en silencio, pisando donde él pisaba. Rodeados de enemigos, cuando la noche estaba a punto de dar paso al alba, sólo tenían una oportunidad de salir de allí: hacerse con aquel Jeep.

CAPÍTULO 6

ALIM se detuvo para agazaparse tras un matorral, sólo a unos pasos del Jeep. Hana se detuvo también y se agachó junto a él.

Alim escudriñó la zona lentamente. Cuando salieran a campo abierto no podría proteger a Hana. Rezó una plegaria en silencio y le siseó:

–Cuando empiece a correr, sígueme tan agachada como puedas y muévete en zigzag.

Hana asintió.

–A tu señal.

Alim contó hasta tres y salió corriendo como un poseso hacia el Jeep, moviéndose de un lado a otro en caso de que les disparan. «Por favor, que esté abierto, que esté abierto...».

Hana iba pegada a él todo el tiempo como si fuera su sombra, y sólo se separó de él cuando llegaron al vehículo, rodeándolo por detrás para dirigirse a la puerta del copiloto.

Alim maldijo entre dientes al ver que la puerta del conductor estaba cerrada, pero la ventanilla del copiloto estaba entreabierta. Hana metió el brazo, abrió la puerta, entró en el vehículo y le abrió la otra puerta a Alim. Estaban de suerte, las llaves estaban puestas.

Alim se sentó al volante y cerró la puerta.

–Deprisa, ponte el cinturón –apremió a Hana.

Arrancó el motor, metió primera, y se pusieron en marcha, dirigiéndose a las colinas de arena. Apenas habían pasado unos segundos cuando oyeron disparos. El tercero de ellos reventó el cristal trasero.

–¡Agáchate, Hana! –ordenó Alim, pisando el acelerador.

Pisó a fondo el acelerador, y el Jeep protestó, pero subió por la empinada pendiente de la colina que se alzaba ante ellos.

–¡Busca en el maletero algo que pueda servirnos de lastre! –le gritó a Hana–. Cualquier cosa que pese y que podamos poner en el asiento trasero para mantener el equilibrio del vehículo.

Hana se desabrochó el cinturón, y justo cuando estaba pasando al asiento trasero un disparo alcanzó la puerta de atrás. Hana no chilló, sino que apretó los dientes y le dijo:

–Podría quedarme aquí y hacer de contrapeso para que...

–¡No! –la cortó él–. Busca algo que no explote si le alcanza un disparo y vuelve delante.

–¡Hay dos garrafas de agua de veinte litros cada una! –exclamó

Hana. Con esfuerzo, levantó una y la pasó al maletero–. Podríamos quedarnos con la otra para beber si conseguimos salir de ésta.

–¿Si conseguimos salir de ésta? ¿Estás dudando de mi habilidad como conductor, o despreciando el agua que encontré cavando? –dijo Alim, fingiéndose ofendido.

–Conduce y calla –mascculló ella. Agarró sus mochilas–. Voy a rellenar las cantimploras por lo que pueda pasar. ¡Espera, aquí detrás hay armas también! –exclamó exultante.

–¿Sabes disparar? –inquirió Alim, dando un volantazo hacia la izquierda para evitar los tiros de los dos Jeeps que los perseguían.

–No –admitió ella–, pero puedo intentarlo. Aunque no les dé, tal vez los asuste.

–Y también puedes hacerle un agujero al techo –replicó él.

–Está bien, está bien.

Rellenó las cantimploras, e iba a volver a su asiento cuando una brusca maniobra de Alim la arrojó hacia atrás. Hana gritó del susto.

–¡Perdona! –se disculpó Alim, gritando por encima del ruido del motor.

–No... no pasa nada... Estoy bien –respondió ella. Pero a Alim no le pasó desapercibida la nota de dolor en su voz.

–¿Estás herida?

–Me he dislocado un hombro –contestó Hana, casi sin aliento–. No creo que pueda volver a mi asiento.

Alim maldijo entre dientes.

–Túmbate en el suelo, de costado, sobre el hombro sano.

–De acuerdo –dijo ella. Y luego, con voz teñida por el dolor, le pidió–: Avísame cuando vayas a dar otro volantazo, por favor.

Alim se sintió conmovido y admirado una vez más por su valentía; ni una sola queja a pesar del dolor.

–¡Ahora! –le gritó momentos después, contando mentalmente hasta tres antes de dar un volantazo–. ¿Estás bien?

–Sí –respondió ella, y debía dolerle mucho, porque no dijo nada más.

–¿Crees que podrás aguantar hasta que me deshaga de esos payasos?

–Cre-creo que sí. Estoy bien.

Seguían disparándoles, pero gracias a la pericia de Alim no habían logrado reventarles las ruedas ni agujerear el depósito. Cada vez que iba a hacer una maniobra brusca avisaba a Hana, pero estaba tan callada que temía que se hubiese desmayado por el

dolor.

Le quedaba la mitad del depósito, pero calculaba que tendrían bastante para llegar hasta su camioneta, incluso con la gasolina que tuviese que derrochar para dejar atrás a sus perseguidores. Si estaba donde Abdel le había dicho que la había dejado, se encontraba a unos treinta kilómetros al noroeste.

Si los hombres de Sh’ellah no la habían encontrado, aún tendría en su interior su móvil por satélite, y podría llamar al piloto que volaba a la región tres veces por semana desde Nairobi. El piloto de turno tenía que responder a las llamadas de auxilio que recibiera de cualquier cooperante. Podría ir a su encuentro para llevarlos al campamento de refugiados y poner a Hana a salvo. Hana le había salvado la vida y no le había fallado ni una sola vez, y él no iba a fallarle a ella.

Hana volvió en sí con un grito de angustia cuando un dolor horrible recorrió todo su cuerpo, como un latigazo. Intentó incorporarse, pero algo se lo impidió.

–No te muevas, Sahar Thurayya, quédate tumbada. Será rápido, te lo prometo.

El Jeep estaba parado, a un lado, con las puertas abiertas, y ella estaba tendida en el suelo. Alim tenía una mano sobre su hombro izquierdo, y la otra sostenía su brazo herido por debajo de la axila. Por la posición del sol, debían ser las cuatro o las cinco de la tarde.

–Inspira profundamente y trata de relajarte. Uno, dos...

Tiró de su brazo antes de decir «tres», antes de que su cuerpo llegara a tensarse, anticipándose por instinto al dolor que sabía que iba a sentir. Gritó al oír el chasquido que se produjo cuando los tendones, el hueso y el músculo se recolocaron, y permaneció inmóvil y jadeante, esperando a que pasara el dolor y a que la cabeza dejara de darle vueltas.

–Quería recolocarte el hombro antes de que recobraras el sentido, pero no lo conseguí; perdona –le dijo Alim, improvisando un cabestrillo con un pañuelo grande que llevaba Hana en su mochila.

–¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

Alim sacó dos comprimidos de ibuprofeno y se los metió en la boca. Luego la levantó un poco, con mucho cuidado, y le dio un poco de agua para que los tragara.

–Casi dos horas. Eres la mujer más valiente que conozco –

respondió acariciándole la mejilla.

Aquel leve roce bastó para hacer que el mundo se tambaleara bajo los pies de Hana que, malherida como estaba, no podía luchar con el deseo, el ansia de él.

–Alim…

Él agachó la cabeza y Hana contuvo el aliento. Los labios de Alim rozaron los suyos suavemente, muy suavemente.

–Pronto –le susurró con ternura–. Cuando estés a salvo, mi estrella del alba, tendremos tiempo de ver a dónde nos conducen nuestros corazones. Ahora me toca a mí ayudarte, Hana. Confía en mí; te pondré a salvo.

La levantó en volandas y la sentó en el asiento del copiloto.

–No están muy lejos de nosotros –le dijo–. Tuve que parar; me preocupaba que si no te recolocaba pronto el hombro te quedasen secuelas permanentes –le explicó abrochándole el cinturón–. Mira, he colgado mi chaqueta de ese asa sobre la ventanilla y he hecho una lazada para que te agarres a ella con el brazo sano. Si vuelven a aparecer y tuviera que hacer una maniobra brusca te diré «¡ahora!» y tú te sujetas con fuerza, ¿de acuerdo? –le dijo pasándole el brazo a través de la lazada.

Hana le sonrió, conmovida por todo lo que había hecho.

–Estoy lista.

Tragó saliva al ver la expresión de orgullo en los ojos de Alim. Estaba orgulloso de ella.

–Ésa es mi Hana.

Alim le cerró la puerta y rodeó corriendo el vehículo para sentarse al volante.

–Con un poco de suerte el viento de la tarde soplará lo bastante fuerte como para borrar las huellas de los neumáticos, pero tendré que conducir lo más rápido posible y meteré segunda para reducir el ruido del motor.

Incapaz de articular palabra, ella asintió. La había llamado «mi Hana», y en sus brazos se había sentido tan protegida…

Se pusieron en marcha. El runrún del motor era extrañamente relajante, y a Hana, aturdida por el cansancio y el dolor, empezaron a pesarle los ojos y pronto se quedó dormida.

Cuando se despertó no sabía cuántas horas habrían pasado, pero ya había anochecido, y Alim estaba conduciendo sin encender los faros, seguramente para que no los descubrieran, y no hacían más que toparse con obstáculos, difíciles de ver en la oscuridad.

–¿Estás bien? –le preguntó, soltándose el brazo de la lazada para tocarle la mano.

Alim volvió él rostro y esbozó una sonrisa cansada.

–Estoy bien. Has dormido casi seis horas. ¿Cómo te encuentras?

Hana asintió y Alim le tendió una brújula.

–¿Quieres ayudarme? No veo bien de noche; otro de los motivos por los que dejé las carreras, y las gafas se me quedaron en la camioneta. Además, el enfocar la vista a ratos en el terreno y a ratos en la brújula me está dando dolor de cabeza.

–Por supuesto que te ayudaré, ¿pero no podemos parar un momento para que te tomes unos comprimidos de ibuprofeno?

–Los que te tomaste para el hombro eran los últimos.

–Oh, cuánto lo siento –murmuró ella–. Y además con la contusión...

–Tranquilízate, Hana –la interrumpió él riéndose suavemente–. Soy el hombre fuerte que tiene el control. Yo, Tarzán, tú, Jane y todo eso, ya sabes. Anda, dime qué rumbo llevamos.

Hana sonrió y miró la brújula.

–Nos dirigimos al noroeste, Lord Greystoke.

Alim se rió.

–¿Qué coordenadas tenemos?

Hana lo comprobó y se lo dijo.

–Mete el brazo en la lazada. Vamos desviados diez grados de nuestra trayectoria y tengo que corregirla.

Hana obedeció y asintió con la cabeza.

–Lista.

Alim dio un volantazo en dirección norte. Hana apretó los dientes, pero el dolor no fue tan fuerte como había pensando que sería. El cabestrillo que Alim le había hecho con su pañuelo parecía estar funcionando. Ahora quien le preocupaba era él.

–Llevas despierto veinticuatro horas, Alim. No me extraña que te duela la cabeza. Necesitas descansar, y todavía nos queda infusión de tronco de sauce.

–Lo que necesito es un café –dijo él con sorna–. Si pudieras conseguirme eso te estaría eternamente agradecido.

–Lo digo en serio, debes estar exhausto. ¿No podemos...?

–Ahora no. El viento no sopló tan fuerte como yo esperaba –señaló atrás con el pulgar–. Hay una nube de polvo a unos cinco o seis kilómetros de los dos Jeeps que nos persiguen. Si yo puedo verla, ellos también pueden ver la nube de polvo de nuestro

vehículo, y ellos pueden turnarse para conducir.

Hana suspiró.

–Yo podría estar turnándome contigo si no me hubiera caído y no me hubiera hecho daño en el brazo.

–Si quieres ayudarme, dame conversación para mantenerme despierto. Cuéntame algo interesante.

Aquella petición la dejó desconcertada.

–¿Como qué?

–Todos los detalles escabrosos de tu vida –le dijo él en broma para provocarla–. No sé, ¿cómo se te ocurrió venirte al Sahel de enfermera?

¿Qué pensaría Alim si le dijera la verdad, que había ido allí para estar lo más lejos posible de Perth, y porque a Mukhtar nunca se le ocurriría buscarla en aquel lugar?

–Había visto documentales sobre África, y los anuncios de Médicos Sin Fronteras y otras ONGs, y me entraron ganas de venir a ayudar.

–¿Y cuánto tiempo llevas en África?

Hana miró por la ventanilla. Fuera no se veía nada salvo la oscuridad, y de pronto se encontró echando de menos las luces de la ciudad.

–Cinco años.

–¿Y cuánto tiempo llevabas en Shellah-Akbar?

–Seis meses.

Le habría gustado poder permanecer más tiempo en Shellah-Akbar. Por primera vez en años se había sentido entre amigos. A pesar del interés de Sh'ellah en ella, se había sentido parte de una gran familia, y los habitantes del poblado la habían aceptado sin reservas. Allí se había sentido... casi a salvo.

–¿Has vuelto a Abbas al-Din después de que os marcharais, cuando eras niña?

–Sólo un par de veces.

La primera había sido una estancia de tres meses. Toda la familia viajó a Abbas al-Din para que Fátima conociera a su futuro marido, y para la celebración de la boda. La segunda vez había ido allí para reunirse con Latif. Y aún estaría allí, casada con él y viviendo feliz en una casita junto a la de su hermana si no hubiera sido por...

–¿Te gustaba Abbas al-Din?

Sin saber por qué, de pronto las últimas palabras que le había

dicho Mukhtar acudieron a su mente. Aquélla fue la noche en la que supo que tenía que marcharse de allí lo antes posible, y que no podría regresar. «Tengo que salir de Abbas al-Din», fueron las palabras de Mukhtar. «Y tú serás mi pasaje para una nueva vida en Australia. Latif ya no te querrá por esposa, y tu familia ha dado su consentimiento a nuestra unión. ¡Te casarás conmigo, Hana!».

Había descubierto que Mukhtar era un traficante de drogas y que usaba como tapadera el negocio de importación y exportación de su familia. Si no lo hubiese pillado cerrando un trato el día que había ido a visitar a Latif... Se estremeció, preguntándose si Mukhtar habría conseguido salir del país sin ella, y si Latif habría encontrado otra esposa.

Hana apartó aquellos pensamientos de su mente y esbozó una sonrisa.

–Es un país muy hermoso, y tiene una cultura tan rica... –respondió–. ¿Y tú?, ¿cuándo fue la última vez que estuviste en Abbas al-Din?

Cuando él la miró, sus ojos eran como un muro con el que se hubiera topado de repente.

–Creo que ya lo sabes. El mundo entero sabe lo que ocurrió.

Hana bajó la cabeza. De modo que no había vuelto. Se había marchado hacía tres años, y no había regresado. Había abandonado el hospital el día después al funeral de Fadi, antes de que los cirujanos plásticos pudieran acabar de hacerle los injertos de piel. Luego, según los medios de comunicación, le había enviado una carta a su hermano menor, Harun, pidiéndole que ocupara su puesto.

–Debes echarlo de menos; al fin y al cabo era tu hogar. Yo echo de menos Perth –le dijo, pero de inmediato se arrepintió de pronunciar aquellas palabras. Después de lo doloroso que todo aquello debía haber sido para él...

–Entonces... ¿consideras Australia como tu hogar? –le preguntó Alim.

Hana se encogió de hombros.

–Crecí allí. Perth es una ciudad preciosa, aislada del resto del país. Igual que Abbas al-Din está rodeada por desiertos y por espectaculares playas. Y las misma estaciones: la estación calurosa, y otra aún más calurosa –bromeó con una sonrisa–. Creo que estamos desviándonos de nuevo; según la brújula vamos hacia el oeste.

Alim asintió.

–He tenido que desviarme porque el terreno que acabamos de pasar era bastante accidentado. Prepárate, voy a hacer un giro... ¡Ahora!

Hana se agarró con fuerza a la lazada.

–¿Y te sientes australiana? –le preguntó él, ya corregido el rumbo.

Hana vaciló.

–Sí y no. Es una experiencia extraña, crecer a caballo entre dos culturas tan distintas. Hablábamos en árabe en casa y en inglés fuera de ella. Nos vestíamos siguiendo los preceptos del Islam, con decoro, pero llevábamos ropas occidentales –dijo sintiéndose incómoda–. Nuestros padres nos enseñaron a respetar nuestra fe y a nuestros vecinos, pero aun así seguíamos siendo... distintos, ¿me comprendes? –volvió a encogerse de hombros–. Nunca estuve muy segura de quién era o qué era, pero era feliz.

Por eso su padre la había animado a regresar a Abbas al-Din, a reencontrarse con Latif cuando hubiera acabado sus estudios de enfermería. En Australia habían tenido una buena vida y su situación económica había mejorado, pero sus padres querían que sus hijos conocieran su país de origen y su cultura, y que se casaran y vivieran allí, donde no se sentirían extranjeros.

Ella se había sentido afortunada con el hombre con el que la habían comprometido. Latif, de unos treinta y tantos, era un hombre amable, de buena familia, un hombre de éxito, y le había dado la impresión de que sería un buen marido. La escuchaba, la hacía reír... Y, lo mejor de todo, le había prometido que respetaría sus opiniones y sus deseos, y ella había estado segura de que podía confiar en él. Latif le había gustado, mucho. «Pero no me escuchó cuando le dije que Mukhtar estaba mintiendo», pensó con tristeza.

–Y ahora... ¿has encontrado tu sitio? –inquirió Alim, interrumpiendo sus tristes cavilaciones.

–¿Quién puede decir eso? –contestó ella con un suspiro, encogiéndose de hombros de nuevo.

–A veces no podemos estar donde nuestro corazón querría estar –murmuró él en un tono áspero, que no logró ocultar el sufrimiento que había detrás.

Hana lo miró, y vio que su mandíbula estaba tensa y que tenía el ceño fruncido.

–No podrás volver hasta que te hayas perdonado por lo que le

pasó a tu hermano.

Él giró la cabeza hacia ella con una mirada angustiada.

–Tú tampoco puedes volver, y supongo que es simplemente porque sientes que le fallaste de algún modo a tu familia. Yo, en cambio, privé a una nación del que podría haber sido un gran gobernante.

–¿Y tú no perdiste nada? –le preguntó ella–. Abbas al-Din perdió a un hombre bueno, a un líder fuerte, sí, pero han salido adelante. Tú perdiste a tu hermano y has renunciado a tu vida.

–Fadi era más que un hombre bueno, o un líder fuerte –le espetó él con aspereza–. Fue un padre para Harun y para mí cuando nuestros padres murieron, fue nuestro guía y nuestro mentor. Él me enseñó todo lo que sé. Era mi mejor amigo, mi confidente –le explicó–. No tienes ni idea; Fadi va conmigo allá donde voy, un recuerdo permanente de que murió por mi culpa –añadió, con un odio tan evidente hacia sí mismo, que a Hana se le encogió el corazón.

–Alim...

–Y no me digas que él no querría verme así. Ya sé que el habría querido que yo me convirtiera en el líder que él podría haber sido –continuó Alim antes de que Hana pudiera decir nada más–. Pero no me merezco ocupar su lugar. ¡Sería como volver a arrebatarle la vida por segunda vez!

–Ya veo –murmuró ella tras un largo silencio.

Alim la miró con el ceño fruncido, pero no dijo nada. Quizá temía destapar la caja de los vientos.

–Creo que yo sentiría exactamente lo mismo –añadió Hana–. Cuidado –dijo señalando una roca enorme a sólo unos metros.

Alim la esquivó.

–¿Pero? –inquirió muy serio–. Sé que hay un «pero».

Hana sonrió.

–Pero me parece que no se trata sólo de tu dolor y de lo que sientes. Aunque Abbas al-Din perdió a un líder bueno y fuerte, podría tener en ti a un líder que ha aprendido de sus errores y que ha aprendido lo que es la compasión a través del sufrimiento.

–Ya tienen a mi hermano Harun –masculló él–. Harun hizo lo correcto en todo; incluso se casó con la princesa con la que estaba comprometido Fadi.

Hana tocó la mano de Alim, que estaba apretando con tal fuerza el volante que se le habían puesto los nudillos blancos.

–No puedo culparte porque te negaras a casarte con ella; eso era pedir demasiado de ti después de lo que pasó.

Alim enarcó una ceja.

–Gracias por la absolución, Sahar Thurayya.

Su sarcasmo no la hirió. Sabía que las heridas de su corazón seguían en carne viva, como si no hubiese pasado el tiempo.

–Aún tengo otro «pero» que añadir –le dijo con una sonrisa comprensiva–. ¿Le preguntaste a Harun cómo se sentía él respecto a todo aquello, o diste por sentado que haría lo que se esperaba de él, y que lo haría mejor que tú?

Alim permaneció largo rato en silencio.

–¿Qué es lo que no me estás diciendo, Hana?

Ella se mordió el labio.

–Imagino que en todo este tiempo no habrás querido ver ni leer las noticias relacionadas con Abbas al-Din, y entiendo por qué, pero estás engañado, Alim. Las cosas no van tan bien como crees con tu hermano Harun.

Al oír aquello, Alim pisó el pedal del freno y detuvo el Jeep, aunque dejó el motor encendido. Se volvió hacia ella, y casi rugió:

–¿Qué pasa con mi hermano?

Hana vaciló.

–Estoy en contacto con algunos cooperantes de Abbas al-Din, y se dice que, aunque Harun está haciendo una buena labor como gobernante, la gente quiere que vuelvas, y que tu hermano no es feliz.

–¿Por qué no? –inquirió él frunciendo el ceño–. Amber es preciosa, y es una buena persona. Y no me digas que la gente piensa que a él no le gusta. Lo vi en los ojos de Harun cuando se conocieron; se quedó encandilado nada más verla.

Hana suspiró.

–Tal vez, ¿pero y ella? ¿Cómo crees que se sintió ella al tener que casarse con el hermano de su difunto prometido sólo unas semanas después? Según la tradición deberías haber sido tú quien te casaras con ella, ¿no es así?

Alim apretó la mandíbula.

–Sí.

No hacía falta que dijera más. Hana intuía que casarse con Amber le habría resultado tan insoportable para él como para ella el casarse con Mukhtar, aunque por razones distintas.

–Según los rumores de palacio, la princesa y él no son felices en

su matrimonio, y las damas de compañía de ella aseguran que Harun no visita sus aposentos de noche. De hecho, aún no se ha quedado embarazada, y ya llevan casados tres años –añadió Hana–. Y si no tienen un heredero pronto... Ya sabes qué pasará.

CAPÍTULO 7

ALIM se quedó observando la oscuridad de la noche a través del parabrisas con la mirada perdida. Por supuesto que sabía lo que pasaría después, que los tiburones empezarían a rodear a Harun: desde los herederos de otras familias reales de la región, hasta las poderosas compañías y naciones occidentales que tenían puestos sus ojos codiciosos en las reservas de gas y petróleo de Abbas al-Din.

Aparte de lo que Hana le había dicho, Alim se preguntó si Harun no se habría sentido también abrumado por la tremenda carga de responsabilidad que había re-caído sobre él tras su desaparición. Por primera vez Alim se dio cuenta de lo egoísta que había sido.

–Gracias por decírmelo –masculló, sin poder disimular su enfado.

Rogó por que Hana comprendiera que no era con ella con quien estaba enfadado, sino con el joven imprudente y apasionado que había desafiado a Fadi a competir con él en una carrera años atrás.

–Espero que te ayude a tomar la decisión correcta –dijo Hana girando la cabeza hacia la ventanilla.

Los dos sabían que no había ninguna decisión que tomar. Alim debía volver a casa, darle a Harun la oportunidad de decidir si quería seguir siendo el jeque o no, y si quería seguir casado con Amber o no. Quizá si lo descargase un poco de sus obligaciones Amber y él podrían hacer que su matrimonio funcionara.

Alim miró por el retrovisor, maldijo entre dientes y pisó el acelerador.

–No debería haber parado.

Hana giró la cabeza y su rostro palideció.

–Están muy cerca.

–A unos cuatro kilómetros; quizá alguno más –le dijo él, sintiéndose mal por haberla asustado–. Si he seguido bien las instrucciones de Abdel, ya no debemos estar lejos de la camioneta.

–¡Allí! –gritó ella segundos después–. Déjame bajar. Allí a la izquierda parece que hay un sendero cubierto con ramas, tal como me lo describió Abdel. Me dijo que había ocultado la camioneta al final de él. Bajaré y las quitaré para que puedas pasar con el Jeep.

–Juntos lo haremos más rápido –dijo él deteniendo el vehículo.

Sabía que no le serviría de nada intentar convencer a Hana para que se quedara en el Jeep. Después de horas de descanso forzoso estaba deseando ser útil.

Cuando hubieron despejado el sendero, Alim le ordenó a Hana que volviera a subirse al Jeep.

–No quiero que fuerces más el hombro.

–¿Y no puedo hacer algo más para ayudar? –protestó ella, llena de frustración.

–Puedes conducir el Jeep dentro del sendero. Súbete, ponlo en marcha y mete primera –le dijo Alim–. Yo borraré las huellas –añadió tomando una larga rama con hojas mientras hablaba.

Hana hizo lo que le había pedido, y aguardó dentro del sendero con el motor en marcha. Al girarse en el asiento para ver cómo iba Alim, vio una nube de polvo en la distancia y lo avisó al instante. Alim se apresuró a entrar en el sendero y cubrir la entrada de nuevo. Se subió al Jeep, y Hana se pasó al asiento del copiloto para dejarlo al volante.

Alim hizo avanzar el vehículo lo más lenta y silenciosamente posible para no levantar mucho polvo a su paso. Miró de reojo a Hana que, a pesar de estar visiblemente pálida y tensa, permanecía tranquila, sin presionarlo en ningún momento, ni dejar que el pánico se apoderara de ella. Era una mujer increíble, una entre un millón, y cuando aquello terminara...

–Cuando esto acabe y estemos a salvo, me casaré contigo.

Mientras que Hana se quedó muy callada, Alim no podía creer lo que había dicho. Por supuesto que quería decirle lo que sentía por ella, pero aquella repentina y brusca «proposición de matrimonio» lo había sorprendido incluso a él. Lanzó otra mirada a Hana, que tenía la cabeza gacha y los puños apretados. «Estúpido, estúpido... ¿Qué has hecho?».

Y sin embargo, le había salido de dentro; lo había dicho de corazón. ¿Por qué no habría pensado en un modo más romántico y poético de ganársela en vez de soltarle aquello de sopetón?

–No.

La negativa de Hana lo desarmó pero, a pesar de que su vida estaba en peligro, al fin había encontrado una razón para hacerla hablar. O eso esperaba.

–¿Por qué no?

–Porque no y ya está –respondió ella, con voz ligeramente temblorosa.

–¿Te casarías conmigo si no fuera quien soy? –le preguntó él, aunque sabía la respuesta.

–No, por… por supuesto que no. No… no lo dices en serio.

Ya no le temblaba la voz; estaba balbuceando. ¡Estaba considerándolo!

–Claro que sí. Quiero casarme contigo.

–Pues no puedes –replicó ella desesperada.

–¿Y no crees que merezco que me des al menos una razón, mi estrella del alba? –le preguntó en árabe.

Se había dado cuenta de que Hana se volvía más vulnerable cuando le hablaba en la lengua materna de ambos, y cuando la llamaba con el nombre que le había dado.

–Pues no puedo dártela, así que déjalo ya, por favor.

–Pero yo te gusto –insistió él–. Te gusto tanto como tú me gustas a mí.

–Yo… sí, pero…

Alim contuvo la sonrisa que pugnaba por aflorar a sus labios. Estaban en una situación demasiado seria como para perder el tiempo apuntándose tantos.

–La compenetración entre dos personas es algo mucho más raro y más fuerte que el mero deseo, algo que dura toda la vida. Pero además tú me deseas, Sahar Thurayya, sé que me deseas tanto como yo te deseo a ti.

No estaba preguntándoselo; los dos sabían que era la verdad.

–Por favor, para ya –le suplicó ella–. Esto es ridículo. Nos persiguen unos hombres que intentan matarnos… ¿y tú quieres que hablemos ahora de esto?

–No lo he olvidado, Hana. Pero si nos atrapan, si nos matan, éstos serán los últimos momentos que pasemos juntos. Dilo, te lo ruego.

–De acuerdo, está bien, sí –claudicó ella irritada–. No tiene sentido intentar ocultar lo que tú mismo has visto.

Cuando me sonríes, es como si a mi corazón le salieran alas. Y cuando me tocas, yo… siento algo ardiendo dentro de mí y no puedo pensar en nada más que en ti.

Alim quería abrazarla, besarla, reír de felicidad. Nunca había oído una declaración de amor tan furiosa ni tan sentida.

–Entonces, ¿lo que no te gusta es que sea un miembro de la realeza?

Tras un largo silencio, Hana le espetó crispada:

–No se trata de lo que me guste o no. Sabes de sobra que no sería una esposa adecuada para ti. Todo el mundo esperaría de ti que te casases con alguien que le re-portase al país algún beneficio diplomático o económico. Así es como funcionan las cosas.

Aunque Alim entendía lo que estaba diciéndole, sabía que ése no era el verdadero problema.

–Bueno, sí, ése es el motivo por el que Harun y Amber se casaron, pero según lo que me has contado parece que no son muy felices. ¿Es eso lo que quieres para mí?

–¡No! –replicó ella.

Parecía tan frustrada, que Alim decidió arriesgarse.

–¿Pues cuál es el verdadero motivo, Hana? ¿Qué te hace tanto daño que no eres capaz siquiera de decirlo en voz alta? –le preguntó con ternura.

Hana tragó saliva y apretó los labios.

–Déjalo ya, por favor, y centrémonos en encontrar la camioneta.

Alim no la presionó más. Al cabo de un rato, vieron la camioneta a unos metros de ellos. Alim detuvo el Jeep.

–Reza por que este sendero tenga una salida, y por que no nos estén esperando al otro lado .

Hana abrió la puerta y se bajó. Se colgó la mochila del hombro sano, y echó a correr hacia la camioneta sin mirar atrás.

Alim corrió tras ella y se puso al volante. Encontró las llaves en la mochila que había dejado bajo el asiento, y después de asegurarse de que el cierre de todas las puertas estaba activado, puso en marcha el motor.

–No nos va a ser fácil con las ruedas reventadas –le dijo a Hana–, pero... –maldijo al ver el nivel de gasolina.

–¿Qué pasa?

–Deberíamos llenar el depósito. Tengo ochenta litros y una manguera en la parte de atrás, pero...

–Pero no hay tiempo –concluyó Hana. Lo miró a los ojos en silencio, muy pálida–. No tenemos escapatoria, ¿no es así?

–Aún no está todo perdido –dijo él muy serio–. No vamos a rendirnos.

Sacó el as que tenía guardado: su móvil por satélite. Mientras avanzaban por el sendero, pulsó la tecla de marcación rápida y seleccionó el primer número de la lista.

–Brian, soy Alim –dijo cuando contestaron a su llamada–.

Necesito ayuda. Estoy con la enfermera voluntaria de Shellah-Akbar. Está herida y necesita asistencia médica –el piloto al otro lado de la línea le hizo una pregunta–. No, no es de aquí; es australiana. Escapamos de allí hace unos días, y estamos a sesenta kilómetros en dirección nornoroeste del poblado, y los hombres de Sh'ellah nos siguen de cerca. ¿Hay alguien en la zona? –asintió con la cabeza al oír la respuesta del piloto–. Si sirve de algo, mi apellido es El-Kanar. Sí, soy ése Alim El-Kanar –por el rabillo del ojo vio que Hana se había quedado mirándolo sorprendida–. Gracias, Brian, nos reuniremos allí con él –colgó y le arrojó el teléfono a Hana–. Me he puesto en contacto con uno de los pilotos que tienen rutas en esta zona y auxilian a los cooperantes. Dentro de veinte minutos nos reuniremos con un compañero suyo en el punto de encuentro que hemos acordado. –Vas a volver a tu vida anterior... –murmuró ella.

–Sí –respondió Alim–. En caso de que esto no salga bien, quizá quieras hacer una última llamada, hacer las paces con alguien –le dijo, lanzando un vistazo al móvil, que ella tenía ahora en sus manos.

Era una tradición de Abbas al-Din: arreglar los agravios antes de morir, preparar el corazón para el encuentro con el Creador. Hana bajó la vista al móvil y la angustia que se dibujó en su rostro le encogió el corazón.

–No.

Era el mismo «no» inapelable que había empleado para rechazarlo; el tono de su voz estaba teñido con la misma determinación desesperada. Pobre estrella del alba... Cómo sufría por aquello que le había ocurrido en el pasado, aquello que no le quería contar... Y qué pequeña y sola se la veía en momentos como ése.

«Vamos allá», pensó Alim, al ver luces de faros al final del sendero. Tal y como se había temido los habían descubierto, y estaban esperándolos al otro lado.

–Agárrate con fuerza a esa barra –le dijo a Hana, señalando con la cabeza la estructura protectora de la cabina.

Pisó el acelerador, y Hana emitió un gemido ahogado al ver el Jeep enemigo que bloqueaba el camino.

–Alim, no podremos pasar por...

Él soltó una risotada desafiante.

–¿Has olvidado quién soy, Hana? No me llaman «el jeque

piloto» porque sí. Ni te imaginas lo que puedo hacer con esta preciosidad. Agárrate bien y confía en mí.

La camioneta dio una fuerte sacudida cuando empezó a acelerar poco a poco. Empezaron a dispararles, pero las balas no lograban atravesar los cristales blindados que había fabricado en el laboratorio que tenía en el sótano de su casa en Kenia. Hana chilló al oír el impacto de los primeros disparos y se agachó, pero al ver que las balas rebotaban se irguió en el asiento, riéndose como antes había hecho él.

Iban directos hacia el Jeep. Los hombres, al ver que no tenían intención de parar, salieron corriendo a ponerse a salvo, y la camioneta empujó al Jeep a un lado.

Siguieron disparándoles mientras se alejaban, pero ni una sola bala fue efectiva.

–¿Hay alguna parte de la camioneta que puedan dañar? –le preguntó Hana a Alim maravillada.

Él esbozó una sonrisa bravucona.

–No, a menos que tengan un bazooka o una bomba. Debe resultarles muy frustrante no poder disparar siquiera a las ruedas, que ya están reventadas –dijo riéndose–. Tendrían que rodearnos para poder detenernos.

Hana se rió también, y Alim prefirió no mencionar que le preocupaba el asunto de la gasolina, y que las ruedas no aguantarían más de cien kilómetros, pero confiaba en que para entonces ya habría puesto a Hana a salvo.

–Ya vuelven –dijo mirando por el retrovisor–. Nos siguen cuatro Jeeps.

–No podrán alcanzarnos antes de llegar a la avioneta –replicó ella exultante–. ¡Lo has conseguido, Alim!

Él de nuevo se esforzó por ocultar lo inevitable y le contestó:

–No, Hana, lo hemos conseguido; juntos –pisó el acelerador a fondo antes de cambiar de marcha–. Prepárate, esto se va a poner peligroso.

Hana se sujetó con fuerza a la barra, y a pesar de que el vehículo iba dando botes por el irregular terreno, y que el hombro debía dolerle horrores, no profirió un solo quejido ni miró atrás.

Al oeste se veía una luz parpadeante, a unos treinta metros del suelo, y que parecía estar descendiendo. Debía ser la avioneta. El enemigo iba sólo quinientos metros por detrás de ellos.

Alim encendió las luces altas e hizo con ellas la señal de auxilio

en código Morse como había acordado con el piloto. Luego frenó y detuvo el coche.

–Deprisa, Hana. Apenas tenemos unos segundos.

Ella asintió y agarró las mochilas.

–Déjalas –le dijo Alim, bajándose de la camioneta. Casi no podía con su cuerpo. Llevaba treinta y seis horas despierto–. Este tipo de avionetas no pueden llevar mucho peso.

Hana obedeció y corrió hacia la avioneta, que estaba tocando tierra en ese momento. En cuanto hubo aterrizado, se abrió la puerta.

–¡Suba! –le gritó el piloto, pero Alim ya la había alzado en volandas para ayudarla.

–¡Listo!, ¡marchaos! –le gritó Alim al piloto.

Hana lo miró sin comprender, hasta que vio que la avioneta era biplaza; no había sitio para él.

–¡No! –gritó, forcejeando con el cinturón que estaba abrochándole el piloto–. ¡No, Alim, no puedes hacer esto!

–¡Marchaos! –repitió él.

Cerró la puerta y apretó los puños al ver el rostro angustiado de Hana, sus manos pegadas al cristal.

Una nube de polvo lo envolvió cuando la avioneta empezó a moverse, haciéndole toser, mientras los Jeeps con los hombres del caudillo comenzaban a llegar al punto de encuentro.

Hana golpeaba el cristal, gritándole algo, y las lágrimas rodaban por sus mejillas.

–¡Iré a buscarte! –le gritó él–. ¡Te encontraré, Hana!

El avión despegó justo cuando los Jeeps se detenían, rodeándolo, en medio de un chirrido de ruedas. Los hombres se bajaron de los vehículos y apuntaron hacia el avión, dispuestos a derribarlo.

Alim intentó llamar su atención para detenerlos.

–¡Mi nombre es Alim El-Kanar! –les gritó en el dialecto del Golfo Pérsico, rogando por que alguno de ellos entendieran lo que les estaba diciendo–. Soy el jeque desaparecido de Abbas al-Din, y mi rescate puede valerle al menos cincuenta millones de dólares a vuestro caudillo.

Pareció que lo habían entendido, porque de inmediato los rifles dejaron de apuntar al cielo para apuntarle a él.

CAPÍTULO
8

Campamento de refugiados del noroeste de Kenia, nueve días después

–TIENES que presentarte en la oficina de Sam –le dijo una de las enfermeras a Hana, que pasaba por allí con una caja de ampollas para vacunar a los bebés–. Parece que ya está todo listo para tu traslado.

–Gracias –dejó la caja y se dirigió aliviada a la tienda del director.

Pronto volvería a estar ahí fuera, en alguna aldea remota donde no hubiera una radio, como en la tienda principal del campamento, repitiendo una y otra vez la noticia del jeque desaparecido de Abbas al-Din que había sido capturado por el caudillo Sh'ellah, quien había pedido cien millones de dólares de rescate. En la aldea donde la destinasen tampoco vería periódicos con fotografías de él, del momento en el que había sido liberado, dos días atrás, con moretones en la cara y en los brazos, una muestra de la brutalidad de sus captores, que lo había tenido retenido una semana.

Allí donde iba los otros cooperantes hablaban de él. Nadie podía creerse que el «jeque piloto» hubiese estado trabajando con ellos. Cierto que nunca le habían visto el rostro, pues siempre llevaba el pañuelo árabe cubriéndoselo, pero aun así no podían dar crédito.

«¡Iré a buscarte! ¡Te encontraré, Hana!»... Era evidente que aquello no iba a suceder. Alim volvía a ser el jeque Alim El-Kanar, y ella jamás tendría cabida en su vida.

Entró en la tienda de Sam y entonces...

–Vuelves a llevar el *nicab*.

A Hana se le cortó la respiración. Alim estaba allí... de pie, junto a la mesa, y estaba sonriéndole como si sólo hiciera unas horas desde la última vez que se habían visto, sonriéndole como si fuese algo hermoso y especial para él. El director no estaba allí.

–Bueno, tú has dejado de esconderte, pero yo no puedo hacer lo mismo –respondió cuando recobró el habla.

Como estaban a solas, se quitó el velo que le cubría el rostro. Avanzaron el uno hacia el otro hasta que ya sólo los separaban unos centímetros, y Hana sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

–Estás aquí...

Alim le sonrió con ternura, estudiando su rostro con adoración.

–Ya te dije que vendría a buscarte. Sólo tenemos diez minutos, pero quería estar unos momentos a solas contigo.

–Te han hecho daño –murmuró Hana, tocando su rostro con manos temblorosas. Ya no podía contener las lágrimas–. Alim, tenía tanto miedo –le dijo poniendo una mano sobre su corazón, para sentirlo latir.

Los ojos verdes de Alim brillaban con la emoción contenida, y sus labios sonreían. Le acarició la mejilla, robándole el alma.

De pronto, sin previo aviso, el puño de Hana lo golpeó en el hombro, aunque fue un golpe sin fuerza, tan débil como las rodillas que temblaban bajo su *nicab*.

–¡No sabes el miedo que he pasado! –sollozó, derrumbándose sobre su pecho mientras los brazos de él la rodeaban–. ¡No podía probar bocado ni dormir por la preocupación! ¿Cómo pudiste poner en riesgo tu vida de esa manera, Alim?

–Por ti, lo hice por ti –murmuró él contra su cabello–. Por mi hermosa y valiente estrella del alba, sería capaz de sacrificar mucho más que mi libertad.

–No debes arriesgarte por mí –replicó Hana alzando el rostro bañado en lágrimas hacia él–. Yo no valgo tanto. ¡Y podrías haber muerto, Alim! ¡Tu país te necesita!

–No tanto como te necesito yo a ti.

Aquellas simples palabras la dejaron sin aliento, y se quedó mirándolo, preguntándole con los ojos lo que su corazón no se atrevía a preguntar.

Alim miró su reloj.

–El avión está esperando, Hana. Tenemos que irnos.

A la joven se le hizo un nudo en la garganta. Se iba a Abbas al-Din; no volvería a verlo.

–Ya... ya veo –murmuró dando un paso atrás–. Bueno, supongo que esto es una despedida.

Alim frunció el ceño.

–No me estás entendiendo; te vienes conmigo. Una delegación de la ONU quiere hablar con nosotros, saber más acerca del armamento con el que cuenta Sh'ellah, de los territorios que controla, y de cómo intimida a la gente de la región. Irán mañana a mi casa de Mombasa.

Una mezcla de alegría y pánico invadió a Hana. Quería estar

junto a Alim, aunque sólo fuera por poco tiempo, pero allí donde iba la ONU iban también los medios de comunicación.

–No puedo.

Él la tomó de las manos.

–He accedido a mantener esa entrevista con ellos a condición de que no se divulguen tu rostro ni tu identidad. Con esto podríamos ayudar a liberar a esa gente de la tiranía de Sh'ellah.

Hana asintió.

–De acuerdo. Iré por mis cosas.

–Ya están en el avión –respondió él–. Sam le dirá a quien pregunte por ti que te han asignado otro destino. Dirígete a la entrada del campamento; te recogeré allí con el coche que está esperándome detrás de la tienda. No pueden vernos juntos. He hablado a los medios de la enfermera que me salvó la vida, pero no les he dicho tu nombre.

Ella volvió a asentir.

–Hablaremos en el avión –le dijo Alim.

Hana salió de la tienda, y parecía que Sam había hecho bien su trabajo. De camino a la entrada del campamento al menos seis personas le desearon suerte en su nuevo destino, haciéndola sentirse como una miserable embustera cuando les daba las gracias y seguía andando. ¿Acaso no había estado mintiendo sobre su identidad a todo el mundo durante los últimos cinco años? ¿Qué diferencia había? Pero a Alim no quería mentirle; no podía mentirle. Y, sin embargo, el pensar que antes o después tendría que decirle la verdad, la aterraba.

Para su alivio, el coche que iba a llevarlos al avión no era uno lujoso ni llamativo. Subió rápidamente cuando se abrió la puerta trasera y se pusieron en marcha, pasando por entre los curiosos que se agolpaban a la entrada del campamento, aunque no podían ver el interior del vehículo, que tenía las lunas tintadas.

–Vaya un cambio después de la camioneta y del Jeep –le dijo a Alim, con una risa nerviosa.

Una ventanilla también tintada los separaba del conductor, dándoles intimidad.

Alim se sentó más cerca de ella.

–Tardaremos veinte minutos en llegar al avión –le dijo–, y todavía no te he saludado.

Tomó a Hana de la barbilla, y antes de que pudiera reaccionar, apartó el velo que le cubría la parte inferior del rostro y sus labios

rozaron los de ella en un beso suave, demasiado breve.

–Te he echado de menos, Sahar Thurayya.

El corazón le latía con tal fuerza y tan deprisa, que Hana no fue capaz de articular palabra. Su primer beso de verdad… Y había sido tan casto y tan tierno… La delicadeza con la que la trataba no podía ser más halagadora, pero se recordó con dolor que nunca podría tener a Alim, ni como marido, ni como amante. Tragó saliva y cerró los ojos.

Alim le acarició la mejilla, haciéndola estremecer.

–Hana, mírame.

Vacilante, ella abrió los ojos y alzó la vista hacia él.

–Sé que dijiste que mi aspecto no te repugnaba, pero nos encontrábamos en una situación de vida o muerte. Ahora quiero que me mires bien –le dijo Alim. Se sacó la camisa de lino que llevaba por la cabeza, dejando su torso al descubierto–. Más cirugía podría ayudar, pero no se pueden hacer milagros cuando hay quemaduras de segundo grado tan extendidas. También tengo cicatrices en el muslo. Tuvieron que utilizar piel de esa zona cuando mi cuerpo rechazó dos de los injertos que me habían hecho.

A Hana no le hizo falta preguntar de dónde provenían el resto de los injertos. «Fadi va conmigo allí donde voy», le había dicho Alim. Aquellos injertos eran la unión de su dolor y el amor por su hermano, el eterno recordatorio de su pérdida. Verdaderamente llevaba a Fadi con él allá donde iba; su hermano muerto había sido su donante de piel.

Nuevas lágrimas afloraron a sus ojos, lágrimas de compasión. Con dedos temblorosos tocó su pecho, y las manos de Alim cubrieron las suyas.

–Sé que como enfermera estás acostumbrada a ver quemaduras, que no te repugna, pero… ¿y cómo mujer? –le preguntó con voz ronca–. Estoy en deuda contigo, Hana, pero quiero que seas sincera conmigo. Lo que pase a partir de ahora depende de ti. Mi futuro está en tus manos.

¿Repugnarle? ¿Cómo podía siquiera pensar eso? Se inclinó hacia delante y, besó las cicatrices de su hombro.

–Alim… –susurró.

No sentía únicamente compasión y ternura; también deseo, el deseo de una mujer hacia un hombre. Aquella necesidad de él era algo hermoso y adictivo. Volvió a besarlo, esta vez en el cuello, y luego en el pecho, y en el hombro de nuevo. El sufrimiento del que

hablaban aquellas cicatrices lo habían convertido en el hombre al que amaba; ¿cómo podría sentir repugnancia hacia él?

–Alim, Alim... –jadeó.

Las manos de él alzaron su rostro.

–No, no... –protestó ella en un murmullo, acariciándolo–. No, te necesito...

Fue entonces cuando vio las lágrimas en los ojos de él.

–Mi Hana... –murmuró con voz ronca–. Mi dulce estrella; has sellado nuestro destino.

Con un gemido, Hana lo atrajo hacia sí y se echó hacia atrás. El cuerpo excitado de Alim cayó sobre el suyo mientras sus labios se fundían en un beso. Los dedos de Hana se entretejieron con el cabello de Alim y le acariciaron el cuello al tiempo que ella se frotaba contra su cuerpo presa del ansia que la devoraba. Llevaba tantos años sintiendo que sólo vivía a medias, que vivía para otros, envuelta en las sombras del miedo... Ahora por fin se sentía viva, viva de verdad. Cada beso precedía a otro, cada uno más apasionado que el anterior y... oh, Dios, por fin sabía lo que se sentía al amar y ser colmada de amor...

El coche se detuvo. Fuera se oía un ruido de motores. Habían llegado a su destino. Alim levantó la cabeza y le sonrío con una ternura que la hizo derretirse por dentro. Se incorporó y la ayudó a levantarse y se puso la camisa justo antes de que se abriera la puerta.

Hana volvió a cubrirse el rostro con el velo y apretó los labios para contener las palabras que sabía que debía decirle. Todavía no, se dijo. En el avión. En Mombasa. En cualquier lugar excepto allí y en aquel momento.

El avión era un pequeño y lujoso jet. Hana nunca había visto nada igual. Cuando se hubo abrochado el cinturón giró el rostro hacia la ventanilla, esperando que fuera él el primero en hablar, en hacer las preguntas, y rogó a Dios que le diera fuerzas para decirle lo que tenía que decirle.

Ya estaban en el aire cuando por fin Alim habló.

–Seguro que cuando llegaste al campamento volviste al trabajo, ¿me equivoco? –le dijo él con una sonrisa traviesa.

Estaba provocándola para que se sintiera más cómoda.

–Bueno, antes me duché y me cambié de ropa. No está bien tratar con enfermos cubierta de polvo y de barro.

–Cierto. No les inspiraría mucha confianza en tus hábitos de

higiene.

Hana se río. Con Alim podía ser ella misma. Le encantaba cuando bromeaba así con ella.

–Deberías haber visto cómo me miraron los otros cooperantes cuando llegué. Pensaron que era una refugiada.

–Ahora desde luego hueles mucho mejor –volvió a provocarla él, inclinándose hacia delante para inhalar su aroma–. Aunque no es lavanda. ¿Qué es? –inquirió. Su voz al preguntar sonó casi nostálgica, como si echase de menos ese olor.

–Vainilla y especias. Es un jabón que hacen en un poblado cercano con leche de cabra. Ya sabes, comercio justo y todo eso. Lo exportan mediante una ONG.

–Tal vez a la gente de Shellah-Akbar les iría bien un proyecto de esa clase.

–Ahora tienen una nueva enfermera –dijo Hana con una nota de tristeza en su voz–. Echo de menos a la gente del poblado; me pregunto cómo estarán.

Alim alargó la mano y tomó la de ella, entrelazando sus dedos.

–No tienes que preocuparte por ellos. Le dije a mi hermano que nos ayudaron, cómo arriesgaron sus vidas encubriendo nuestra huida –la tranquilizó él–. Harun visitó ayer los cinco poblados de la región, y les ha ofrecido la posibilidad de establecerse en Abbas al-Din, en su propio pueblo en una zona segura con tierras que podrán cultivar. Muchos de ellos han decidido aceptar su oferta.

Hana apretó su mano emocionada.

–Gracias –murmuró.

–Mi hermano es un buen hombre –le dijo él inclinándose hacia delante para besarle los nudillos–. Casarse conmigo tiene sus ventajas; ya lo verás –murmuró con una sonrisa pícara.

Hana soltó su mano, tragó saliva, y le dijo:

–No puedo casarme contigo, Alim.

Él frunció el entrecejo.

–¿Por qué no? Y no me digas que es porque no me amas, Hana, no después de lo que ha ocurrido en el coche, porque no lo creeré.

Con un nudo en el estómago, Hana balbuceó:

–Ya estoy casada.

CAPÍTULO 9

ALIM sintió como si el mundo se hundiese a sus pies. Se quedó mirando a la única mujer a la que había amado, pensó en todos los sacrificios que había hecho por ella, en cómo había arriesgado ella su vida por él.

–Lo sé –murmuró Hana en un hilo de voz, avergonzada.

–Dijiste que no tenías marido. ¡Lo dijiste!

Ella gimió, llena de frustración.

–Y no lo tengo.

–¿Qué? –Alim sacudió la cabeza, intentando aclarar sus pensamientos–. O tienes marido, o no lo tienes.

Hana rehuyó su mirada.

–Fue un matrimonio por poderes. Me fugué antes de que pudieran obligarme a casarme con él, y jamás regresé. Así que estoy casada, pero no tengo marido –sonrió con ironía y añadió–: Seguro que nunca habías conocido a una virgen que lleva cinco años casada.

Alim no podía creer lo que estaba oyendo. Se sentía traicionado. Se sentía...

–Me mentiste. ¡Me hiciste creer que no tenías ataduras de ningún tipo!

–Me lo preguntaste el día en que nos conocimos. Eras un extraño; ¿qué esperabas, que te contara la historia de mi vida sin conocerte de nada?

–Pero cuando te propuse matrimonio...

–Querrás decir cuando me anunciaste tu intención de que nos casáramos –le espetó ella con una risotada–. Ni me lo pedisteis ni me lo propusisteis... mi señor.

Alim apretó los labios.

–De acuerdo, puede que no fuera una proposición muy romántica, pero estaba ocupado intentando salvarte la vida. Creí que lo entenderías.

–Oh, y lo entiendo. ¡Entiendo que otro hombre espera que haga lo que él me ordena, igual que mi «marido», Mukhtar! Arruinó mi compromiso con su hermano, Latif, porque yo había descubierto que era un traficante de droga. Creyó que al obligarme a convertirme en su esposa compraría mi silencio, porque en Abbas al-Din una mujer no puede testificar contra su marido, así que le

dijo a Latif y a mi padre que le había seducido –apretó los labios y apartó el rostro–. Así que sí, estoy casada gracias a las leyes machistas de la familia El-Kanar, que permiten a los hombres comprar y vender a las mujeres como si fueran ganado... y al tocarte y besarte me he convertido en una furcia.

La ira de Alim y la sensación de que Hana lo había traicionado se desvanecieron al instante al oír esas palabras.

–¿Y tu prometido creyó a su hermano?

Ella asintió.

–¿Y tu familia?

Hana se encogió de hombros.

–Mukhtar le contó esa misma mentira a mi familia. El escándalo destrozó a mis padres, y tiró por la borda mis posibilidades de encontrar otro pretendiente y de que mi hermana Fátima consiguiese un buen marido. Para salvar el honor de mi hermana, mi padre accedió al chantaje de Mukhtar.

«Dios, qué desastre...», pensó Alim. En su país, si una mujer no se casaba con el hombre con el que supuestamente se había acostado, caería en deshonra. Por eso, antes que casarse con aquel hombre despreciable, había preferido vivir en un permanente destierro... y lo había perdido todo.

Le dio vueltas a lo que le había dicho, buscando una solución.

–¿Y sabes dónde están ahora, tu familia y Mukhtar?

Hana se puso rígida.

–Sé que sólo quieres ayudarme, pero si Mukhtar descubre dónde estoy no podrás hacer nada. Ni siquiera un jeque puede interferir entre marido y mujer.

Sería necesario un milagro para arreglar aquello, se dijo Alim con pesadumbre. Sin embargo, él tenía ya suficientes piezas del puzzle como para intentar algo. Hana no había hablado con su familia en cinco años. Tal vez... Sin embargo, no quería darle falsas esperanzas. Dijo lo único que podía decir para evitarle más dolor.

–Está bien, Hana. Lo comprendo. No te presionaré más.

Se produjo un largo silencio hasta que finalmente Hana murmuró:

–Gracias.

Estaba llorando en silencio, y él no podía consolarla sin romper la promesa que acababa de hacerle. Había hecho tantos planes para aquella noche... pero ahora debía hacer otros.

–Esto no es una buena idea –dijo Hana al entrar en la casa de Alim, en Mombasa, cuando empezaba a atardecer. Las puertas cristaleras del balcón se asomaban a una maravillosa playa con el océano Índico de fondo y palmeras agitadas por la cálida brisa. Allí había dispuesta una mesa para dos, con velas.

–Te he reservado una habitación en un Bed&Breakfast al final de la carretera –le dijo Alim–. No haría nada que pudiera dañar tu reputación, Hana –murmuró–. Respecto a esto –añadió señalando el balcón con un ademán y apretó la mandíbula–. Pedí que organizaran todo esto porque creía que nos comprometeríamos esta noche. He pensado que sería una lástima tirar la comida, y no estamos solos en la casa. El servicio no le dirá a nadie que estuviste aquí, y después de cenar mi chófer te llevará al hotel.

Hana volvió a sentirse mal por haber destrozado sus esperanzas.

–Está bien. Yo... lo siento, Alim, perdóname –dijo con la voz quebrada.

La mirada de Alim se suavizó cuando la acompañó a su asiento, y le quitó el velo con tanta ternura, que sintió deseos de llorar.

–No tienes que pedirme perdón por nada.

Hana se dio cuenta de que había dejado de llamarla «Sahar Thurayya». No había vuelto a hacerlo desde el momento en el que había dejado de luchar por lo que no podía ser.

Lo que les habían preparado de cenar estaba delicioso: arroz, cordero, pescado con patatas... Lástima que ninguno de los dos tuviera mucho apetito, y que la comida se convirtiese en una excusa para estar callados.

En el equipo de música había puesto un CD de baladas, tranquilas y románticas, el complemento perfecto para la vista, pero al cabo de un rato, como si no aguantara más, Alim se puso de pie.

–Esto es ridículo –masculló.

–Es verdad –asintió ella, aliviada de tener algo que decir al fin.

–No puedo seguir fingiendo.

–Quizá debería irme –musitó Hana con tristeza, levantándose también.

–No –Alim fue junto a ella y la estrechó entre sus brazos antes de que pudiera moverse–. No te vayas –le suplicó, su mejilla contra la de ella–. Odio estar contigo sabiendo que no puedo tenerte, pero estar sin ti sería aún peor.

Ella habría querido echarle los brazos al cuello, besarlo, pero le había contado la verdad y no había vuelta atrás.

–Esto sólo lo hace aún más difícil.

Alim la abrazó con fuerza.

–En Abbas al-Din han cambiado las cosas, Hana. Los matrimonios por poderes son ilegales desde que Harun ocupó el trono.

Hana cerró los ojos y sacudió la cabeza.

–Aunque eso sea cierto, no puedo repudiar a mi marido después de todos estos años. Humillaría a mi padre.

–Pero él es el culpable de tu desgracia –le espetó él irritado–. ¿Y no crees que ya debió sentirse humillado cuando huiste antes de la boda? ¿No te parece que sería mejor aclarar todo este asunto?

–Jamás me perdonará –murmuró ella alzando sus ojos a los de él–. Por eso no puedo volver. Por favor, deja que me vaya.

–No te dejaré marchar –la sostuvo por los hombros–. Ven conmigo a Abbas al-Din, Hana. Te compraré una casa. Podríamos...

–No seré tu amante –lo interrumpió ella–. Eso destrozaría la reputación de mi familia. No puedo hacerles más daño.

–¡Pero si eres tú la que ha sufrido por causa de ellos! –casi rugió Alim–. ¿Cómo puedes seguir preocupándote por ellos después de lo que te hicieron?

Hana se estremeció.

–He intentado odiarlos, pero no puedo. Tengo dos hermanas y un hermano que no tuvieron nada que ver con aquello.

Alim rebuscó en su mente, desesperado.

–Entonces nos casaremos aquí, en África. Podemos quedarnos a vivir aquí.

–¡No! –exclamó ella–. No puedes renunciar a tu posición por mí. Siempre sería la mujer que le robó el jeque al pueblo de Abbas el-Din, y eso volvería a humillar a mi familia.

–¿De modo que todo es más importante para ti que lo que hay entre nosotros? –le espetó él irritado–. ¿O sólo estás buscando excusas para huir?

–¡No! Estoy haciendo esto por ti. Sabes lo que siento por ti, pero esto no puede funcionar. ¡No soy la mujer adecuada para ti!

–¿Y crees que una mujer de alta alcurnia sería mejor para mí? –dijo él soltándola–. Sabes que estuve casado con una princesa, ¿no es así? Fue una pesadilla. Los medios de comunicación dijeron que había muerto de neumonía, pero la verdad es que Elira se suicidó

después de que los médicos le dijeran que no podría tener hijos, los hijos que la nación esperaba de ella. En público era la mujer perfecta, pero en privado era emocionalmente inestable: siempre llorando y gritando, siempre ansiando lo que yo no podía darle. Durante los tres años que estuvimos casados casi me llevó a la locura, Hana. No volveré a casarme por razones de Estado.

Hana se estremeció ante la amargura que destilaba su voz.

–Pero no todas las princesas serán así, digo yo –respondió, intentando reírse, intentando hacer que aquello no fuera tan difícil para ella como lo era–. Sólo hemos pasado juntos una semana; sólo hemos compartido algunas caricias, algunos besos... ¿Cómo sabes que podría durar toda la vida? –continuó intentando sonreír, intentando ser fuerte por el bien de Alim.

Él interrumpió su noble sacrificio con gélidas palabras.

–Tengo treinta y siete años, Hana; no soy un adolescente. Sé lo que quiero: te quiero a ti. Si no te quieres casar conmigo porque soy un jeque, renunciaré a mi título. Y si aun así no quieres casarte conmigo, pasaré solo el resto de mis días.

Las palabras de Alim la llenaron de gozo y de dolor.

–Antes o después estoy segura de que encontrarás a una mujer a la que puedas amar.

–¿Lo harías tú? ¿Serías capaz de reemplazarme por otro hombre?

Hana sabía que no podría soportar que otro hombre la tocara después de lo que había compartido con él.

–Dime al menos si tus besos fueron auténticos, si tu deseo era verdadero –le suplicó él.

El dolor de Alim derribó las barreras de Hana. ¿Por qué no decirle lo que sentía por él, aunque fuera sólo una vez?

–Te quiero –murmuró sin mirarlo.

Era la primera vez que le decía esas palabras a un hombre, y estaba algo azorada, pero nada más pronunciarlas una llama de dicha se encendió en su alma. Alzó la vista. hacia Alim, cuyos ojos brillaban.

–Te quiero, Alim –repitió.

Los ojos verdes de él se llenaron de angustia. Sabía que estaba diciéndole adiós.

–Yo también te quiero Hana –dijo abrazándola–. Te quiero –murmuró de nuevo, y la besó.

Hana se olvidó por un momento de todos los impedimentos, le

echó los brazos al cuello y respondió al beso con toda la pasión que sentía. Alim le quitó el *nicab*, dejando al descubierto las ropas occidentales que llevaba debajo: una sencilla falda de algodón, una blusa rosa, y unas sandalias, y Hana enredó los dedos de una mano en su cabello, mientras la otra se aferraba a su cintura.

Le sacó la camisa del pantalón, y deslizó ambas manos por debajo, embriagándose de él.

–Oh... –gimió cuando los labios de Alim descendieron sobre su cuello, su oreja..., haciéndola estremecer–. Dímelo una vez más, Alim, dime que soy tu estrella.

–Te quiero, Sahar Thurayya –le susurró él al oído–. Mi brillante y hermosa estrella del alba... Tú me iluminaste cuando estaba sumido en la oscuridad, tú volviste a hacer de mí un hombre.

Hana sintió de pronto que la pasión volvía a dar paso a las dudas. Una estrella... Su amor era en realidad como la estrella del alba con la que Alim la comparaba: sólo se la veía brillar brevemente, antes de que amaneciera. Alim no sentía verdadero amor por ella, sólo gratitud por haberlo salvado. Y aun así, aun sabiendo que él sólo creía que la amaba, ella siempre atesoraría ese recuerdo. Y tendría que conformarse con eso, porque era lo único que podría tener.

–Tengo que irme –murmuró.

Los besos de Alim se estaban volviendo tan desesperados, que sabía que tenía que detener aquello por el bien de los dos.

–Quédate conmigo esta noche –le suplicó él con voz ronca, rozando sus labios contra su garganta.

Hana volvió a estremecerse mientras luchaba con todas sus fuerzas contra la tentación de sucumbir a sus ruegos.

–No puedo –susurró apartándose de él.

La pasión se apagó en los ojos de Alim, pero la ternura y el cariño permanecieron.

–Si ese hombre te encuentra, Hana... ¿Quieres que tu primera vez sea con él?

Si supiera lo que pensaba que Mukhtar le haría si la encontrara...

–Estaré bien, te lo prometo. No dejaré que me encuentre.

–No puedes hacerme esa promesa. En la ruleta rusa que es tu vida, siempre habrá otro Mukhtar, otro Sh'ellah –dijo Alim con aspereza–. Vuelve conmigo a Abbas al-Din. Yo te haría feliz, Hana.

Aquel cebo era demasiado tentador, y ella no era más que un

pobre pececillo hambriento de felicidad, pero el anzuelo del que pendía el cebo podía hacerle daño a su familia.

–Estaré bien –le repitió dándole la espalda–. He sobrevivido veinticinco años antes de que nos conociéramos –añadió, obligándose a esbozar una sonrisa–. Creo que podré apañármelas cuando te… –cerró los ojos con fuerza. No podía pronunciar las palabras. No podía decirlo. «Cuando te hayas ido».

–Hana, escucha, a lo largo de mi vida he probado todo lo que el mundo nos puede ofrecer: he estudiado, he viajado, he buscado emociones fuertes… Pero seguía sintiéndome vacío –le dijo él–. Y entonces te conocí a ti, y fue como si en unos pocos días hubiera vivido más que en mis treinta y siete años de vida –hizo que Hana se volviera de nuevo hacia él y le acarició los brazos mientras la miraba a los ojos–. Esto no acaba aquí. No dejaré que acabe así. No permitiré que huyas de mí.

Hana parpadeó para contener las lágrimas, pero éstas se estaban agolpando en sus ojos.

–Tiene que terminar. Por favor, no sigas insistiéndome –le rogó entre sollozos.

Alim le acarició las mejillas con los pulgares, secándole las lágrimas, y luego hizo otro tanto con sus besos, al ver que seguían cayendo más y más.

–Encontraré el modo de poder estar juntos. Me niego a vivir sin ti –le dijo con una sonrisa cargada de fuerza y ternura.

Hana prorrumpió en nuevos sollozos y los brazos de Alim la envolvieron.

–Estás cansada. Avisaré a Yandi, mi chófer, para que te lleve al hotel –murmuró.

Hana asintió con la cabeza apoyada en su hombro, y él la ayudó a ponerse de nuevo el *nicab*. Cuando salieron de la casa Yandi ya estaba esperando. Hana bajó las escaleras y se volvió para mirar a Alim por última vez.

–Encontraré la manera de estar juntos –le reiteró él, mirándola a los ojos.

Hana sacudió la cabeza.

–Vuelve a casa y sé feliz, Alim. Necesito que seas feliz.

Y con esas palabras entró en el coche antes de que pudiera hacer algo estúpido, como decirle que había cambiado de opinión, que haría lo que fuera por estar con él un día más, una hora, un instante.

CAPÍTULO 10

La tarde siguiente

DURANTE las tres horas de entrevista con los delegados de la ONU, Hana se mostró muy nerviosa. Cada vez que alguno de ellos fijaba su atención en ella, parecía como si quisiera volverse invisible, salvo cuando le preguntaron algo directamente, se mantuvo en silencio.

Al término de la reunión Alim acompañó a la delegación a la puerta, y cuando se hubieron marchado regresó al salón, donde Hana se había quedado sentada.

–Tenemos que hablar –le dijo sentándose a su lado en el sofá.

–Alim, por favor no insistas; ya sabes que no...

–Anoche hice unas cuantas llamadas –la interrumpió él–. Hay cosas que debes saber.

Sacó un papel doblado del bolsillo de su chaqueta y se lo tendió.

Hana lo miró a los ojos, vacilante, antes de tomarlo. Lo desdobló. Era una copia enviada por fax de un documento legal escrito en árabe. Lo leyó en voz alta:

–«Por la presente declaro nulo el matrimonio por poderes entre Mukhtar Said y Hana al-Sud, firmado por Malik al-Sud en nombre de su hija, Hana al-Sud. Dicha unión es ilegal de conformidad con la Enmienda 1904 aprobada en el año 2001 por el entonces gobernante, su alteza real Fadi El-Kanar. Firmado: Mahet Raad, Tribunal Superior de Justicia de Abbas al-Din».

Se quedó mirando el papel con incredulidad, y alzó los ojos hacia Alim.

–¿El matrimonio es nulo? ¿Pero cómo...? Alim, yo te dije que... mi familia...

–He dado con Mukhtar –contestó él–. Mi abogado le persuadió para que nos entregara una confesión escrita de sus mentiras, y de cómo engañó a tu padre y al imán. Llegó incluso a falsificar tu firma en un acuerdo prenupcial, así que creyeron que el matrimonio por poderes sería legal –le explicó antes de tenderle otro fax: la confesión de Mukhtar.

Decidió omitir que también había hablado con Latif, y que éste se había disculpado profusa y sinceramente. No quería fantasmas del pasado entre ambos.

Cuando acabó de leer la confesión de Mukhtar, Hana se llevó una mano a la sien, como si estuviera abrumada por toda aquella información.

–Alim... ¿Soy... libre? –inquirió, alzando los ojos hacia él y tendiéndole su mano.

Alim la tomó y asintió.

–Eres libre, Sahar Thurayya, libre para hacer lo que quieras.

Sin embargo, la mirada de Hana se ensombreció, y sacudió la cabeza.

–Pero... mi familia... ¿Lo saben?

Alim apretó los labios.

–Sí, Hana. Te están esperando para hablar. Te vienes conmigo a Abbas al-Din... –miró su reloj–... dentro de cinco horas.

Hana, que tenía la mirada perdida, se aferró a su mano y balbuceó.

–¿Có-cómo? Perdona, no... no he escuchado lo último que has dicho –dijo tambaleándose ligeramente.

Alim se reprendió a sí mismo entre dientes y la alzó en volandas.

–Demasiadas emociones en tan poco tiempo –murmuró.

La llevó a una habitación de invitados, le quitó el *nicab*, y la depositó en la cama.

–A veces pienso que eres más fuerte de lo que eres, estrella mía –le dijo acariciándole la mejilla–. Descansa aquí hasta que llegue la hora de irnos.

Hana, sin embargo, lo miró con los ojos muy abiertos, agitada por una tremenda desazón.

–¿Qué dijiste antes?

Era cierto que no había estado escuchándolo. Alim acercó una silla a la cama para sentarse y la tomó de la mano.

–En unas pocas horas conseguí toda la información: el plan de Mukhtar para huir del país fracasó cuando tú te marchaste, y acabó en prisión. Logré persuadirle para que me hiciera una confesión escrita a cambio de que lo transfirieran a una prisión de menor seguridad –le explicó. Omitió, sin embargo, el tira y afloja con el abogado de Mukhtar, pues lo que éste le pedía a cambio de su confesión era la libertad–. También hablé con tu padre, Hana. Tus padres y tus hermanos están en Abbas al-Din, visitando a tu hermana Fátima. Saben que les dijiste la verdad y quieren verte. Salimos dentro de cinco horas.

Hana se estremeció, y no parecía feliz sino angustiada. Sacudió la cabeza y soltó su mano.

–No –dijo con voz temblorosa.

–¿No qué? –inquirió él frotándose el rostro con los manos.

La noche anterior apenas había dormido con todas las llamadas y trámites que había hecho para ayudar a Hana.

–No a todo –le espetó ella incorporándose–. Me marcho.

–De eso nada; no voy a dejar que salgas huyendo de nuevo –gruñó Alim, perdiendo la paciencia.

Hana se quedó mirándolo con unos ojos como platos. En ellos se reflejaba una expresión curiosa, mezcla de obstinación, de incertidumbre y... de intriga.

El corazón de Alim palpitó con fuerza. Hana quería decir que sí, estaba seguro; estaba respondiendo a su ira con interés en vez de con su acostumbrada mordacidad.

–Has pasado los trances más difíciles que nadie pueda imaginar en estos cinco años, Hana –la interpeló en un tono deliberadamente severo–. ¿Por qué entonces te comportas ahora como una cobarde? Ahora eres libre de Mukhtar, de las cadenas que te retenían. Tu familia obró mal, sí, y te hicieron daño, pero tú los quieres. Ya es hora de que dejes de huir de ellos, de que les perdones.

–Tú no lo entiendes –masculló ella frunciendo el ceño.

–¿Cómo puedes decirme eso? –dijo él con una risotada incrédula, irritándola para debilitar sus barreras–. ¿Tienes idea de lo difícil que ha sido para mí pedir ayuda a Harun, sabiendo lo que le he hecho pasar en los tres último años? Y a pesar de todo pagó el rescate sin pensárselo dos veces y vino a reunirse conmigo cuando me liberaron –la tomó de la barbilla para que lo mirara–. Al menos tu familia se merece que no confíes en ellos. Lo que yo merecía era que Harun me dejara morir a manos de Sh'ellah. ¿Crees que estaba preparado para eso, para afrontar ese encuentro con mi hermano?

–¿Y habrías estado dispuesto a afrontarlo si no te hubieran empujado a hacerlo las circunstancias? –le espetó ella irritada.

Alim resopló.

–¿Qué circunstancias? ¿Te refieres a cuando te salvé la vida y arriesgué la mía? ¿O a cuando les dije mi nombre y les tenté con un rescate millonario para que no dispararan a la avioneta y pudieras escapar?

Hana apretó los labios con obstinación, y Alim se encogió de hombros.

–Reconócelo, Hana, estás engañándote a ti misma –le dijo él–. Si no vienes a Abbas al-Din conmigo tendré que decirle a tu familia que has preferido poner en peligro tu vida durante cinco años a enfrentarte con ellos. ¿Y sabes qué haré después? Los mandaré allí donde estés para que hables con ellos. Oh, sí, sabes que puedo hacerlo –añadió cuando ella lo miró con una mezcla de ira y resentimiento–. Antes o después tendrás que hacerlo, así que acéptalo y deja atrás el pasado.

Y antes de que ella pudiera replicarle, Alim hincó una rodilla en la cama y la besó, rodeándola con sus brazos. Fue un beso apasionado y profundo, y aunque esperaba que ella se revolviera, o que permaneciera fría e indiferente, un sentimiento de dicha lo invadió cuando la oyó gemir, y Hana le echó los brazos al cuello, respondiéndole con la misma ardiente pasión. Alim se tumbó sobre ella, y Hana arqueó su cuerpo, frotándose contra él, al tiempo que hundía las manos en su corto cabello.

Cuando finalmente Alim se obligó a despegar sus labios de los de ella, fue como si se hubiera arrancado el corazón del pecho.

–Salimos dentro de cinco horas –le reiteró con voz ronca, acariciándole el cuello, el hombro, haciéndola estremecer de nuevo–. Duerme un par de horas; te vendrá bien. Cuando te despiertes iremos a dar un paseo por la playa y hablaremos.

Los ojos de Hana, oscurecidos por el deseo y la ira, buscaron los suyos, y Alim supo que había ganado aquella batalla: iría con él a Abbas al-Din y se enfrentaría a su familia. Lo de casarse con él, sin embargo… Aún le faltaba mucho para ganar la guerra.

Cuando salieron a pasear por la playa al atardecer, los último rayos del sol teñían las olas de un rosa anaranjado, la suave brisa agitaba las copas de las palmeras, y una estrella les hacía guiños desde el cielo, la primera de la noche.

–Qué hermoso es este lugar, ¿verdad? –murmuró Hana, olvidando su enfado con Alim por un momento–. África es un país de contrastes: tanta belleza… y tanto sufrimiento.

Alim asintió.

–La belleza de este lugar es lo que me hizo comprar una casa aquí –dijo tomándola de la mano. Era la primera vez que la tocaba en la media hora larga que llevaban paseando, y el corazón de Hana palpitó con fuerza–. Este lugar me da paz.

«Y tú me das paz a mí». Hana no sabía de dónde había salido

aquel pensamiento. O quizá… quizá sí. Alim la escuchaba y al contrario que otros hombres no era tan arrogante como para no admitir que tenía muchas cosas que aprender de ella. Cada una de sus sonrisas era como la luz del sol para ella. Con Alim podía ser ella misma, como en ese momento, una mujer normal, vestida con una blusa y unos pantalones remangados, que iba caminando descalza por la orilla de la mano del hombre al que no podía resistirle, al que no era capaz de decirle que no.

Ésa era la razón por la que iba a ir a Abbas al-Din. Sus besos la habían hecho capitular. Y lo cierto era, que por mucho que intentara negarlo, no sólo deseaba a Alim, sino que lo necesitaba. Lo amaba, pero su amor era imposible, y esa imposibilidad nunca había sido tan palpable como en aquellos momentos, rodeados como estaban de constantes recordatorios, como los guardaespaldas que había enviado Harun, que los seguían a una distancia discreta. De hecho, aunque el paradero actual de Alim no hubiese sido desvelado para protegerlo, a los medios no les llevaría mucho descubrir dónde estaba, y querrían saber quién era ella. Ya podía imaginarse los titulares: *Ex mujer de un traficante de drogas salva al jeque desaparecido*.

Sin embargo, ese paseo por la playa, y el vuelo en un jet privado hasta Abbas al-Din serían las últimas horas que pasarían juntos y a solas, y no pensaba dejar que nada las estropease.

–No me extraña que te guste tanto Mombasa –murmuró finalmente, mientras su corazón se debatía entre dos aguas. «Huye», le decía una parte de ella, «huye mientras puedas. No le dejes», le decía otra, «ni ahora ni nunca».

–Me voy a quedar con la casa. Los guardeses cuidarán de ella en mi ausencia –dijo él. Sortearon a un surfista rezagado que estaba dejándose caer en su toalla–. ¿Sabes, Hana? Me has enseñado a mirar fuera de mí. Creía que el estar aquí, el ayudar a la gente, bastaba para justificar mi existencia, y que podía mantener mi vida, a mí mismo, separada de todo eso. Ahora sé que no puedo, y tampoco quiero que sea así.

Hana bajó la vista.

–Yo no he hecho nada, Alim.

Él se detuvo y la hizo volverse hacia él. Luego se inclinó y la besó con dulzura.

–No es verdad. Tú eres como esa estrella –le dijo señalando la estrella que parpadeaba en el cielo–, como la que se dice que

condujo a unos sabios de Oriente hasta el Mesías de los cristianos. Yo estaba perdido en la oscuridad porque me odiaba a mí mismo, y tu me enseñaste el camino a la redención, me devolviste la ilusión de vivir, aun sin saberlo.

Hana no pudo contenerse, y se puso de puntillas para besarlo otra vez, y otra vez, y otra vez.

–Tú hiciste lo mismo por mí –le susurró–. Tú también me salvaste.

Alim sonrió.

–De acuerdo, no discutamos: nos salvamos el uno al otro –le dijo, apoyando su frente en la de ella–. Admítelo: nuestras almas están ligadas, Sahar Thurayya, y nos necesitamos.

Hana estaba convencida de que así era, pero cuando llegaran a Abbas al-Din todo cambiaría porque Alim descubriría que su pueblo lo necesitaba, y que necesitaría a una compañera muy distinta a ella, una mujer con la preparación que se esperaba que tuviera una reina.

Alim pegó su mejilla a la de ella y le susurró al oído, haciéndola estremecer:

–Un día creerás en nosotros, estrella mía. Quizá cuando estemos casados y tengamos siete hijos.

Ella se rió azorada.

–¡Eh! Si quieres siete hijos tendrás que tenerlos tú. Yo de cuatro no pienso pasar.

Alim se rió también y la besó en la mejilla.

–De acuerdo, cuatro entonces... siempre y cuando tengamos una niña que sepa poner a los chicos en su sitio –le dijo. Miró su reloj–. Vaya, se nos ha hecho tarde. Debemos irnos ya.

Cuando regresaron a la casa ya estaba todo dispuesto para su partida; incluso sus maletas estaban ya en el maletero del coche que estaba esperándolos para llevarlos hasta el jet privado.

Cuando estuvieron acomodados en su interior y el vehículo se puso en marcha, Hana se acurrucó junto a Alim, que la rodeó con el brazo y le acarició el cabello.

–Esta semana ha debido ser muy difícil para ti.

Ella asintió con la cabeza apoyada en su hombro.

–Creí que te matarían, y cuando vi en los periódicos las fotos de tu liberación, con el rostro lleno de moretones... Te sacrificaste por mí, y ahora me has devuelto la libertad y... –la voz de Hana se quebró.

–Y si me das la oportunidad, te daré todo lo que puedas desear, estrella mía –susurró él contra su cabello–, el final feliz con el que sueñan todas las mujeres… menos el príncipe azul; tendrás que conformarte conmigo, un simple jeque.

¿Un simple jeque? Hana se rió.

–Pues yo no llego ni a Cenicienta; me parezco más a la pequeña cerillera.

Alim la tomó de la barbilla y la miró muy serio.

–¿Y ves el final de tu historia tan trágico como el de la niña de ese cuento? ¿Tiene que ser así?

–Quizá no tan trágico –concedió ella–, pero es que no me veo en un palacio, casada con un jeque ni nada de eso. En mis sueños nunca hubo nada de eso.

Alim se quedó callado, esperando a que continuase.

–Soñaba con un hombre que llegaría a casa por la noche y se acurrucaría conmigo frente al televisor para ver las noticias, que jugaría con los niños, y que traería la cena cuando yo estuviera cansada –añadió Hana en un tono quedo–. Lo único que quería era un hombre normal y corriente que me aceptara tal y como soy.

–Puedes tener todo eso –le contestó él tomándola de la barbilla para besarla en los labios–. Movería montañas para hacerte feliz, Hana.

–Ya lo has hecho –murmuró ella. Eso era lo que lo hacía tan difícil–. Pero tú nunca podrías ser un hombre normal y corriente.

–Pues claro que sí. Es lo que he sido los tres últimos años, Hana –replicó él acariciándole el cabello–. Si a Harun no le importa seguir siendo el jeque, podremos volver aquí y… –frunció el ceño al ver a Hana sacudir la cabeza–. Ya sé que ahora que el mundo sabe dónde estoy las cosas serán más difíciles, pero podríamos encontrar otro lugar donde necesiten un piloto y una enfermera.

–Es inútil que intentes convencerme –replicó ella con tristeza–. Tú sabes que los medios te seguirían allí donde fueras, que no te dejarían tranquilo. Acéptalo: tuviste la oportunidad de desaparecer, y lo conseguiste, pero no volverá a funcionar.

–Bueno, entonces podríamos poner en marcha nuestro propio programa de ayuda humanitaria –le propuso él–. Soy un hombre rico, Hana, y no por el dinero de mi familia, sino por lo que gané como piloto de carreras. Y podríamos vivir holgadamente aunque invirtiese el noventa y nueve por ciento de mi dinero en ese

programa de ayuda.

Hana se apartó de él con un suspiro, y sacudió la cabeza de nuevo.

–Llevo dos semanas sin dormir bien, Alim; estoy cansada, estoy aterrada porque dentro de dos horas tendré que enfrentarme a mi familia, y tú estás pidiéndome que cambie mi vida por ti.

Alim apretó la mandíbula.

–En realidad es al revés. Soy yo quien me estoy ofreciendo una y otra vez cambiar mi vida por ti –le espetó con aspereza–. Y eres tú quien no parece dispuesta a ceder siquiera un milímetro. Supongo que eso demuestra lo poco que te importo más allá del deseo que sientes por mí. Supongo que las palabras que me dijiste anoche no eran más que una despedida. ¿Tan poco vale para ti lo que sientes que te parece que no merece la pena luchar por ello?

Hana se sonrojó avergonzada.

–Ya hemos llegado –murmuró.

El coche se detuvo. Alim se bajó y le tendió la mano con fría cortesía para ayudarla a bajar del coche, como si fuera una dignataria en vez de una enfermera, y subieron al jet en silencio.

CAPÍTULO
11

ALIM observó que, a medida que pasaban los minutos y estaban más cerca de Abbas al-Din, Hana estaba cada vez más pálida y más nerviosa. Él la había empujado a aquello, y ahora se sentía culpable de verla así. Ella le había dicho que no se sentía preparada para enfrentarse a su familia.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba dando golpecitos en el suelo con la punta del zapato. Él también estaba nervioso. No podía dejar de preguntarse si Harun volvería a confiar alguna vez en él. Lo había defraudado, igual que la familia de Hana la había defraudado a ella. Además, al desertar de sus obligaciones como heredero había obligado a Harun a casarse con la prometida de Fadi, y por lo que había oído no había felicidad en su matrimonio. Aquello también era culpa suya.

Una sirvienta les llevó sus bolsas de mano, con ropa y zapatos para que se cambiasen antes de que aterrizaran. Hana le dio las gracias muy seria y se fue al baño. Salió poco después, vestida con una falda hasta los tobillos del color del amanecer, y una blusa de manga larga color crema con bordados y cuentas que brillaban a cada paso que daba, y unas sencillas sandalias. Se había hecho una trenza, y no llevaba maquillaje alguno ni joyas, pero estaba deslumbrante.

Se sentó sin mirarlo, y cuando volvió a abrocharse el cinturón, empezó a juguetear con las manos de nuevo. Él fue a cambiarse también, y regresó ataviado con el traje tradicional en oro y escarlata que llevaban los varones de la casa real.

Hana lo miró, y luego bajó la vista a su atuendo, tan sencillo y humilde, y Alim sintió que la distancia entre ellos aumentaba de repente. «¡Sigo siendo yo, Alim!», habría querido gritarle. «Mírame; aun llevando estas ropas siento y padezco». Creía que Hana era capaz de ver más allá de las apariencias, que era capaz de verlo como persona y no como personaje, pero parecía que se había equivocado.

Cuando el jet comenzó a descender, Hana tuvo que hacer un esfuerzo para controlar las náuseas. La mano de Alim se posó sobre la suya, que no dejaba de temblar.

–Todo irá bien, Hana.

Agradecida de tener una excusa para aliviar las horas de angustia que había pasado allí sentada, se revolvió contra él.

–¿Me lo estás diciendo a mí, o a ti mismo? Preocúpate de tu reencuentro con tu hermano y la mujer con la que deberías haberte casado, porque no tienes ni idea de cómo me siento ahora mismo.

Alim apartó el rostro, dolido.

–¿Cómo voy a saber lo que sientes cuando tienes tus sentimientos guardados bajo llave? Tu corazón es como un grifo que pasa del agua caliente a la fría sin previo aviso, que en un momento me abrasa y al siguiente me deja tiritando.

Hana se sentía como si tuviera un enjambre de abejas furiosas en la cabeza, pero se mantuvo erguida en su asiento. Sin embargo, sabía que Alim tenía razón. Estaba siendo injusta con él. Alim le había salvado la vida, había borrado a Mukhtar de su vida, se había puesto en contacto con su familia...

–Sólo estoy intentando que la despedida sea más fácil –dijo en un hilo de voz para que él no la oyera.

Habría querido derrumbarse sobre la mesita que había entre ellos, ocultar el rostro entre los brazos, llorar... Pero entonces Alim sabría lo débil que era en realidad y cuánto necesitaba que la reconfortase y la abrazase... y le arrugaría esos ropajes de seda tan grandiosos.

Unos minutos después habían aterrizado, y al descender los esperaba una alfombra roja y una limusina con los cristales tintados y el escudo de la familia real en las puertas. Alim debía haber pedido expresamente que no fuera una comitiva a recibirlos, cosa que ella agradeció inmensamente.

Mientras cruzaban las calles de la capital, aunque nadie podía verlos y no había fanfarrias, ni multitudes vitoreado a Alim, era como si nadie sabía que había vuelto, Hana se encogió en su asiento; se sentía rara yendo en aquel coche tan lujoso.

–La camioneta me costó el doble de lo que cuesta una limusina como ésta, y en ella no ibas incómoda –le susurró Alim al oído.

Ella se volvió hacia él sorprendida.

–Pero si estaba hecha un asco.

–Bueno, no me la compré para alardear, sino porque era segura –le dijo él enarcando las cejas–. Pero si sólo vas a sentirte cómoda conmigo cuando parezco un harapiento lleno de mugre al volante de una camioneta cochambrosa, creo que puedo arreglarlo.

Hana se sonrojó.

–Haces que parezca una esnob.

–No soy yo quien está juzgando –respondió él encogiéndose de hombros–. No soy yo quien no quiere darte una oportunidad, ni te dice que no eres lo bastante buena para mí.

Un gemido de indignación escapó de los labios de ella.

–¡Yo nunca he dicho que no fueras lo bastante bueno para mí!

–No, has dicho que tú no eres lo bastante buena para mí. No sólo juzgas, sino que juzgas por mí, y me dices qué clase de mujer encajaría en mi vida cuando yo ni siquiera sé cómo va a ser mi futuro.

Hana parpadeó y abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Alim acababa de diseccionarla de nuevo, pero una vez más tenía razón. Giró la cabeza hacia la ventanilla y observó a la gente que andaba por la calle, y miraban y señalaban con curiosidad al ver el escudo de la limusina.

–Tengo un regalo para ti.

Hana dio un respingo, pero se volvió hacia él, y en un tono seco le dijo:

–No lo quiero.

Una sonrisilla divertida asomó a los labios de él.

–No juzgues mi regalo antes de verlo –dijo tendiéndole una caja con un lazo dorado–. Ábrelo antes de juzgarme.

Azorada, Hana mantuvo los ojos fijos en la caja mientras deshacía el lazo, y cuando abrió la caja... se echó a reír. Dentro había una tarjeta que decía: *Para Hana: kit de huida*. Debajo había al menos una docena de barritas energéticas, una cantimplora, y un par de frasquitos de aceite esencial de lavanda.

Alzó la vista hacia Alim, aún riéndose.

–Em... Gracias, creo.

Alim se inclinó hacia ella y le dio un suave beso en los labios.

–Sé que antes o después vas a sentir la tentación de salir corriendo, estrella mía, pero, como dice la canción: «si vas a dejarme, ¿puedo ir contigo?».

Sabiendo que no eran más que castillos en el aire, Hana murmuró:

–Me encantaría.

–Todo va a ir bien, Sahar Thurayya –dijo besándola de nuevo–. Por detrás de la tarjeta hay escrito un número de teléfono. Es mi número privado en palacio, por si... bueno, por si lo necesitas.

Poco después llegaban al palacio. Cuando cruzaron las puertas

del grandioso vestíbulo un sirviente se acercó a Alim y le dijo algo en voz baja a éste, que asintió y condujo a Hana por un largo pasillo. Al llegar a una puerta cerrada, se detuvo.

–Tu familia está ahí dentro esperándote –le dijo.

A Hana empezaron a temblarle las piernas, y le entraron náuseas. Se aferró a su mano.

–Entra conmigo. Por favor –le suplicó en un susurro.

–Está bien, aunque no puedo quedarme mucho tiempo, nos veremos después para contarnos cómo nos ha ido, ¿de acuerdo? –la besó, y abrió la puerta.

Las cinco personas sentadas en el lujoso salón se pusieron en pie como un resorte al oírlos entrar. Estaban vestidos con sus mejores galas, aunque no sabía si para impresionarla a ella, o para impresionar a Alim.

–Hana... –murmuró su madre, la voz quebrada por la emoción. Había adelgazado, había arrugas en su rostro, y sus ojos cansados estaban llenos de lágrimas. Extendió una mano hacia Hana, como haciendo una pregunta que sus labios no podían pronunciar.

–Hola, mamá –la saludó Hana en inglés, con una inclinación de cabeza.

De pronto acudió a su mente el recuerdo de la última vez que había visto a su madre: ésta se retorcía las manos y le preguntaba por qué, por qué no había acudido a ella a decirle que prefería a Mukhtar en vez de a Latif.

Una breve mirada a su padre le dejó entrever lo culpable que éste se sentía, y lo ansioso que estaba por arreglar las cosas. Hana apartó la vista.

–Éstos son mis padres: Amal y Malik al-Sud –le dijo a Alim–. Padre, madre, os presento a...

Vaciló y miró a Alim, que dio un paso adelante y le tendió la mano a su padre.

–Es un placer conocerlos. Han criado ustedes a una hija que tiene un coraje y una fortaleza asombrosos.

Después de que los dos hombres agarraran al otro a la altura del codo, una muestra de respeto en Abbas al-Din, Alim saludó a su madre con una pequeña reverencia, y se produjo un incómodo silencio.

–Hana –dijo su madre, dando un paso adelante.

Hana cerró los ojos y sacudió la cabeza. No quería que la tocara. En aquellos cinco años no había tenido a nadie que la

confortara; se había sentido muy sola.

La fuerte y cálida mano de Alim se posó en su hombro.

–¿Les han ofrecido café? –preguntó a su familia, dándole tiempo y espacio para respirar.

–Sí, gracias, alteza –dijo su padre.

Eran las primeras palabras que Hana oía de sus labios, después de las que pronunciara aquella noche terrible cinco años atrás: «Te casarás con Mukhtar por el bien de tu hermana. ¡No es culpa de Fátima que no seas capaz de dominar tus pasiones!».

–No puedo hacer esto. Tengo… tengo que… –murmuró Hana volviéndose hacia la puerta.

–Hana, no te vayas. Por favor. Te queremos. Te hemos echado tanto de menos…

La voz entrecortada de Fátima hizo que Hana se detuviera. Apretó los puños.

–Al menos vosotros os habéis tenido los unos a los otros todos estos años –dijo con dureza para no salir llorando–. Espero que tuvieras una bonita boda, Fátima. Mejor que la mía; aunque no sé cómo fue, porque me la perdí –se volvió, miró a su padre un momento y vio su angustia–. Quizá podríamos reunir a toda la familia para celebrar la anulación. Me gustaría poder estar presente para celebrar al menos uno de los acontecimientos más importantes de mi vida ya que me perdí la boda –añadió con amargura.

De nuevo se hizo un largo silencio.

–Estás más delgada –murmuró su madre con voz temblorosa.

Hana seguía sin poder volverse a mirarlos.

–En los poblados en los que he trabajado como cooperante no siempre hay bastante para comer –respondió–. En el Sahel, o te endureces o te desmoronas.

–¿Has trabajado como cooperante en el Sahel? –repitió Fátima en un hilo de voz–. Es uno de los lugares más peligrosos del mundo…

Hana se encogió de hombros.

–El no tener qué comer hace que otros problemas, como el que te obliguen a casarte con un traficante de drogas, parezcan… insignificantes.

–Si me disculpan, debo reunirme con mi hermano –dijo Alim de repente, y salió de la estancia, cerrando la puerta tras de sí.

Hana lo vio marcharse y lo odió por dejarla allí con aquellas personas que ahora eran unos extraños para ella.

–Hana, por favor –le imploró su padre–. Somos conscientes de lo que te hemos hecho. Cuando Mukhtar fue arrestado y supimos que habías dicho la verdad intenté encontrarte...

–Oh, ¿sólo entonces? –lo interrumpió ella en un tono sarcástico–. ¿Antes de eso no intentaste buscarme para obligarme a volver con mi amo para evitaros más vergüenza? ¿Cuánto tardaste en darte cuenta de que no te había mentido, que yo habría sido incapaz de acostarme con el hermano de mi prometido?

Su hermana mayor, Taninah, le dijo:

–Hana, todo eso ya pasó; ahora sabemos que nos equivocamos. Ahora has vuelto con nosotros, tu sitio está aquí. ¿No podemos pasar página?

–No, no se puede pasar página así como así, como si no hubiese pasado nada. No podéis comprender el calvario que han supuesto para mí estos cinco años: siempre huyendo, aterrada de que me encontrarais y me obligarais a volver con Mukhtar. El daño está hecho, Taninah.

El pronunciar el nombre de su hermana mayor, a la que tan unida había estado, hizo que se derrumbara por dentro.

–Tengo que irme.

Corrió hacia la puerta, la abrió y salió al pasillo, pero un guardia se interpuso en su camino.

–Señorita Al-Sud, su alteza ha dado instrucciones de que al acabar vuestra entrevista lo esperaseis en su despacho.

Parecía que Alim se había anticipado a su huida. Hana alzó la barbilla, asintió, y siguió al hombre hasta otra sala, consciente de que su familia se había quedado observándola a través de la puerta abierta, corroída por el sentimiento de culpa.

Una parte de ella quería volver allí, decirles que no importaba, que los perdonaba, que quería volver a ser parte de la familia, pero los lazos entre ellos se habían roto cinco años atrás, y estaba segura de que aunque los recompusiera, las cicatrices no desaparecerían. El daño estaba hecho.

–Bienvenido a casa, Alim –lo saludó Amber. A pesar de su tono neutral, Alim podía sentir su rabia contenida–. Nos alegramos de que hayas vuelto.

Alim le siguió el juego a su hermosa y fría cuñada, esbozando una sonrisa. La verdad era demasiado vulgar; en su mundo había que ocultar la suciedad debajo de la alfombra y fingir que lo que

había ocurrido no había ocurrido.

–Gracias, Amber.

La estancia en la que se encontraba había sido, en vida de su hermano Fadi, el salón de audiencias, donde se recibía a los dignatarios extranjeros. Siempre había pensado que el volver allí sería demasiado doloroso por todos los recuerdos, pero no fue así. Estaba haciendo lo correcto, lo que debía hacer.

Vio a Harun observando a su esposa con cautela, casi a hurtadillas. Su orgullo lo obligaba a ocultar la atracción que sentía por ella. Su hermano se dio cuenta de que él también estaba observándolo, y le dijo:

–He dejado libre tu habitación. Y el despacho. Está dispuesto para que lo utilices tan pronto como quieras retomar tus deberes.

Al igual que con Amber, Alim entrevió el resentimiento que borboteaba en el interior de su hermano.

–Dejemos de fingir –le dijo–. No me hables como si hubiera estado enfermo unas semanas, Harun. Llevo años fuera, y dejé que cayera sobre tus hombros todo el peso del deber.

Su hermano, a pesar de todo, se encogió de hombros.

–No ha sido tan duro.

Alim dudaba de que sus palabras fueran ciertas. El distanciamiento entre su esposa y él era patente.

–Lo que quiero decir es que la elección es tuya. Has hecho un trabajo magnífico durante estos tres años; si quieres seguir siendo el jeque...

–No.

La firme y cortante negativa lo pilló desprevenido... porque provino de Harun y de Amber. Se volvió hacia Amber, seguro de que sus razones le resultarían más fáciles de escuchar que las de Harun.

Amber se sonrojó y miró a Harun; jugueteó nerviosa con sus manos, arrastró un pie, y le espetó a Alim de sopetón:

–No voy a seguir interpretando el papel de esposa feliz del jeque. Estoy cansada de fingir que todo va bien. Y me da igual lo que diga mi padre. Quiero el divorcio.

Se dio la vuelta y abandonó la estancia con mucha calma y decoro, como si no acabara de soltar una bomba entre los dos hermanos.

Patidifuso, Alim apenas se atrevía a mirar a Harun, pero cuando lo hizo, vio que éste había estado esperando que se volviera

hacia él. Harun ni siquiera parecía sorprendido por el estallido de su esposa.

–Y ése es el motivo por el que yo he respondido que no –dijo en un tono quedo–. Yo también estoy cansado de fingir que todo va bien. He ocupado tu lugar desde mucho antes de que Fadi muriera, ayudándolo a gobernar el país mientras tú te marchabas por ahí, a jugar a ser una estrella de las carreras, y luego otra vez, hace tres años, cuando huiste para jugar a ser un héroe en desgracia. Llevo diez años viviendo tu vida por ti, Alim. Hasta me he casado con una mujer que quería casarse contigo, no conmigo. En el despacho te he dejado varias carpetas con todo lo que necesitas para ponerte al día. Quiero recuperar mi vida. El país es tuyo, hermano.

Harun se marchó, como había hecho su esposa, y Alim se quedó solo frente a los errores que había cometido y el daño que había hecho a su hermano pequeño.

–Fadi, ¿dónde estás? Te necesito –murmuró, frotándose las sienes.

No era la clase de acogida que había esperado.

Cuando Alim entró en su despacho, donde estaba esperándolo, con sólo mirarlo a la cara Hana supo que su reencuentro con su hermano y su cuñada había sido tan desastroso como el de ella con su familia. Se acercó a él y lo abrazó.

–¿Tan mal ha ido?

Alim frotó la nariz contra su cabello.

–Peor. ¿Y a ti cómo te ha ido?

–Fatal –susurró ella estremeciéndose.

–Mi hermano y Amber van a separarse, y Harun espera de mí que retome inmediatamente mis deberes.

Hana lo abrazó con fuerza sin saber qué decir. ¿Qué podría decir?

–Mi familia quiere que deje atrás lo que ocurrió, que les perdone, y que volvamos a ser una familia.

Alim suspiró.

–Esperan que nos comportemos como si los últimos años no hubiesen existido –dijo él con una nota curiosa en su voz–. En mi caso es lo que merezco, pero tú...

Hana apoyó la cabeza en su pecho.

–Yo quiero perdonarles, Alim, ¿pero cómo voy a hacerlo si ni siquiera puedo mirarlos a la cara?

–Quizá deberías cerrar los ojos, decirlo muy rápido, y ver cómo te sientes cuando lo hayas hecho.

–Yo... –Hana parpadeó y alzó la vista hacia él, admirada–. Eso podría funcionar.

Lo agarró de la mano y lo llevó hasta el salón donde sabía que su familia estaría aún. La conocían, y sabían que no podía odiarles; hubieran hecho lo que hubieran hecho.

–Hana, cariño, si quieres escucharnos un momento... –le dijo su madre al verla entrar.

Ella alzó una mano temblorosa para interrumpirla, cerró los ojos, y aferrándose a la mano de Alim, dijo:

–Os perdono. Quiero volver a ser parte de la familia, pero no quiero que me metáis prisa, ni que me agobiéis. Y no esperéis que os abrace y que me comporte como si nada hubiera pasado.

El sollozo de su madre fue ahogado por la profunda voz de su padre.

–Lo comprendemos, *nuur il-'en*. Si crees que tal vez algún día puedas llegar a perdonarnos, esperaremos.

Nuur il-'en... Luz de mis ojos. Su padre no la había vuelto a llamar así desde el día en que Mukhtar...

De pronto las lágrimas se agolparon en su garganta, y se encontró llorando e hipando mientras las palabras salían como un torrente de sus labios.

–Me creísteis capaz de engañar a Latif a las pocas semanas de habernos comprometido, capaz de haceros daño a todos y poner en peligro el futuro de mi hermana pequeña. Creíste a un extraño antes que a vuestra propia hija... Me sacrificasteis por el bien de Fátima cuando no había hecho nada malo. ¿Por qué?, ¿por qué lo creísteis? ¿Por qué?

Al cabo de un rato su padre respondió con tristeza:

–Eres una joven muy apasionada, hija. Siempre supimos que cuando le entregaras tu corazón a un hombre, sería para siempre, pero... no le entregaste tu corazón a Latif. Te parecía un hombre agradable, pero accediste a casarte con él para complacernos. Luego entró en escena Mukhtar, que era diez años más joven, carismático y atractivo. Al principio no queríamos creerlo, pero Latif nos dijo que siempre había sabido que tú no lo amabas, y que Mukhtar y tú parecíais llevaros tan bien, que siempre estabais riendo y bromeando...

Hana se quedó muy callada al oír la verdad que no quería oír:

jamás había amado a Latif. Había estado dispuesta a privarle de encontrar una mujer que lo quisiera de verdad porque quería hacer felices a sus padres. Y sí, era cierto que Mukhtar le había parecido divertido, pero eso había sido sólo hasta que había descubierto la clase de persona que era en realidad.

Las palabras de su padre resonaron en su mente, marcándose en ella como un hierro candente: «Siempre supimos que cuando le entregaras tu corazón a un hombre, sería para siempre». Los fuertes brazos de Alim rodearon su cintura, y ella se volvió hacia él para refugiarse en su fortaleza y su calidez, para intentar recobrar la compostura, pero no podía dejar de llorar. Desde el día en que se habían conocido, todo aquello que había estado oculto en su interior había empezado a fluir, a liberarse. Había entregado su corazón a Alim, y jamás lo recuperaría. Se pasaría el resto de su vida penando por un hombre al que no podía tener.

–Alteza, vos y nuestra hija parecéis estar muy unidos –murmuró la madre de Hana.

Alim sintió los ojos de Amal al-Sud fijos en él, escrutándolo. De hecho, toda la familia estaba mirándolo. Hana hizo ademán de apartarse de él, pero Alim no la soltó.

–Sí, lo estamos –asintió.

–Nosotros somos gente humilde –dijo el padre de Hana–, y la felicidad de nuestra hija es, ahora más que nunca, lo más importante para nosotros.

–Yo también quiero que sea feliz, y por eso le he pedido que se case conmigo, señor –dijo Alim con una sonrisa.

–Querrás decir que me lo has ordenado –replicó Hana alzando el rostro hacia él y frunciendo los labios.

Alim se rió suavemente y le acarició el cabello.

–Es verdad, Hana tiene razón –le dijo a su familia–. Y me casaré con ella… tan pronto como diga que sí.

CAPÍTULO 12

–NO PODÉIS casaros con ella –replicó Malik al-Sud en un tono respetuoso pero firme–. El pueblo no la aceptará como vuestra esposa.

–Eso es lo que yo le he dicho una y otra vez –dijo Hana, de acuerdo con su padre por una vez.

–Sólo os conocéis desde hace unas semanas, alteza. No podéis saber si lo que sentís es real –añadió su madre.

Su hermano y sus hermanas asintieron, y Alim sintió que una irritación creciente se apoderaba de él, pero se contuvo.

–Han hecho una gran labor como padres, señor y señora al-Sud; su hija es una gran mujer, una mujer de principios –les dijo–, una mujer que es una reina en todos los sentidos, aunque no lo sea de nacimiento. Y si no se casa conmigo mi pueblo tendrá que conformarse con que mi hermano sea mi heredero, porque si no me caso con Hana, no me casaré.

Un silencio sepulcral siguió a sus palabras, y Hana se apartó de él.

–Te lo dije, Alim, esto es ridículo. Tú crees que me quieres, pero apenas nos conocemos. Y yo... yo te dije con qué clase de hombre quería casarme... –le dijo, pero los sollozos la traicionaron.

Alim negó con la cabeza.

–Cuando entregas tu corazón, lo entregas para siempre –dijo repitiendo las palabras de su padre–. Me has entregado tu corazón, Hana; dijiste que me amabas.

Ella lo miró desesperada.

–Eso fue antes de llegar aquí –dijo señalando toda la opulencia que los rodeaba con un ademán–. Yo crecí en una casa del tamaño de este salón. Iba en autobús, en tren... Soy más australiana que árabe en muchos sentidos. No se trata sólo de la reacción de la gente, Alim, o de la prensa. Yo... yo te quiero, pero ésta no es la clase de vida que quiero.

Él la miró a los ojos, y al ver la sinceridad que se reflejaba en ellos, algo murió en su interior.

La familia de Hana salió en silencio y cerraron la puerta, dejándolos a solas.

Los ojos de Hana estaban llenos de lágrimas.

–He pasado cinco años viviendo en chozas y en campamentos,

ayudando a gente que no tiene nada. Y esto... –dijo señalando de nuevo a su alrededor y sacudiendo la cabeza–. No puedo ser lo que no soy, Alim. No podría vivir así; no cuando la gente a la que quiero...

De pronto Alim vio el palacio a través de los ojos de Hana, toda esa riqueza, todo ese lujo superfluo, y recordó a la gente de Shellah-Akbar. Hana tenía razón, y él estaba atrapado allí sin remedio porque, como ella le había dicho, había tenido una oportunidad de desaparecer y no podría volver a hacerlo.

–Creo que lo mejor será que me vaya a casa de mi hermana –dijo Hana en un tono quedo.

Alim apretó la mandíbula.

–Huyes de nuevo. Puedes huir a cualquier rincón del mundo, o volver con tu familia, pero siempre estarás huyendo de la opción más difícil.

–Lo sé –murmuró Hana.

–Puede que yo ya no pueda elegir –le dijo él acercándose–, pero sigo siendo el conductor de la camioneta al que salvaste. La vida de un jeque no es como tú la imaginas, Hana. Vives rodeado de lujos, sí, pero el ser el líder de un país es, en muchos aspectos, tan duro como lo que tú has hecho estos años en el Sahel. Me resultaría más fácil si tuviera a alguien como tú a mi lado, a alguien que comprende a la gente humilde, alguien que me recordará lo que no debo olvidar, alguien que no permita que me convierta en un hombre arrogante –la besó en los labios–. Puedes elegir la opción fácil o la difícil, Hana: salvar a unos pocos con tus manos, o a cientos de miles a mi lado.

Vio la vacilación en los ojos de Hana.

–Yo estaré aquí, esperando –murmuró.

Nuevas lágrimas acudieron a los ojos de Hana, que sacudió la cabeza.

–No lo hagas, Alim, no me esperes –su voz se quebró–. Gracias por los recuerdos de estas semanas; gracias... gracias por todo.

Y se marchó.

–Gracias a ti –musitó Alim, hablándole al vacío.

Inspiró, y el olor a lavanda que había quedado en el aire hizo que le doliera aún más el corazón.

Como había predicho, los medios de comunicación no tardaron en averiguar todo lo relacionado con Mukhtar, y Hana se convirtió

en una celebridad y una desgracia para Abbas al-Din al mismo tiempo. *¡La mujer que salvó al jeque estuvo casada con un traficante de drogas!*

No le hizo falta leer los periódicos para saber que todo lo bueno que había hecho durante aquellos cinco años no contaba en absoluto. Lo que a la prensa le interesaba eran los escándalos.

Habían encontrado a Mukhtar y habían llamado a prisión para conocer su versión de los hechos. Habían buscado a Latif, y aunque éste se había negado a hacer declaraciones, habían interpretado la historia como más les había convenido, y hasta se habían permitido especular sobre su relación con Alim porque el sexo vendía.

No sabía si reír o llorar. No podía resultar más irónico: ella, una virgen, estaba siendo acusada de haber mantenido relaciones con los dos hermanos a un tiempo, y de haber seducido al jeque.

Alim, por su parte, se había volcado de lleno en sus deberes como gobernante y, tal y como le había dicho, estaba haciendo uso de su posición para ayudar a otros: fondos para los más necesitados, proyectos concretos para buscar pozos, comprar generadores..., acuerdos de cooperación con distintas ONGs... Se sentía tan orgullosa de él; lo amaba tanto...

Y ella en cambio estaba atrapada en casa de su hermana, que estaba rodeada día y noche por docenas de reporteros y cámaras. Por primera vez en años se vio obligada a afrontar sus sentimientos en lugar de ocultarse tras los problemas de otros, de utilizarlos para ignorar los suyos, o para sentirse bien consigo misma por los sacrificios que estaba haciendo. Alim tenía razón: era una cobarde; no era más que una niña asustada intentando demostrar lo fuerte que era.

Casi dos semanas después de que el escándalo saltara a los medios de comunicación, Hana estaba cenando con su familia. El timbre de la puerta por fin había dejado de sonar, pero los tiburones de la prensa seguían rodeando la casa con la esperanza de poder hincarle el diente a algún detalle jugoso.

Hana, sin embargo, estaba ajena a todo eso. No podía dejar de pensar en lo que había descubierto sobre sí misma. Para su sorpresa, no se odiaba tanto como había temido. Era una cobarde, sí, pero había salvado la vida de muchas personas. Y sólo ahora se daba cuenta de que había estado escudándose en quién era y en quién era Alim para no afrontar aquello que la aterraba: ser la

esposa del jeque. «Lo haré: dejaré de huir; me casaré contigo».

¿Pero cómo podría casarse con él con todas las cosas horribles que los medios estaban diciendo sobre ella? A menos que…

Esperó a un momento de silencio en la conversación que su familia estaba teniendo mientras cenaban para dejar caer la bomba.

–Quiero contarle la verdad a la prensa. Toda la verdad: sobre Mukhtar, y sobre el motivo por el cual me fui al Sahel.

Todos giraron la cabeza hacia ella; incluso los niños, que estaban sentados aparte, en una mesa pequeña. Hana le sostuvo la mirada a su padre.

–Amo a Alim –le dijo, sintiéndose maravillosamente bien ahora que lo había dicho–. Quiero un futuro con él.

–Y eso será imposible mientras la gente piense lo peor de ti –asintió su padre.

Hana vaciló un instante, pero decidió que tenía que decir aquello.

–Esto traerá vergüenza a la familia; hará que la gente tenga una mala opinión de vosotros. Necesito saber que cuento con vuestra aprobación.

Su padre recorrió la mesa con la mirada.

–Yo… tomé una serie de decisiones entonces que creo que cualquiera podría comprender, pero si no lo comprenden y me juzgan con dureza, será porque es lo que merezco –dijo poniéndose en pie–. Es mi responsabilidad.

–Papá… –murmuró Hana emocionada.

Él le sonrió.

–Debes ir en busca de ese hombre tuyo y decirle lo que sientes. Déjame a la prensa a mí –le dijo–. Confía en mí, *nuur il-'en*, esta vez no te defraudaré.

Con lágrimas en los ojos, Hana se puso de pie, rodeó la mesa, y puso la mano en el brazo de su padre.

–Gracias, papá.

Sólo había una manera de hacer aquello. Llamó al número que había en la tarjeta que Alim le había dado con su regalo.

–Hola. Soy yo. Necesito hablar contigo, en persona –dijo cuando Alim contestó. Tragó saliva–. ¿Puedo ir a verte?

–Iré yo allí –le dijo él con voz cansada–. Dame la dirección y…

–¿No podrías enviarme un coche con algunos guardias de seguridad? La casa de mi hermana está cercada por los medios.

–De acuerdo. Estaré esperándote en mi despacho.

Su voz sonaba tan indiferente… Claro que, ¿qué otra cosa se merecía? Aquella noche no iba a dejar que sus miedos vencieran. Colgó y corrió a prepararse.

Quince minutos después llamaban a la puerta trasera. Dos guardias con traje gris y gafas de sol la escoltaron hasta la parte delantera de la casa. Los reporteros, que estaban escuchando ávidamente a su padre hicieron ademán de correr tras ella, pero uno de los guardias les gritó:

–La señorita al-Sud no hará ninguna declaración.

Hana entró en la limusina de la casa real que estaba esperándola en medio de los flashes de las cámaras y se pusieron en marcha.

Poco después llegaban a palacio. Uno de los guardias la condujo donde se encontraba Alim, a quien encontró de pie junto a la ventana, de espaldas a ella. Sin duda había oído la puerta abrirse, y la oyó entrar, pero no se volvió.

–Hola –dijo Hana cuando el guardia cerró la puerta desde fuera.

–Hola –respondió él, en el mismo tono cansado que cuando habían hablado por teléfono.

–¿Un mal día? –inquirió ella con timidez.

–Más bien una mala semana –respondió Alim–. Estoy agotado, Hana, de modo que acabemos con esto.

Alim pensó que había ido allí a despedirse de él.

–Creí que deberías saber que mi padre está hablando con los medios ahora mismo, contándoles la verdad sobre Mukhtar, sobre Latif, sobre mí… y sobre ti –dio un paso adelante con el corazón en vilo.

–Mi secretario de prensa me lo ha dicho. Está saliendo en la televisión –dijo Alim con un suspiro–. Es un gesto que honra a tu padre; tu nombre quedará limpio.

–Pero no es ése el motivo por el que he venido –dijo Hana antes de perder el valor–. He venido para decirte… para decirte… –cerró lo ojos–. Ya no puedo seguir así, Alim. No puedo seguir mintiéndome y fingir…

–¿Fingir qué, Hana? –preguntó él con aspereza, volviéndose por fin–. Mientras tú has estado escondida en casa de tu hermana, esperando a que pasara la tormenta, yo he tenido que enfrentarme a los medios, a la gente, y retomar mis obligaciones. Harun y Amber se marcharon el mismo día que tú. Harun no me dejó

siquiera un número de teléfono ni me dijo dónde iba, y me cargó con todo. Apenas duermo por las noches y estoy agotado, así que, ¿podemos acabar con esto? –repitió.

Hana pestañeó dolida, pero sabía que aquellas palabras eran el reflejo de la brusca sinceridad de un hombre que estaba derrumbándose, un hombre que la necesitaba, pero jamás lo admitiría.

Corrió junto a él, dejó sobre la mesa la caja que había traído con ella, y abrazó a Alim.

–No estás solo –le susurró, antes de besarlo en la mejilla–. He venido a darte algo.

–¿Vas a ayudarme? –inquirió él abrazándose a ella como si fuera un salvavidas, inspirando su aroma.

–Eso espero –le dijo Hana, apartándose con una sonrisa. Tomó la caja y se la dio–. Ábrela.

Era la misma caja que él le había dado a ella semanas atrás, en el coche.

–¿Por qué...?

–Tú ábrela –le insistió ella.

Alim abrió la caja. Sobre las cosas que él había metido en la caja, estaba su *nicab*. Alim miró a Hana sin comprender.

–Lee la nota que estaba debajo.

Alim levantó el *nicab*, sacó la nota que había debajo, y la leyó: *Sin estas cosas, Hana no podrá huir*. Confundido, volvió a mirar a Hana.

Ella se acercó y lo besó, primero en un párpado, y luego en el otro.

–Te confío estas cosas, Alim, porque sin ellas no puedo huir, y no quiero huir sin ti. Tú me das paz; eres mi mejor amigo, el hombre al que amo. Si tú no has huido ahora que las cosas se han puesto difíciles, yo tampoco lo haré –tomó su rostro entre ambas manos–. No volveré a comportarme como una cobarde. Te quiero, Alim.

Con un rápido movimiento Alim arrojó la caja a un rincón.

–Hana... –murmuró con voz ronca, besándola como un hombre sediento–. Estrella mía, más vale que estés convencida de esto, porque no pienso devolverte jamás esa caja. No te dejaré marchar.

–Bien –dijo ella mirándolo a los ojos–, porque te necesito, Alim. Quiero pasar junto a ti el resto de mis días. Y si la gente no quiere que nos casemos...

Alim la interrumpió con otro apasionado beso.

–Me casaría contigo aunque todo el país estuviera en contra –le dijo muy serio–. Puede que el pueblo me necesite, pero yo te necesito a ti.

–Y yo a ti. Te quiero tanto, Alim… –murmuró Hana.

Le rodeó el cuello con los brazos, y se fundieron en un largo beso que se vio interrumpido cuando, de pronto, se abrió la puerta.

–Alteza, hay algo que debéis ver…

Alim y Hana despegaron sus labios y giraron la cabeza para encontrarse con el secretario de prensa, que se había quedado boquiabierto e inmóvil ante la escena. De inmediato se deshizo en disculpas, azorado, pero Alim se rió suavemente y le dijo:

–Ratib, da orden de que no me moleste nadie a menos que se trate de una emergencia nacional. Quiero estar a solas con mi futura esposa.

–Sí, señor… Por supuesto, alteza –balbuceó el hombre, abandonando la habitación y cerrando despacio tras de sí.

Alim le guiñó un ojo a Hana.

–Diez, nueve, ocho… Dentro de nada todo el palacio lo sabrá.

Se apartó de ella y fue a abrir un cajón del escritorio, del que sacó una caja plana de terciopelo rojo oscuro. La abrió, y le mostró a Hana lo que había dentro.

–Éste es mi regalo de compromiso para ti –le dijo con dulzura–. Cuando mi madre supo que estaba muriéndose, me dio estas joyas para mi futura esposa. Estas últimas semanas las he tenido aquí, conmigo, como un talismán, con la esperanza de que volverías.

Un gemido ahogado escapó de los labios de Hana mientras miraba las joyas ante sí: un anillo de oro con un diamante engarzado, pendientes, y un collar a juego.

–Oh, Alim…

Alim dejó la caja sobre la mesa, tomó la mano izquierda de Hana y, con una sonrisa en los labios, deslizó en el dedo de Hana el anillo. Había hecho que un joyero ajustara el tamaño para ella tomando como modelo un anillo que le había dado la familia de Hana, con quienes había estado en contacto permanente esas últimas semanas.

–Por fin… –murmuró, inclinándose para hacer algo con lo que había fantaseado a lo largo de aquella interminable sucesión de solitarios días: mordisquearle el lóbulo de la oreja–. No más dudas, no más huidas.

Hana se estremeció, y cuando él la besó en la garganta echó la cabeza hacia atrás con la mejillas arreboladas de pasión.

–Oh, Alim, te deseo tanto... Por favor no me hagas esperar... Casémonos mañana... hoy –le dijo jadeante, mientras él seguía besándola.

Alim levantó la cabeza, riéndose suavemente, y la miró con amor.

–Me temo que tendremos que esperar, estrella mía. Vas a ser la esposa de un gobernante, el equivalente a una reina. La tradición manda, y he de cortejarte como es de rigor, y habrá que hacer muchos preparativos, avisar con tiempo a los jefes de Estado de otros países que quieran asistir... No podemos ofender a nadie –añadió guiñándole un ojo–. Me temo que tendremos que esperar al menos cuatro o seis meses.

Hana suspiró.

–Imaginé que dirías eso –murmuró–. Será muy duro tener que esperar tanto... –se sonrojó, y ocultó el rostro en el pecho de él con una sonrisa vergonzosa–. Lo siento, supongo que no me adapto muy bien a las tradiciones, pero es que te quiero tanto..., te deseo tanto...

–Ahora más que nunca yo también querría saltarme las tradiciones –dijo haciéndole levantar la cabeza para darle un beso en la punta de la nariz–, pero es importante que la gente vea nuestro compromiso como algo puro y honorable.

Hana volvió a suspirar.

–Está bien, pero tendremos que evitar quedarnos a solas mucho tiempo hasta que no nos hayamos casado –le dijo mirándolo a los ojos con toda la intensidad de sus sentimientos–, porque una sola caricia tuya basta para que tiemble por dentro de deseo –se puso de puntillas y lo besó una vez, y otra vez, y otra vez–. Quiero pasar a tu lado el resto de mi vida, todos y cada uno de los días de mi vida.

–Y así será –murmuró él.

Se dio la vuelta para tomar una a una el resto de las joyas y se las puso.

–Así será –murmuró, y selló su promesa con otro beso.

EPÍLOGO

Ocho años después

–ESTÁ toda arrugada –comentó Tariq, de cuatro años, con cara de asco, al mirar por primera vez a su hermanita, que había nacido la noche anterior.

–Los bebés son así, tonto; todos los bebés son feos al nacer –le espetó su hermano Fadi, de seis años y medio–. Pero cuando crezca será bonita y tú seguirás siendo feo –añadió riéndose, y dándole un empujón.

Tariq respondió con otro empujón, y Fadi se chocó con el benjamín, Sami, de dos años, que empezó a berrear de indignación.

–Chicos, chicos... Mamá está demasiado cansada para esto... Y despertaréis a Johara –reprendió Alim a sus hijos en un tono indulgente, mientras tomaba en brazos al más pequeño para que dejara de llorar.

Desde el nacimiento de Fadi, Hana se había asegurado de que pasaran con sus hijos el mayor tiempo posible y fueran una familia normal, y a Alim le encantaba que sus hijos acudieran a ellos y no a su niñera cuando se habían hecho daño o tenían un problema.

Poco a poco habían ido venciendo la inicial oposición de su matrimonio por parte de los sectores más tradicionales de la nación, con el amor que se profesaban el uno al otro.

La gente del pueblo quería a Hana porque era una de ellos, porque no olvidaba sus raíces y se enorgullecía de ellas.

Fadi y Tariq, sin embargo, siguieron peleándose, y Alim tuvo que volver a intervenir.

–Chicos, he dicho que mamá está cansada. Fadi, tú ya eres mayor y debes portarte bien. Tu madre tiene muchos dolores y hay que dejarla descansar.

Fadi se puso muy serio y se acercó a la cama para mirar preocupado a su madre.

–¿Qué te duele mamá?, ¿qué te ha pasado?

Hana dirigió a sus hijos una sonrisa cansada. Había sido un parto rápido, pero doloroso.

–Siempre duele traer un bebé al mundo, ángel mío, pero por Johara ese dolor ha merecido la pena, igual que mereció la pena pasarlo por vosotros tres.

Alim miró con ternura a la pequeña, dormida en los brazos de su esposa, mientras los chicos se acercaban para darle un beso a su madre antes de que Raina, la niñera, se los llevara para que la

dejaran descansar.

Los chicos pasarían la noche con los padres de Hana, en una casa que Alim les había regalado cerca del palacio.

El hermano y las hermanas de Hana habían ido a visitarles aquella mañana para felicitarlos por el nacimiento de su hija, y pronto lo harían también Harun y Amber, que se habían reconciliado, y ahora estaban viajando por Europa, disfrutando de la luna de miel que no habían tenido. Alim se sentía muy feliz por ellos.

Tomó a su hija de los brazos de Hana, la puso en la cuna junto a la cama, y la tapó con cuidado para no despertarla. Cuando estaba a punto de salir de la habitación, tenía una montaña de papeles esperándole en el despacho, vio que Hana tenía puesta esa cara de «necesito mimos» que solía poner cuando estaba cansada. Mandó el trabajo a paseo y se tumbó a su lado en la cama.

–¿Estás bien? –le preguntó acariciándole la mejilla.

Hana se acurrucó contra él, apoyando la cabeza en su hombro con un suspiro satisfecho, y respondió:

–Ahora sí.

El matiz soñoliento en su voz era contagioso, y a Alim se le escapó un gran bostezo.

–Mmm... Quizá podría echar un sueñecito.

Aunque Hana se había ocupado del bebé la noche anterior, la mayoría de las veces él se había despertado también, la había ayudado a cambiarle los pañales, y no se había podido resistir a acunar en sus brazos a su hija unos minutos, mirándola con adoración, antes de volver a meterla en la cuna. Aunque querían muchísimo a sus hijos y nos lo cambiarían por nada, llevaban tanto tiempo queriendo una hija...

Hana se volvió hacia la mesilla, y pulsó una tecla para hablar con su asistente personal.

–Roula, por favor, que no nos moleste nadie. Mi marido y yo estamos cansados. Gracias.

Luego se acurrucó de nuevo en los brazos de Alim y cerró los ojos. Él le acarició la espalda, y bostezó de nuevo.

Dormidos o despiertos, cuando estaban juntos, si él no la tocaba a ella, ella le tocaba a él. Seguían estando tan enamorados como el primer día, e incluso en esos momentos, a pesar de los dolores del parto, Hana estaba contando los días para poder volver a hacer el amor con él.

Sólo una semana después de que se comprometieran se había creado un gran revuelo en la corte al anunciar que no quería que Alim y ella tuvieran habitaciones separadas cuando se casaran. Y más revuelos había causado cada vez que lo había arrastrado a alguna estancia vacía para poder besarlo durante los largos meses que habían estado esperando para casarse.

En cuanto a Alim, era el hombre más feliz de la nación. Su amante y poco convencional esposa era todo lo que había soñado pero jamás había esperado encontrar.

Por fin había hallado paz en su interior tras la muerte de Fadi, y había sido gracias a Hana. Había aceptado las oportunidades que le ofrecía su posición de hacer cosas por los demás, y también las responsabilidades, y su vida familiar lo llenaba de dicha.

Él, a su vez, había ayudado a Hana a acortar distancias con sus padres y sus hermanos, y a concederles su perdón. Alim los apreciaba muchísimo, y les estaba agradecido por todo lo que habían hecho. Incluso sentía gratitud hacia Mukhtar, en cierto modo, porque de no haber sido por él, Hana se habría convertido en la esposa de Latif, y no se habrían conocido.

–Alim… –murmuró ella momentos después, medio dormida.

Él, que también estaba empezando a ser arrastrado por el sueño, dio un ligero respingo.

–¿Mmm?

Hana se rió suavemente.

–Nada –murmuró acurrucándose contra su pecho–. Sólo que… eres mío.

Una sonrisa curvó los labios de él.

–Mmm… Y siempre lo seré –dijo estrechándola entre sus brazos, y se durmió.

Estaban en la misma postura cuando su hija los despertó, casi dos horas después.